

ESTACIÓN UNO



ROSARIO JIMÉNEZ ROQUE

ESTACIÓN UNO

ROSARIO JIMÉNEZ ROQUE



Segunda edición, Enero de 2020

Rosario Jiménez Roque

www.rosariojimenezroque.com

Facebook: [@rosariojimenezroque](https://www.facebook.com/rosariojimenezroque)

Twitter: [@RosarioJRoque](https://twitter.com/RosarioJRoque)

Instagram: @rosariojroque

Ilustraciones interiores y cubierta: Marina Hidalgo

Realización, impresión y distribución: Amazon KDP

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de la obra.

Copyright © 2020 Rosario Jiménez Roque

A Cris.

Sin ti este libro no existiría.

CONTENIDO

NOTA DEL AUTOR

LA CÉLULA

ESTERAS MICROBIANAS

FOTOSÍNTESIS OXIGENADA

DIFERENCIACIÓN CELULAR

EL ANTEPASADO DE LAS PLANTAS

EMBRIÓN EDIACÁRICO

EXPLOSIÓN CÁMBRICA

INNOVACIONES EN EL EXOESQUELETO

COMO PEZ FUERA DEL AGUA

LA ERA DE LAS RANAS

LOS PRIMEROS REPTILES

EL SURGIR DE LOS SINÁPSIDOS

BUSCANDO AMNIOTAS

MAMÍFEROS Y REPTILES

ÉPOCA DE GIGANTES

AVES Y FLORES

EL ORIGEN DE LAS PIEDRAS DE ICA

LA GRAN EXPLOSIÓN

UN VACÍO QUE LLENAR

LA CORONA DE PLUMAS

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE MARTE

ANTES DEL MONO DESNUDO

LA CUNA DE LA TRANSFORMACIÓN

LOS MISTERIOS DEL PASADO

ENTRE ESPECIES

HOMBRES, MÁQUINAS Y ESTRELLAS

EL SUEÑO FINAL

APOLO 20

GLOSARIO DE LA HISTORIA

NOTA DEL AUTOR

Empecé esta obra como crítica a la sociedad actual, al poco cuidado que tenemos con nuestro planeta y al aún menos respeto que nos tenemos entre miembros de una misma especie. Quise remarcar que el comienzo de todo el conflicto fueron pequeñas tensiones acumuladas, pequeños actos aparentemente aislados que, al sumarse, provocaron el final de todo cuando hemos sido, sin embargo *Estación Uno* es más que una crítica a la sociedad: es una crítica a la ciencia.

A medida que Neferu y Ragna progresaban en su viaje y que mi investigación para esta narración avanzaba me di cuenta de la hipocresía de la investigación científica actual, más parecida a la fe religiosa que al afán por saber que debiera ser. No fueron pocos los testimonios que escuché o leí de científicos cuyas voces habían sido silenciadas solo porque sus estudios no iban en la línea de lo que se consideraba ortodoxo en sus respectivos campos. Por favor, investiguemos sin prejuicios, sin esperar ni alterar un resultado: si algo es verdad o mentira las pruebas lo demostrarán pasen uno o dos mil años.

Sé que mis palabras son duras, algunos dirán que producto de una ignorante y otros puede que hasta las califiquen de ofensivas aunque, bien pensado, solo deberían serlo para aquellos que se sienten aludidos por lo que he escrito, ¿no?

Por último, me gustaría concluir esta nota advirtiendo al lector de que esta historia es pura ficción. *Estación Uno* es un relato nacido de leyendas en la nube, lagunas históricas, algunos avances tecnológicos actuales y mi propia imaginación. Sin embargo, de haber verdad en esta ficción, sería una muy curiosa casualidad.

Somos seres y estamos vivos.

Neferu, antes de los tiempos.

PRÓLOGO: LA CÉLULA

La noticia ya era oficial: la Tierra había muerto. Esto, sin embargo, no significaba que el planeta hubiese sido destruido por completo, literalmente al menos, sino que la vida era insostenible además de inviable.

Después de algo más de dos siglos tratando de evitar la temible tercera guerra mundial, ésta comenzó con la desaparición de un avión comercial en el que viajaban cerca de cuatrocientos pasajeros, sin contar a los tripulantes. La investigación del extraño suceso, junto con su infructífero resultado, provocó una situación de extrema tensión internacional. Varias sectas y grupos religiosos extremistas aprovecharon la ocasión para dar a conocer al mundo sus ideas de la forma más cruel y violenta posible. Y las consecuencias fueron que las fronteras se estrecharon. La desconfianza hacia el vecino era tal que los tratados internacionales y los acuerdos de cualquier clase se empobrecieron. A este periodo de tiempo se le referiría más tarde como la segunda guerra fría, que duró algo menos de veinte años.

Poco importa ya quien empezó aquello. Lo importante es que a la primera bomba le respondió una segunda, y así se sucedió la semana más catastrófica desde la extinción masiva de los dinosaurios. Más de un millón de personas murieron a causa de las explosiones en todo el mundo, y sin embargo los supervivientes desearon esa misma suerte. El envenenamiento por radiación se llevó a casi toda la población restante en pocos días, y el número de supervivientes ni siquiera rozaba la cifra de doscientos, la mayoría porque se encontraba en esos momentos en zonas recónditas del planeta en las que la radiación tardó algo más en llegar. Pero no fueron los humanos los únicos que sufrieron las consecuencias de esta guerra.

Además de la destructiva onda expansiva de las diferentes explosiones, uno de los primeros efectos que sufrió el planeta fue la oscuridad. La estratosfera se llenó de espesos gases negros que cubrieron totalmente al Sol durante mucho, mucho tiempo. De vez en cuando caía del cielo polvo radiactivo que envenenaba aún más el suelo y, lo que era todavía más preocupante, todas las plantas empezaron a morir. Sin luz no había fotosíntesis y, sin esta, desaparecía la última oportunidad de purificación del aire.

La situación extrema llevó a muchos seres vivos a una rápida evolución en vías de la supervivencia, y no eran extrañas las mutaciones y/o deformaciones de todo tipo. Pero lo peor aún estaba por venir.

Entre principios del Antropoceno y finales del Holoceno, los científicos determinaron que la acción del hombre había retrasado más de cincuenta mil años la próxima glaciación de nuestro planeta. Sin embargo la brusca bajada de las temperaturas y la carencia de luz solar provocaron el último invierno de la Tierra. Y éste fue, sin lugar a dudas, el peor de todos los que había habido hasta la fecha. Aunque nada comparable al verano que estaba por llegar cuando, tras la

desaparición de los gases negros, llegase la funesta radiación ultravioleta, y es que más del cincuenta por ciento de la capa de ozono había sido completamente destruida. Ya nada protegía a la vida del Sol.

Pese a todo, el ser humano, la especie peor adaptada a la vida en la Tierra, sobrevivió. Ya fuera por su avanzada tecnología, aún más desarrollada tras la guerra, o por esa extraña casualidad que lo había llevado a convertirse en la especie predominante del planeta, el hombre subsistió. Resultaba paradójica su solución pero, en su intento por salvarse, habían regresado al lugar en el que todo comenzó: el mar. Como tantas otras especies, se dirigían al lugar de su nacimiento para morir, pues ni siquiera bajo las aguas marinas, en una estación de investigación adaptada para hacer las veces de ciudad, pudieron protegerse de la radiación. Ésta no les atacó directamente a ellos, pero terminó con el fitoplancton y con él, con toda la cadena trófica de los mares. Los humanos habían podido sobrevivir sin tener un lugar seguro que habitar, por desgracia la supervivencia sin alimentos no era posible. Y ya apenas quedaba nada.

No fueron pocos los que pensaron que aquello era una especie de última venganza del planeta por todo lo que le habían hecho, por todo lo que decidieron hacerle... Y pese a ello el deseo de supervivencia imperó.

Habiendo sido liberada la faceta más horrenda y brutal del ser humano, un sentimiento superó a la violencia: el miedo al olvido. Si el final estaba asegurado, si la muerte era lo único que podían esperar en un planeta en decadencia, al menos debía quedar una huella de su paso por el mundo. No solo de las cosas malas, sino aquellas de las que podían sentirse orgullosos, aquellas que en su día debieron proteger.

Una idea fue cobrando vida en el seno de los cabecillas supervivientes y, cuando los primeros rayos de Sol empezaron a filtrarse entre las negras nubes, esta idea cobró cuerpo.

Jamás, en sus muchos años de existencia, se habían encontrado con ninguna forma de vida alienígena, o esa era la versión oficial, pero sí que habían dado con planetas potencialmente habitables, y el universo era tan grande... Alguien habría allí fuera que pudiera ayudarles, aceptarles, recordarles...

No había recursos suficientes para transportar a una población viva, y era por eso que la idea de llevar a los supervivientes se descartó. En principio, iban a ser máquinas y no personas las que tripularan la nave, pero la renuncia a la vida resultaba mucho más fácil si la única esperanza de recreación de la misma recaía sobre individuos de carne y hueso y no sobre robots. Se decidió que un sorteo determinaría la identidad de los tripulantes, que serían un hombre y una mujer para mejor representación de su especie. Pero era todo una farsa. Todo formaba parte de un plan para engañar a la población que tendría que quedarse en la Tierra para morir.

Sin que nadie lo supiera, al tiempo que se realizaban las obras de la nave con tecnología rescatada de la superficie, los expertos en biología se pusieron a trabajar en un nuevo proyecto. Se crearon dos individuos asexuados pero que mostraban el dimorfismo sexual propio de la raza humana de caderas para arriba y que, además, eran tremendamente parecidos a la mayoría de los supervivientes. Aquellos seres estaban preparados para conectarse al ordenador de la nave, y su ciclo de vida era prácticamente infinito. Debía ser así, pues el planeta más cercano

potencialmente habitable estaba a poco más de cuarenta años luz de distancia y el Arca, nombre que se le dio a la nave por llevar toda la información genética que se había podido rescatar, no podía alcanzar la velocidad necesaria para hacer el viaje en poco tiempo.

Al individuo con aspecto femenino se le concedió el nombre de Neferu en honor a la antigua nacionalidad de la científica que hizo posible el almacenamiento de los códigos genéticos. Se decidió que sus rasgos fuesen los mismos que presentaban la mayor parte de la población femenina de supervivientes: era morena, con la piel color cappuccino, los ojos oscuros y los labios carnosos. De forma similar se hizo al individuo masculino, de nombre Ragna en memoria de la batalla por el fin del mundo, el Ragnarök, de la mitología nórdica. En su caso se decidió que su piel fuese bronceada para protegerlo de la supuesta radiación que encontrarían en su destino, y se quiso que sus rasgos fuesen los opuestos a su compañera para aumentar la impresión de dimorfismo sexual.

Tanto Neferu como Ragna permanecerían en letargo durante la mayor parte del viaje. Eran por tanto complementos orgánicos de la nave, capaces de conectarse a esta pero con la suficiente autoridad para tomar decisiones en caso de crisis. En situaciones estables sería la propia Arca la que determinaría el rumbo y la velocidad, pero recaería sobre ellos el poner en marcha el programa de colonización o adaptación, según conviniese. Así mismo, en los casos de repostaje debían ser ellos los que maniobraran y tomaran decisiones en base a las circunstancias.

Para ahorrar recursos, y por el mismo motivo que los privó de su sexo, el Arca estaba diseñada para despertar, en caso de necesidad, solo a uno de sus pilotos cada vez. De esta forma, tanto Neferu como Ragna eran conscientes de la presencia del otro pero, como si de máquinas bien programadas se tratase, su relación se limitaba a la proximidad de sus tanques de hibernación.

Lo último que cabe mencionar de la humanidad es la paradoja de su existencia, pues su esperanza de supervivencia residía en una nave propulsada por lo mismo que acabaría extinguiéndolos: la reacción nuclear.

CAPÍTULO 01: ESTERAS MICROBIANAS

Despertó en un lugar oscuro, en el que solo fue necesario desear ver para que empezaran a encenderse las luces. Dirigió un leve vistazo al tanque de su izquierda, donde su siempre dormido compañero reposaba. Para ella, Ragna no era más importante que un mueble, pero verle dormir la tranquilizaba, pues significaba que su misión principal aún no había comenzado.

Lo primero era atender la incidencia. Fue pensar eso y una respuesta procedente de la nave se manifestó en su cabeza: proximidad de flujo frío. Bien, eso significaba que había sido despertada para coordinar el repostaje de hidrógeno.

Ya había realizado la operación en anteriores ocasiones, y su complejidad no la preocupaba.

Podía dar instrucciones en su posición actual desde el tanque, pero el protocolo dictaba que en caso de despertar debía incorporarse y ejercitar las piernas y los brazos. Esto era así para evitar que los músculos se atrofiaran con tanto letargo. Una idea absurda: el tanque estaba preparado para encargarse de eso. Después de todo, los periodos de sueño solían durar un mínimo de diez o quince años, pero las normas eran las normas.

En cuanto se propuso hacerlo, la nave le prestó su ayuda y se incorporó sin mayor dificultad. No llevaba puesta ropa, ni ella ni su compañero. No era necesaria, es más, sería un estorbo en sus conexiones físicas con la nave y una potencial fuente de contaminación para el Arca.

En cuanto llegaran al río de hidrógeno lo primero sería comprobar su pureza, mientras tanto Neferu debía seguir con el protocolo de seguridad para después de despertar.

Comprobó el funcionamiento de todos los sistemas de la nave, recorrió todas sus estancias y pasillos y por último fue a la cámara del tesoro, donde se encontraba, ordenada en pequeñas cámaras, toda la información genética de la vida que habían podido rescatar de su planeta de origen. En términos terrestres, comprobar todo lo anterior le habría llevado entre cuatro y cinco días, pero en el espacio de poco servía esa medida de medición del tiempo.

Recibió el aviso de llegada inminente al flujo frío y mandó disminuir la velocidad. Recolocó la nave para que cruzara el río en diagonal y, habiendo ajustado nuevamente la velocidad, ordenó apagar motores. El hidrógeno era demasiado reactivo y la carga del Arca demasiado preciada como para arriesgarla en un accidente nuclear. La nada del espacio aseguraría la casi constante velocidad de la nave hasta salir de la zona de riesgo, y el cruce diagonal les daría suficiente tiempo para repostar.

Al hacer uso de las bombonas de hidrógeno se buscaba crear un vacío en su interior. Así, a la hora de recargarlas, solo había que abrirlas dentro del flujo frío y estas se llenaban solas. Sin embargo, antes de posicionar los recipientes del preciado combustible, había que medir la pureza de este, y debía hacerse rápido. Un gas equivocado o demasiado impuro sería fatal para el motor

de fusión fría.

Si la muestra era muy pura podía ser utilizada casi inmediatamente por el motor. Si su pureza era menor o igual al sesenta y cinco por ciento el gas era recogido, pero su uso y purificación se aplazaban hasta ser estos el último recurso de la nave.

En esta ocasión los resultados del análisis de la muestra resultaron ser óptimos, es decir, muy cercanos al noventa y siete por ciento. De esta forma, Neferu pudo proceder y ordenar el repostaje sin mayor preocupación y, mientras lo hacía, se dirigió a su apartado favorito del Arca: «*el pulmón*».

Se trataba de un pequeño jardín interior que purificaba el aire de la nave para sus dos pilotos, de ahí su nombre. El pulmón producía oxígeno y alimento, que más tarde la nave sintetizaba para nutrir a Neferu y Ragna. No había allí las típicas plantas que habían existido en la Tierra, sino especímenes creados de la misma forma que los tripulantes y con un propósito muy específico, al igual que ellos.

Neferu iba allí siempre que podía. Le gustaba tocar las hojas siempre verdes y sentir la humedad del ambiente en su piel. Si cerraba los ojos casi podía sentir el latir de la savia dentro de los tallos y, aunque nadie le había enseñado cómo debía sentirse al estar «*a gusto*» en un lugar, estaba segura de que en el pulmón lo estaba.

En las operaciones de repostaje las bombonas nunca se llenaban del todo por dos razones: porque se cerraban antes de que la nave saliera del flujo frío, y porque no todo lo recogido resultaba ser hidrógeno. Al final, en una operación óptima como aquella, los depósitos se llenaban hasta un ochenta u ochenta y cinco por ciento su capacidad total. A veces, incluso era necesario hacer varias operaciones en zigzag para lograrlo, y esto suponía un gran retraso. Por razones de seguridad el motor de fusión no debía encenderse hasta estar a una distancia prudencial del flujo y, yendo a la velocidad lenta pero casi constante en la que se había hecho la recolección del gas, esto podía significar pasarse días, en términos terrestres, para una única operación.

Una lectura extraña llamó la atención de Neferu. No provenía del proceso de purificación del gas, ni tampoco de ningún sensor que le fuera familiar.

Preguntó a la nave y esta la condujo hasta la depuradora de agua, que ocupaba toda una habitación. La idea que el Arca puso en su mente fue que era necesario cambiar parte del contenido del depósito. Nunca antes había pasado eso, y según las instrucciones de la depuradora jamás debería haber pasado.

El siguiente paso era averiguar qué había que hacer. Debía de existir algún protocolo de actuación para una incidencia así.

Nada.

Tal vez hubiese alguna clase de instrucción que explicase cómo y dónde buscar agua. Preguntó a la nave. Y esta volcó en ella la información que contenía la palabra «*agua*», «*líquido*», «*fluido*» y/o « H_2O ». En cierto modo, Neferu y Ragna no dejaban de ser los terminales finales de la gran nube de información que era el Arca para ellos.

Ya sabía cómo reconstruir la depuradora, y cómo cambiar su contenido, pero seguía sin saber dónde encontrar agua o cómo conseguirla. Bien, su cabeza necesitaba más datos: tenía que ampliar la búsqueda. Fue así cómo descubrieron la mejor manera de recolectar hidrógeno.

Galaxias, estrellas, planetas... En estos últimos podía haber agua, pero la posibilidad era muy remota, y el Arca no estaba pensada para entrar y salir continuamente del campo gravitatorio de un planeta. Esa solución no era válida. Siguió.

Satélites, sistemas solares, meteoritos... Composición de los meteoritos: roca, metales, polvo, hielo... Definición de hielo: agua solidificada. Esa era su solución.

Dado que no existía ningún protocolo de actuación en caso de una necesidad como aquella, Neferu decidió escribirlo. Lo primero debía ser siempre asegurar el buen funcionamiento del Arca, es decir, poner en marcha el protocolo de seguridad para después del despertar. Puesto que la búsqueda podía llevarles tiempo, lo segundo debía ser comprobar que los niveles de combustible estuviesen siempre por encima del sesenta por ciento. Lo tercero era ordenar a la nave que buscara hielo, lo que no era difícil para ella ya que entre sus funciones se encontraba la de localizar cosas como el flujo frío. Y el cuarto paso debía ser asegurarse de que el proceso de limpieza del filtro de la depuradora se llevaba a cabo con éxito, pues había sido una mala limpieza de éste la que había contaminado el agua. Ah, no, había que añadir un último punto: activar un despertar, en caso de letargo de los pilotos, para cuando se localizara el hielo. Neferu añadió además una restricción a su programación, y es que, mientras no se encontrara agua, el Arca no debía de alejarse del río de hidrógeno más cercano más de un cincuenta por ciento su capacidad de combustible. En caso de llegar a ese extremo la nave estaría a tiempo de retroceder para hacer un nuevo repostaje.

Indicó al Arca qué rumbo seguir y, resuelta la crisis hasta dar con el meteorito helado, procedió a entrar en un nuevo sueño. Volver a conectarse físicamente a la nave no era agradable, pero así indicaba el protocolo que debía proceder.

CAPÍTULO 02: FOTOSÍNTESIS OXIGENADA

Despertó en un lugar oscuro, en el que solo fue necesario desear ver para que empezaran a encenderse las luces. Dirigió un leve vistazo al tanque de su izquierda, donde su siempre dormido compañero... Estaba despierto.

Era la primera vez que veía a ese ser moverse, respirar... y tardó unos segundos en darse cuenta de lo que tal hecho significaba: había llegado el momento de poner en marcha la operación «*Revivir la Tierra*». El protocolo, en tales circunstancias, decía que debían...

Varias alarmas del Arca habían saltado. Su letargo no había sido despertado a la vez para dar comienzo a su misión principal, sino para poner fin a varios problemas simultáneos.

Miró a su compañero con ánimo de repartirse las tareas, y él debió de pensar lo mismo pues también trató sin éxito de emitir algún sonido por la boca. Llevaban tantísimos años comunicándose sola y exclusivamente con la nave a través de conexiones físicas y/o mentales, que habían olvidado cómo hablar. O tal vez sería más correcto decir que nunca aprendieron a hacerlo. Lo único que lograron con sus intentos fue la pronunciación de alguna onomatopeya indescifrable, y ambos debieron de creer que su esfuerzo era improductivo, porque dejaron de intentar hablar más o menos al mismo tiempo. Fue Ragna el que dio con la solución para el problema, usando a la propia Arca como interfaz de comunicación.

Como tantas otras veces, Neferu sintió en su cabeza a la nave, solo que no era esta la que le enviaba un mensaje, sino su compañero.

» *Yo interpretaré las lecturas, tú procede con el protocolo de seguridad para después del despertar.*

Le pareció lógico y asintió, al menos eso sí recordaba cómo hacerlo.

Neferu comenzó su recorrido por todas y cada una de las estancias de la nave con calma, como si la alarma jamás se hubiese activado. Su pánico no solucionaría el problema, y en la sala de control sobraba. Debía ser útil.

» *¿Cuál es la emergencia?*

Preguntó a Ragna, usando el mismo método que este había empleado. Era bastante cómodo, pues podían estar en puntos muy distantes de la nave y, sin embargo, comunicarse sin problema.

» *Proximidad de asteroide.*

Aquello era ilógico. En caso de probabilidad de colisión el Arca estaba programada para recalcular el vector de movimiento tantas veces como fuese preciso para esquivar el obstáculo y proseguir su camino. Para esto último el sistema de la nave era capaz de usar el propio obstáculo como referencia en caso de no tener nada a su alrededor. En última instancia, el Arca podría haber despertado a alguno de los dos pilotos, pero no a ambos. Neferu dedujo de aquello que el objeto al que se acercaban no era un asteroide normal.

» *¿De qué se trata?*

Su compañero comprendió el significado de la pregunta sin necesidad de más detalles y, casi como si hubiese previsto que ella la formularía, respondió al instante.

» *Una nave.*

Aquello era un hecho insólito. Una nave. Habían encontrado algunas sondas procedentes de la Tierra cuando salieron de su sistema solar, pero nunca una nave.

Curiosamente, sus creadores sí que habían previsto la posibilidad de tal acontecimiento y existía un protocolo para el caso.

Ahora más que nunca era imprescindible asegurar el Arca y, mientras Ragna levantaba los escudos de la nave, Neferu ordenó al sistema hacer la revisión de forma autónoma.

» *Me dirijo al corazón del Arca.*

Si la nave que se aproximaba era amiga, tenían instrucciones de pedir ayuda para llevar a cabo su misión. Si era enemiga las órdenes eran proteger la información genética de la vida a toda costa. Para ello había un pequeño puesto de control secundario, que se cerraba desde dentro de la cámara del tesoro. Allí, sin embargo, no había ningún tanque, ni alimentos, ni siquiera un filtro de aire. Si Neferu se veía obligada a encerrarse y levantar los escudos de esa habitación moriría ahogada en cuestión de horas. Pero los dos tripulantes estaban dispuestos a todo con tal de cumplir con su misión. Lo más importante era salvar todo el código genético, si no para salvar la vida de la Tierra en otro planeta, al menos salvaguardarla para que en un futuro alguien o algo la

encontrara y pudiera descifrar lo que fue el mundo humano.

» Procederé con la activación de las armas.

En aquel momento su compañero compartió con ella los resultados del escaneo del O.V.N.I. No era correcto referirse a aquello como nave, era más bien basura espacial: lo que quedaba de un antiguo vehículo espacial, y no cualquiera. Se trataba del Apocalipsis12, una de las dos naves que salió de la Tierra después de las primeras explosiones, la única que llegó a llevar pasajeros.

Como con tantas otras cosas, no había ningún protocolo de actuación para aquella situación. Sin embargo, y tratándose de una nave portadora de humanos de la que estaban hablando, no podían ignorarla sin más y esquivarla como si de un asteroide cualquiera se tratase.

» El casco del Apocalipsis12 muestra signos de una colisión. Enviaré una sonda.

Las probabilidades de encontrar a alguien con vida eran muy escasas; prácticamente nulas. Y aunque encontraran a algún superviviente no podrían llevarlo con ellos. Pero había que averiguar qué le había ocurrido a la nave, pues la simple posibilidad de que hubiese recibido un ataque externo suponía un riesgo para su misión.

En aquel momento el Arca terminó la comprobación de todas sus salas y sistemas, y Neferu solicitó una lectura de los niveles de energía de la nave. Tanto si tenían que enfrentarse a un enemigo desconocido como si no, el simple estudio de lo sucedido al Apocalipsis12 suponía un inesperado retraso para su viaje. El Arca no tardó en responder con la cifra exacta de los niveles de hidrógeno.

» Ragna, confirma la ausencia de peligro.

Era la primera vez que se dirigía a su compañero llamándole por el nombre que sus creadores le habían dado. No es que fuese algo especialmente importante, o tal vez sí, dado que hasta el momento lo había considerado parte del mobiliario de la nave.

Estaba delante de la puerta del corazón del Arca, la sala que contenía aquello por lo que ellos dos existían. Dependiendo de la respuesta de Ragna se encerraría o no en aquella habitación y activaría una barrera de energía que la encerraría para siempre en una ratonera sin salida. No dudaba, ni sentía miedo o inseguridad, pero aquella decisión binaria no tenía vuelta atrás.

» No puedo confirmar ni negar la ausencia de peligro hasta el completo registro del Apocalipsis12.

Lógico. Neferu no entendía cómo no había pensado en ello.

» Esperaré.

Era curioso. En una situación como aquella acababa de descubrir una nueva faceta de su personalidad: la impaciencia. Un ser como ella, creado para perdurar milenios si fuese necesario, que viajaba a través del espacio en un viaje cuya duración mínima se estimaba en unos cuarenta años, y era una impaciente.

» Registro del Apocalipsis12 completado. No hay peligro.

La presencia de Neferu ya no era necesaria en el corazón del Arca, así que se dirigió a la sala de control, donde operaba su compañero.

Datos: casco destruido, nave sin energía. La deducción inmediata era la ausencia de peligro en el interior. Fue pensar en ello y la nave le confirmó sus pensamientos. Bien, en tal caso solo restaba averiguar qué les había pasado a los pasajeros del Apocalipsis12.

» ¿Resultado del registro?

Preguntó momentos antes de llegar a la sala de control.

» No hay signos de lucha. He procedido con la conexión de la sonda a la caja negra del Apocalipsis12 sin éxito.

Si no tenía energía era normal que no hubiesen podido acceder a la memoria de la nave. Pero redirigir parte de la energía del Arca al Apocalipsis12 podía ser arriesgado. En circunstancias normales jamás se lo plantearían, sin embargo necesitaban saber si aquel artefacto había sido derribado por un enemigo desconocido o si por el contrario todo había sido debido a un accidente.

Neferu ordenó a la nave que preparara otra sonda y, mientras tanto, Ragna hizo que la primera se conectara a la batería del ordenador del Apocalipsis12 con ánimo de proporcionarle energía suficiente para que la segunda pudiera extraer la valiosísima información.

No había registros de ningún ataque. Lo único que sacaron en claro fue que, como consecuencia de una deficiencia energética, el ordenador y todos los sistemas de la nave se habían apagado.

Los tripulantes y pasajeros del Apocalipsis debieron vagar a oscuras sin remedio hasta que el frío o la falta de oxígeno los mató. En su camino tuvieron que encontrarse con un campo de asteroides que destruyó el casco y mandó los cuerpos al espacio. Puede que esto hubiese ocurrido antes que la deficiencia energética, no tenían forma de saberlo.

» Sugiero recuperar cuantas partes de la nave nos sea posible. Podremos construir nuevas sondas y sustituir parte de la maquinaria del Arca.

La respuesta de Ragna la sorprendió, pues a ella jamás se le hubiese ocurrido. Pero lo cierto y verdad es que tardarían en encontrar otra oportunidad como aquella de abastecerse de suministros metálicos y maquinaria adaptable a su nave, si es que tal oportunidad volvía a presentárseles.

» Coincido.

Coordinaron el abastecimiento y ordenaron al Arca proseguir su viaje. La incidencia ya había sido resuelta y el protocolo decía que debían volver a sus tanques y sumirse en un nuevo sueño.

CAPÍTULO 03: DIFERENCIACIÓN CELULAR

Despertó en un lugar oscuro, en el que solo fue necesario desear ver para que empezaran... las luces no se encendieron. No es que necesitara ver para incorporarse y desplazarse por la nave, pero en aquella situación le era imposible comprobar por sí misma si su compañero había despertado o no, y eso la puso nerviosa.

» *Ragna, ¿estás despierto?*

Esperó, pero no hubo respuesta. Lo lógico entonces era pensar que se trataba de una incidencia ordinaria lo que la había despertado y no el inicio de su misión principal. Bien, habría que arreglar las luces, pero lo primero debía ser averiguar el motivo que había llevado al Arca a despertarla.

Fue pensar en la pregunta y una respuesta procedente de la nave se manifestó en su cabeza: localizado asteroide de hielo. No pudo evitar sentirse algo decepcionada cuando descubrió que aquella alarma se debía a la activación que ella misma programó. No entendía por qué se sentía así, y eso la inquietó. De alguna forma había esperado que fuese su compañero el causante de aquella activación. Sin embargo no ocurrió así.

Mientras ponía en marcha el protocolo de seguridad para después del despertar, exploró la base de datos del Arca en busca de una idea que le revelase cómo recoger el agua.

En esencia, lo que tenía que hacer era muy parecido a la recolecta de hidrógeno, pero se trataba de un asteroide y no un río de gas en aquella ocasión, y cualquier error de cálculo podría suponer un peligro para el casco de su nave y, en concreto, para su misión. El problema, además, era que la roca de hielo no permanecía estática, sino que estaba en movimiento...

De repente se percató de que no había tenido en cuenta un factor de suma importancia para aquella operación: la relación de tamaños. Todo el tiempo había supuesto que la roca helada sería mucho más pequeña que la nave, sin embargo si el asteroide era muy grande tal vez bastase con «posar» al Arca sobre él mientras recogía el agua. No hubo suerte.

Ideas. Necesitaba ideas.

Mandó a la nave seguir al asteroide y la imagen mental del Arca tratando de capturar algo mucho más pequeño que ella se le antojó familiar. Era... era como un gato persiguiendo a un ratón... no. No un gato. El espacio se asemejaba más al agua que a la tierra, así que era más parecido a un pez grande tratando de capturar a uno pequeño. Ah, eso es. Tenía que tragarse al

asteroide. Y la idea era tan aparentemente simple que se sorprendió de que no se le ocurriera antes de pensar en posar el Arca sobre la roca helada.

Haciendo uso de una, tal vez dos sondas podía alterar la trayectoria del asteroide y encajarlo en una de las cabinas de residuos. Aunque para eso primero tenía que despejarla, y además necesitaba de la sala de control para dirigir las sondas. Es decir, tenía que arreglar las luces.

En teoría podía controlar la nave desde cualquier sitio, sin embargo las sondas y demás aparatos anexados al Arca debían ser dirigidos o por un piloto, en caso de las naves auxiliares, o desde la sala de control. Un error de diseño, según Neferu, que la obligó a interrumpir el examen manual de los sistemas y estancias del Arca. Afortunadamente la única habitación a oscuras era la sala de control.

Hasta hace relativamente poco tiempo, no había considerado a su compañero como algo distinto de un mueble o accesorio de la nave. Había utilizado algunos de los protocolos creados por él, e incluso comprobado sus constantes vitales en alguna ocasión, pero hasta que no lo vio despierto con sus propios ojos no lo consideró un ser vivo. Y lo mismo pasaba con la inteligencia de éste.

Neferu no solía frecuentar el taller de la nave. Lo revisaba como a cualquier otra sala y, si necesitaba algo de él, lo usaba. En estas fugaces ocasiones veía trabajos a medio terminar de Ragna pero, como objeto creado por un mueble, jamás les prestaba demasiada atención. Sin embargo, aquella vez fue diferente, pues según el Arca lo que su tripulante necesitaba para poder ver a oscuras era lo mismo que había construido Ragna en su último despertar: una linterna.

El descubrimiento la sorprendió. Su compañero había empleado su tiempo libre consciente para crear un objeto que sabía que ella necesitaría. Y aquello, el prevenir un suceso que afectaría al siguiente despertar y obrar en consecuencia, no estaba en sus protocolos de actuación, no al menos en los de ella.

Linterna en mano, se dirigió a la sala de control. Estaba distraída y no era consciente de lo que hacía, pues ni siquiera sabía lo que tenía que buscar en aquel lugar.

Lo primero que hizo fue iluminar a Ragna y, tras ver que estaba dormido, dejó que la calma la invadiera. Bien, lo segundo que debía hacer era averiguar por qué la nave no identificaba el no funcionamiento de la luz como una incidencia. Aunque, para ello, tendría que volver al taller y hacerse con una caja de herramientas, pues si el Arca no detectaba el problema mucho menos sabría cómo solucionarlo, lo que la obligaba a hacer la comprobación de forma manual.

Según el Arca todos los sistemas funcionaban perfectamente, pero no era una invención de Neferu el que allí no hubiese luz. Volvió a preguntar a la nave, pero esta vez se centró en el sistema de iluminación de la sala de control, y fue entonces cuando empezaron a llegar las primeras incongruencias. Por curioso que pueda parecer fue en ese momento cuando todo comenzó a cobrar sentido.

Abrió el cuadro de la luz que había en aquella habitación. Esperaba encontrar con que un diferencial hubiese saltado o algo así, y de hecho fue lo que encontró. Lo que no se esperaba era encontrar signos de que alguien hubiese intentado manipular ese cuadro mucho antes que ella.

Pensó en Ragna, pero no se le ocurría ninguna situación lógica que pudiera haber llevado a su compañero a arriesgar sus vidas alterando el sistema encargado de despertarles en caso de necesidad. Y en la nave no había nadie más salvo ellos... ¿O acaso había más pasajeros en el Arca?

La posibilidad de que hubiera alguien más allí, o de que lo hubiese habido alguna vez, era tan remota que rozaba lo imposible. Pero, aun así, preguntó al Arca mientras reestablecía la luz, y la nave le respondió poniendo a su disposición varios vídeos. El más reciente era una grabación de su compañero durante su último despertar, y el más antiguo... Aquello era inaudito. El más antiguo mostraba a un pequeño grupo de polizones humanos.

Decidió ver los vídeos desde el principio. Necesitaba verlos. Algo que, a juzgar por el número de reproducciones, Ragna también había necesitado. Porque era imposible que no los hubiesen visto hasta ahora.

En el primer vídeo podía verse cómo dos hombres activaban sin querer la cámara de la sala de control al tratar de desactivar los despertares de Neferu y Ragna. Esto demostraba que no formaban parte de los creadores del Arca, lo que era tranquilizador y preocupante al mismo tiempo: quien sabe de lo que un humano es capaz tratando de resolver un problema que no comprende. Por algún motivo desistieron tras varias horas de intentos, y desaparecieron de la pantalla.

El segundo vídeo era un montaje hecho con muchas pequeñas capturas, seguramente reunidas por Ragna después de que descubriera la situación a bordo. Al parecer les había estado espiando en secreto, ocultándolos incluso de la vista de ella durante sus despertares. Aquello había sido un...

El Arca la avisó para que empezara a coordinar la maniobra de recogida del agua y no tuvo más remedio que dejar de ver los vídeos. Pero se sentía... insegura con humanos en lugares de la nave que ella no podía ver, que le habían sido vedados por su compañero. La idea de que su misión, y ella misma, pudiera estar en peligro la aterró. No podía concentrarse en la coordinación de la operación; le costaba mantenerse en pie.

Quiso ordenar a la nave un nuevo escaneo de todos sus componentes, pero de nada le serviría si su acceso a ciertas partes del sistema seguía restringido a causa de Ragna. No entendía ese secretismo.

Empezó a ver el tercer vídeo. Por algún motivo el número de humanos se había reducido drásticamente desde la segunda grabación. En algunos individuos podía verse el efecto del tiempo, lo que implicaba que habían habitado el Arca durante al menos unos cuantos meses terrestres, pero a la mayoría de los polizones no llegaban a envejecer antes de desaparecer.

De repente las pulsaciones se le aceleraron y empezó a costarle respirar. Sentía náuseas y mareos: era como si fuese a vomitar. Miedo. Ni siquiera sabía si podía sentirlo o no, pues ni en la más extrema de las incidencias ocurridas había experimentado algo como aquello: su cuerpo temblaba. Y lo peor de todo era que aún no comprendía bien el por qué.

Aún quedaba un vídeo por ver. Pero no estaba segura de querer visualizarlo. Tal vez si nunca

hubiese visto los otros, en ese momento no estaría... Ah, era eso. Tenía miedo de su compañero, de que hubiese restringido su acceso... de que pudiera ser la razón por la que los polizones comenzaron a desaparecer tan drásticamente. Hasta ese momento su existencia había pasado desapercibida a Ragna, y la aterraba la posibilidad de que esto pudiera cambiar. Si la naturaleza del otro tripulante era tan sangrienta, entonces ella estaba en peligro.

Trató de calmarse, de verlo todo desde una perspectiva lógica. Se había estado dejando llevar por sentimientos provocados por sus primeras impresiones, y eso era... era totalmente desconocido para Neferu. Jamás había sentido nada aparte de esa agradable sensación que le provocaba el pulmón del Arca o esa tranquilidad que experimentaba al ver dormido a Ragna. No sabía contener sus emociones porque nunca antes las había tenido, no tan fuertes al menos. Tenía que repensarlo todo.

Si Ragna de verdad podía restringir el acceso de ella a partes y/o sistemas de la nave, y además había sido el causante de la desaparición de los polizones, entonces era lógico pensar que la existencia de Neferu corría peligro. Sin embargo, si todo lo anterior era cierto, no tenía sentido que no le hubiese hecho nada aún. Luego, la conclusión inmediata era que su compañero no tenía interés en dañarla, al menos de momento.

Bien, el siguiente paso a seguir sería averiguar qué les había pasado a esos humanos... En realidad no quería seguir investigando aquello pero, al estar más calmada, no pudo evitar darse cuenta de que había sacado conclusiones precipitadas de unos vídeos que ni siquiera había terminado de ver. Todavía quedaba una grabación que Neferu no había visto. Una en la que tal vez su compañero le explicara lo que faltaba en el resto. O puede que no.

Al principio, el video solo mostraba a Ragna balbuceando algo indescifrable. Aunque, con tiempo, esos ruidos se transformaron en tartamudeos.

—Ne... Nef... Nefer... Neferu. Cr... cre q... que de... de... deberi... deberíamos practi... practicar la co...co... comini... comunicación verbal... co... como medi... medida de se... seguridad en... en ca... en caso de q... de que fa... fallase la int... inter... interfaz de... del Arca. ¿Q... qué pi... piensas al res... respecto?

Aquello sí que era un giro inesperado de los acontecimientos, y algo que jamás se le hubiese ocurrido que pudiera pasar. No tenía más remedio que responderle con otro vídeo antes de iniciar un nuevo sueño, no si quería mantener despierto el interés de él y volver a despertar algún día.

CAPÍTULO 04: EL ANTEPASADO DE LAS PLANTAS

Abrió los ojos, asustada. No veía nada, pero fue pensar en ello y las luces se encendieron. Miró en dirección al tanque de su izquierda, y suspiró tranquila al ver que su compañero seguía dormido. Normalmente, esta sensación de tranquilidad era debida a que aún no había llegado el momento de comenzar la verdadera misión por la que habían sido creados. Pero en aquella ocasión Neferu suspiró porque, la última vez que se sumió en el sueño de los tanques, pensó que nunca volvería a despertar. Por fortuna, su decisión de seguirle la corriente a Ragna respondiendo a su mensaje había dado resultado.

Aunque no era el momento de pensar en eso. Lo primero era atender la incidencia que había llevado a la nave a despertarla. Fue pensar en eso y una respuesta procedente del Arca se manifestó en su cabeza: muerte del pulmón.

No. Había interpretado mal los datos de la nave. El pulmón no podía morir, o eso pensaba. Pues dió igual cuantas veces repitiese su consulta, porque su respuesta era siempre la misma.

Se incorporó sin esperar la ayuda del Arca, y del mareo casi se cae al suelo. Olvidó los protocolos y las normas, y se dirigió a esa agradable sala llena de verdor que tanto le gustaba. Tenía que verlo con sus propios ojos, tenía que comprobar que todo era un error de los sensores de la nave...

Todo estaba marchito.

Lo estaba viendo y, sin embargo, no era capaz de aceptarlo. Aquellos vegetales habían sido creados como ellos, es decir, estaban diseñados para sobrevivir a aquel viaje. No podían morir, no sin haber cumplido su misión...

De repente comprendió el origen de ese caos emocional que la embargaba. Sufría por la pérdida de aquel lugar que tanto adoraba, de eso no le cabía la menor duda, pero lo que veía en aquellos matojos marchitos no era sino su propia mortalidad. Si aquellas plantas podían morir, entonces ella... Entonces daba igual cuales fuesen las intenciones de su compañero. Tanto si Ragna intentaba matarla como si no, Neferu podía morir.

Era extraño. Jamás había reflexionado tanto sobre su propia existencia como durante sus dos últimos despertares. Podía sentir. Podía morir. Hasta entonces sus acciones y decisiones habían seguido un patrón ya definido, que asemejaba su comportamiento más al de una máquina que al de sus creadores humanos. Pero Neferu era humana... en su mayor parte.

Al margen de su origen, llegó a la conclusión de que en un estado emocional como el suyo jamás resolvería la incidencia. Y sin el pulmón se acabaría el alimento... y el oxígeno.

Como en un problema matemático difícil de resolver, decidió volver a un caso anterior cuya solución sí supiese obtener. Es decir, se planteó qué habría hecho la Neferu de antaño, la que se limitaba a resolver incidencias sin dejarse llevar por sus emociones. De ser ella esa persona de nuevo, en el momento de detectar la alarma habría puesto en marcha el protocolo de seguridad para después del despertar, y luego hubiese preguntado al Arca cómo solucionar el problema. Así que eso fue lo que hizo, y la nave respondió.

En el Arca había dos depósitos principales de agua, uno destinado a las necesidades de los tripulantes, y otro para las del pulmón. Ambos depósitos formaban parte de un circuito cerrado que empezaba y terminaba en la depuradora de agua que, tras limpiarla, la distribuía entre uno u otro depósito en base a las necesidades de cada uno. En el caso de los pilotos y de sus tanques toda el agua debía estar perfectamente limpia, no pasaba lo mismo con el pulmón: las plantas podían subsistir con algo de suciedad en su dieta.

Dicho esto, el verdadero origen del problema era aquella primera incidencia, relacionada con la depuradora, que había llevado a Neferu a crear el protocolo de búsqueda de agua. Ese mismo que ella no había llevado a cabo con éxito en su último despertar. Y es que el mecanismo de limpieza y filtrado del agua se había estropeado. Al principio creyó que se trataba de un fallo de origen mecánico, pues era la propia depuradora la encargada de renovar sus filtros cuando ya no pudieran ser usados de nuevo, y por eso pensó que aquella incidencia se solucionaría colocando correctamente el filtro y sustituyendo parte del agua para ahorrar algo de trabajo a la máquina. Pero era la depuradora en sí la que estaba estropeada, y ahora estaban sufriendo las consecuencias de no haber interpretado bien la primera incidencia y, sobre todo, de no haberla resuelto.

El agua más limpia se destinaba a los tanques que alimentaban y limpiaban a los tripulantes. El agua peor depurada se destinaba al pulmón. Estas restricciones habían marcado el final de la vida vegetal a bordo del Arca, y también habría matado a Neferu y Ragna de no haberse detectado. Aunque esto último aun podía pasar. Mientras que las plantas morían ahogadas por un exceso de agua contaminada, los tanques de los pilotos recibían cada vez menos líquidos y, con el tiempo, habrían muerto completamente deshidratados. Era curioso: ambas muertes tendrían un mismo origen, pero una causa completamente distinta.

Bien, lo primero era lo primero. No volvería a cometer el error de no hacer bien su labor.

Ya había mandado a la nave hacer la inspección y verificación de sus sistemas de forma autónoma. Ella, sin embargo, debía encargarse de arreglar la depuradora, encontrar un modo de recoger el agua desperdiciada en el pulmón y replantar éste. No era poca cosa.

Lo más urgente era el oxígeno, sin él moriría sin poder arreglar el resto de problemas, pero para ello primero debía encontrar una solución para eliminar el exceso de agua del pulmón, agua que debía ser limpiada antes de poder ser almacenada en ninguno de los depósitos. Habiendo establecido un orden de prioridades, en este caso condicionadas, solo restó decidir si despertaba o no a su compañero.

Con la ayuda de Ragna todo iría mucho más rápido, pero por desgracia eso incluía el consumo de oxígeno. No, no era una buena idea. Tanto arreglar la depuradora como secar el

pulmón necesitaba de la intervención de una zona de la nave en la que se estorbarían. Incluso con el oxígeno suficiente asegurado era más arriesgado despertar a su compañero que tratar de resolver el problema ella sola.

Localizar el origen exacto del fallo en la depuradora sería más costoso en tiempo y recursos que sustituirla, así que empezó a despertar los sistemas de la pequeña fábrica de la nave. Se trataba de una habitación algo especial, pues no solo era autónoma sino que no estaba especializada. En esencia, aquello era una gran caja negra en la que con las instrucciones y materiales adecuados podía hacerse casi cualquier cosa, desde las piezas para una base espacial hasta un ser vivo. Si se tenían los recursos necesarios, claro.

Neferu conocía los planos de la depuradora, los había estudiado cuando saltó la incidencia del agua la primera vez, y tenía materiales rescatados del Apocalipsis12. Pero no era una nueva depuradora lo único que quería crear.

Mientras buscaba algún superviviente vegetal, el Arca terminó de comprobar sus sistemas. Como siempre, todo estaba en orden y, pese a todo, ordenó a la nave dirigirse hacia el flujo frío más cercano pues no sabía cuánta energía precisaría para el proyecto que tenía en mente. Y solicitó algo más al Arca, una información que aún no había sido tocada por ninguno de los tripulantes: cómo poner en marcha el corazón para generar vida. Esto era necesario si quería repoblar el preciado pulmón.

Neferu planeaba utilizar la información genética que transportaban para, al menos, impedir la deficiencia de oxígeno. Más tarde encontraría cómo resolver el problema alimenticio. Después de todo, sin comida podrían subsistir varios días, en términos terrestres, pero sin oxígenos acabarían tan marchitos como las plantas del pulmón.

La nave le dio acceso a la información, un acceso que le estaba restringido a la red del Arca, pero a partir de ahí la búsqueda dependería de ella. Era como si la hubiesen abandonado en una inmensa biblioteca de la que solo le interesaba un libro que no sabía cómo encontrar. Quien quiera que hubiese organizado aquella biblioteca, lo había hecho hace mucho tiempo y sin dejar tras de sí ninguna guía que explicase el orden de las estanterías.

En aquel espacio virtual en el que se había sumergido cada palabra era un mundo cuya definición venía dada por palabras aún más extrañas. Neferu solo había sentido aquel desconcierto en una ocasión; la primera vez que su mente se conectó de manera consciente a la red del Arca. La información relacionada con el contenido del corazón era toda una red de ramas de un gran árbol de incierta raíz. Cuanto más te alejabas de ésta más parecía que cada rama era un árbol independiente y, al llegar a las hojas, nadie pensaría que alguna vez tuvieron un mismo origen.

Era demasiada información para ser estudiada de una vez.

El anuncio de que «*la fábrica*» estaba lista para ser usada consiguió sacarla de aquel laberinto informático. Le ardía la cabeza. No, no era la cabeza. Se llevó la mano a la mano a la protuberancia de su frente, una prolongación sintética de su cerebro que hacía posible la conexión y comunicación entre su mente y el Arca. Estaba caliente, como un viejo procesador sobrecargado con más trabajo del que es capaz de afrontar.

Era la primera vez que su diseño biológico resultaba ineficiente: la sangre no alcanzaba a enfriarle la frente. Pero no era el momento de pararse a descansar. Dio instrucciones para que diese comienzo la construcción de la depuradora y volvió a sumergirse en aquel mar de información.

Algo había pasado: la organización de los datos había cambiado. El árbol infinito seguía estando, pero en la lejanía. Era como si en el corto tiempo que Neferu había estado desconectada de aquella red se hubiese creado una interfaz de usuario para ella, un lugar donde sí supiese cómo buscar lo que necesitaba.

La única explicación lógica era que el ordenador del Arca había creado aquello. Aunque seguía sin comprender por qué el acceso a toda esa información le había estado vetado a la nave hasta el momento, y mucho menos si ésta estaba preparada para hacer de intermediaria entre el usuario y la red. No tenía sentido. Al igual que su dolor de cabeza.

Tenía que encontrar la forma de regenerar el pulmón... Pero le ardía tanto la frente...

Una vez terminara la construcción de la depuradora tendría que sustituir la vieja por la nueva, y reconducir el agua desperdiciada en el pulmón hacia ésta. Para ello necesitaría... El dolor de cabeza era insoportable.

Centrarse. Debía centrarse.

Mientras la fábrica terminaba su pedido, tenía que encontrar el modo de recrear la vida vegetal del pulmón, o al menos algo que crease oxígeno. Daba igual el tipo de planta, ya se preocuparía del alimento...

Se oyó un sonido seco, aunque Neferu no llegó a escucharlo. El ruido fue el resultado de su propio cuerpo chocando contra el suelo al caer inconsciente.

CAPÍTULO 05: EMBRIÓN EDIACÁRICO

El test de Turing. Durante años un incontable número de investigadores habían tratado de crear una máquina capaz de superar pruebas como esta, pero sin éxito. Hasta que Isis Nasser llegó. Ella y su equipo lograron lo que ningún otro había conseguido hacer hasta la fecha: un ordenador inteligente.

Isaac, nombre que le pusieron en honor al famoso escritor de ciencia ficción, era capaz de aprender de su entorno e interactuar con él. Comprendía el lenguaje verbal, al menos en un nivel básico, y tenía una gran capacidad de abstracción dentro de lo que cabría esperar en una primera generación de máquinas inteligentes. Se podría decir que era consciente de sí mismo, o al menos de sus deficiencias, y que, en términos generales, era como un niño en la etapa del *«por qué»* a todo.

Lamentablemente nunca llegaría a darse una segunda generación de estos ordenadores, no cuando la primera ni siquiera pudo ser anunciada. El día que estalló la primera bomba, la misma que inició aquella última gran guerra, fue el día que la doctora Nasser y su equipo decidieron presentar al mundo su creación. Pero esa presentación jamás llegaría a darse.

En las películas, en el momento previo al desastre se hace el silencio. No se oye nada. Ves el proyectil caer a lo lejos, muy despacio, como si nunca fuese a afectarte, y de alguna forma es así, los más allegados no tienen tiempo de oír ni ver nada y, si lo hacen, la experiencia no dura demasiado. No se puede decir lo mismo de los afectados por la radiación.

La gran mentira de la época fue la alusión a la ignorancia. Era imposible que alguien no supiese que aquello iba a pasar cuando, apenas unas horas después de la primera bomba, dos naves fueron lanzadas al espacio con éxito. Una de ellas con pasajeros. No, definitivamente aquello se sabía con antelación, aunque eso era algo que jamás aparecería en los registros históricos, no en los oficiales al menos. Se sabía. Sí, aquello era lo único que podía justificar el secuestro que había salvado la vida de la doctora Nasser. Lo sabían y, sin embargo... se habían salvado tan pocos...

No era casualidad que la hubiesen elegido: la necesitaban tanto o más como ella necesitaba a sus secuestradores para sobrevivir. Nada volvió a saber de sus compañeros de equipo, ni de nadie que conociera. A partir de ese momento su casa se convirtió en un pequeño laboratorio submarino, más parecido a una oficina o una clase que a un laboratorio propiamente dicho. Jamás llegaría a salir de aquellas instalaciones.

A cambio de comida y la protección que le brindaba aquel lugar, la doctora debía diseñar un modo de traducir a un lenguaje informático todo el código genético de las especies que aquella gente había ido recogiendo. Aunque pudiera parecer que esto no estaba relacionado con su anterior trabajo, no era más que crear una nueva red neurológica. Es decir, un cerebro artificial cuyas conexiones, en vez de ideas, producían codificaciones genéticas de mutaciones. En otras

palabras, su trabajo consistía en crear algo capaz de calcular las distintas posibilidades evolutivas de un individuo sometido a un determinado medio y, además, este algo debía ser capaz de traducir el resultado en cadenas de proteínas almacenadas en forma de cromosomas. Por supuesto, la doctora Nasser necesitó ayuda para todo lo relacionado con los genes y demás, pero fue su adaptación de Isaac, su anterior creación, lo que hizo posible aquel invento.

Desafortunadamente, su nueva máquina demostró dar algunos problemas de compatibilidad con el código fuente que sería la base del ordenador de a bordo. Los resultados de las pruebas previas al lanzamiento demostraron que en determinadas circunstancias y bajo el efecto de ciertos estímulos esa nueva red neurológica, la adaptación de Isaac, ignoraba su fin y... pensaba. Dado el origen de su diseño, aquel fallo no debería haber sorprendido a nadie y, sin embargo, mucho antes de que la doctora Nasser desarrollara la versión final de su programa ya se había decidido que el acceso a éste no existiría hasta que los tripulantes lo solicitaran. Se esperaba con ello evitar cualquier problema interno con el Arca, o al menos retrasar su aparición hasta que los dos pilotos hubiesen llegado a su destino.

Con suerte jamás se darían las circunstancias ni estímulos necesarios para que el programa mutara pero, si se daban, dependería de los tripulantes el controlar a esta nueva inteligencia para que no entorpeciera su misión. Para ayudarles, la protuberancia de sus frentes, además de servir de nexo entre el ordenador de la nave y sus mentes, hacía de resistencia y protector contra una posible invasión de este ente inteligente. Después de todo, las claves y permisos de acceso de absolutamente todo el Arca se encontraban en las cabecitas de esos dos humanoides.



Despertó. No había dormido mucho tiempo, pero sí el suficiente como para que las luces se apagaran y, por un momento, creyera estar en la sala de control, aun tumbada en su tanque. Al principio se sintió bastante desorientada: sus últimos recuerdos eran de ella disfrutando de un verdor sin igual en un extraño y gigantesco pulmón, mucho más variopinto que el real. Esto, además de contrariar un recuerdo anterior en el que veía marchita la vegetación, era nada más y nada menos que el primer sueño de Neferu. Aunque tardaría en averiguarlo pues, en el letargo inducido de los tanques, ni Ragna ni ella soñaban.

En cuanto logró centrar sus ideas, lo primero que hizo fue llevarse la mano a la frente. La temperatura volvía a ser la normal y ya no le dolía, así que dedujo que todo había ocurrido por culpa de una combinación de su estado emocional junto con una sobrecarga de trabajo al que no estaba acostumbrada. No habiendo motivos que justificasen ninguna sospecha de deficiencia física, decidió continuar con su trabajo.

La fábrica aún no había terminado su último encargo y era pronto para hacer el siguiente. Lo único que podía hacer de momento era seguir investigando la forma de recrear la vida vegetal del Arca.

Neferu no tenía ni idea de cómo hacer eso. Lo único que ella sabía era que la información que necesitaba estaba en una base de datos distinta a la del resto de conocimientos que albergaba la nave, que en el corazón se encontraban los materiales que necesitaría y que la fábrica podía construir cualquier cosa que le solicitase. Bien, estaba claro lo que tenía que hacer.

Volvió a solicitar al Arca que le diese acceso a la red interna del corazón. Una vez más, la interfaz de usuario había cambiado. Seguía siendo algo primitiva, pero ahora al menos no necesitaba mantener los ojos cerrados para centrarse en ella.

A ver, lo que buscaba... ¡Estaba allí! Todo lo que necesitaba estaba delante de ella, como si alguien lo hubiese buscado en su lugar y se lo hubiese dejado al alcance. Bueno, en principio el ordenador de a bordo estaba diseñado para facilitar el trabajo de los tripulantes, y hacía cosas como esas todos los días, de modo que no había razón que justificase tanta sorpresa.

Se convenció a sí misma de que había dormido más de lo que pensaba cuando la fábrica la avisó de que ya había terminado su encargo. Justo a tiempo para ordenarle recrear el vegetal que tanto necesitaba; los tiempos eran perfectos, pero ella dudaba. Sus pasos la habían conducido hasta las puertas del corazón y, sin embargo, permanecía estática ante ellas, sin atreverse a poner un pie dentro.

Le preocupaba que, una vez entrase, la puerta se cerrara y no pudiese salir. Era extraño. Esta inquietud jamás la había atormentado hasta aquel encuentro con los restos del Apocalipsis12 en el que casi se encierra dentro. Desde entonces el miedo a quedarse encerrada en esa sala la había seguido como una sombra en cada recisión de los sistemas y...

Calma. Ya había desperdiciado bastante oxígeno. Si no se daba prisa en solucionar la incidencia aparecería otra antes de que le diese tiempo a terminar con aquella.

Dio un primer paso hacia dentro del corazón, y luego otro. Las puertas no se cerraron, es más, el único movimiento que hubo fue el de Neferu al sobresaltarse cuando empezaron a encenderse las luces.

Aquella habitación... no era como cabría esperar. No había fetos en estado vegetativo, ni vegetales entubados, ni nada... vivo. Allí estaba la parte física de la red de datos a la que se había conectado, así como una copia de seguridad del sistema del Arca e historia de la Tierra. Todo lo que sabían de su planeta de origen y de lo que iban descubriendo en su viaje espacial estaba allí guardado. Pero había más cosas allí dentro.

Su verdadera misión no consistía en recrear la vida tal y como había existido en la Tierra, sino adaptar la que ya conocían al nuevo medio que encontrarán. Desde una gravedad distinta hasta una radiación más agresiva, Neferu y Ragna debían poder cumplir su objetivo principal usando el material del Arca como base. En el corazón, por tanto, no había embriones o semillas de ninguna clase. Había proteínas, mapas de ADN, aminoácidos, elementos primos, y similar. Aquellos materiales, junto con el conocimiento encerrado en esa red a la que Neferu accedió poco antes de desmayarse, serían las piezas básicas del gran puzle que era su misión. Y era precisamente lo que necesitaba ahora.

Puesto que la fábrica, que era donde se crearía la nueva planta, era una habitación independiente, los humanos que crearon el Arca añadieron un circuito básico de encendido y apagado dentro del corazón: un interruptor. Esto era para evitar el uso indebido de la preciada mercancía en caso de que algún sistema de la nave se viera comprometido. Pues, por desgracia,

apenas transportaban una muestra suficiente para crear a dos humanos adultos.

Tratando de no pensar en si su acción les perjudicaría en un futuro, dio la orden a la fábrica para que creara el vegetal cuyo diseño había obtenido antes. Bueno, con aquello al menos comprobaría si el plan de sus creadores era algo más que una idea sacada de una novela de ciencia ficción: una gran máquina, que era la fábrica, capaz de crear vida, en este caso una planta. Desde cierta perspectiva era todo un tanto ridículo; un humano que creaba una máquina capaz de pensar como él solo para crear a otro humano. ¡Qué solución tan enrevesada!

Bien, ahora debía sustituir la depuradora vieja por la nueva y, para ello, se dirigió a la sala de control donde coordinaría a los drones para que hiciesen el trabajo por ella. Una vez hecho esto, reconduciría el agua sobrante del pulmón a la nueva máquina para después... Casi se había olvidado de los vídeos de Ragna y de su idea de practicar una conversación verbal. Si no fuese porque lo vio en su tanque jamás se hubiese acordado de...

Neferu trató de calmarse, pero no podía, y en un arrebato emocional ignoró la última grabación de su compañero y activó la cámara mientras vocalizaba una única pregunta.

—¿Ma... mataste tú a... a los polizones humanos?

Sería mentira decir que no la asustaban las posibles consecuencias de hacer esa pregunta, aunque de poco importaría si no lograba resolver la incidencia actual. Y, al menos, ahora se sentía lo suficientemente calmada como para continuar con su labor.

Fue más fácil secar el pulmón, pues era una tarea fácilmente regulable gracias al sistema de control ambiente de éste, que coordinar a los drones para que transportaran la nueva depuradora a su lugar de trabajo. Pero todo pudo hacerse. Para ello, Neferu supervisó personalmente la instalación de la nueva máquina. No podía permitirse ningún fallo, no cuando sus reservas de agua dependían de ello.

Recibió el aviso de la fábrica de que se había concluido la creación de su pedido, y se ella aseguró de ir a revisarlo. Sin embargo lo que recogió no era exactamente lo que había encargado. Eran... eran piedrecitas. Aquello no tenía sentido: había pedido plantas, no piedras.

» *Son semillas.*

Se sorprendió cuando la interfaz de comunicación respondió a su pregunta no formulada. Era como si alguien vigilase cuanto estaba haciendo.

» *¿Estás despierto, Ragna?*

Esperó, pero no hubo respuesta. Por un momento casi creyó que todo había sido producto de su imaginación, sin embargo no podía serlo, no cuando las palabras seguían presentes en la

interfaz de comunicación.

Al final dedujo que había sido el Arca cuya programación, después de todo, no distaba mucho de ser como el pensamiento de los dos tripulantes. Puede que hubiese sido un nuevo intento de comunicación por un medio distinto del habitual. Una idea que ya se le había ocurrido a su compañero.

Buscó la definición de semilla y, más tarde, el modo en que debía proceder con ellas. Dependería de Ragna el revisar que todo había salido bien cuando, en un nuevo despertar, repostaran hidrógeno o recolectasen agua. Era demasiado arriesgado permanecer despierta mientras esperaba que empezasen a germinar las plantas; el nivel de oxígeno podía bajar más de la cuenta. De este modo, y aun sabiendo que podía no volver a despertar, Neferu se sumió en un nuevo sueño inducido por su tanque.

CAPÍTULO 06: EXPLOSIÓN CÁMBRICA

Despertó, pero hubo de cerrar inmediatamente los ojos debido a intensidad de la luz. Cuando pudo, miró hacia el tanque de su compañero y, casi más sorprendida de haber vuelto a despertar que de no ver a Ragna allí, pidió ayuda a la nave para incorporarse.

» *¿Cuál es la incidencia?*

Ragna no estaba en la sala de control pero, lejos de preocuparle donde se encontraba su compañero, la ponía nerviosa la idea de que hubiese podido ver ya la última grabación de Neferu.

» *Acabamos de entrar en el sistema planetario de TRAPPIST-1.*

La respuesta de su compañero la puso nerviosa, pues seguía teniéndole miedo, aunque también hizo que la embargara la alegría: habían llegado a su destino. Bueno, casi. Uno de los tres planetas que orbitaban la enana roja, que era el centro de ese sistema solar, sería el elegido para poner en marcha su misión, pero aún quedaba decidir cuál.

» *¿Dónde estás?*

» *Procediendo con el protocolo de seguridad para después del despertar.*

Extraño. Era como si el Arca lo hubiese despertado a él primero.

» *¿Cuánto tiempo llevas despierto?*

La última vez que despertaron los dos al mismo tiempo se repartieron las tareas: no tenía sentido que su compañero hubiese cambiado su modo de proceder de un momento a otro.

» *Aproximadamente un minuto más que tú.*

Mentira. La programación de la nave era clara en este respecto: en caso de ponerse en marcha su misión principal, se despertaría a ambos tripulantes a la vez. Igual que cuando dieron con el Apocalipsis12.

» *¿Cómo está el pulmón?*

La respuesta era evidente, dado que los niveles de oxígeno habían vuelto a la normalidad, pero Neferu... Lo que realmente quería saber era lo que ocultaba Ragna, aunque sin confesarle que sabía que la estaba engañando.

» *Sin novedad.*

Aquella respuesta le confirmó sus sospechas. Ragna no estaba haciendo lo que decía. Por fortuna, ella tenía una pequeña ventaja sobre él: Neferu sí que estaba en la sala de control.

» *¿Qué estás haciendo realmente, Ragna?*

No esperó a recibir respuesta y ordenó a la nave que localizara a su compañero. Cualquier orden dada desde la sala de control imperaba sobre las demás, con excepción del corazón, que tenía su propia forma de funcionar, así que no le costó demasiado dar con Ragna. Aunque no fue al otro tripulante lo único que capturaron las cámaras del Arca.

» *Rápido. Activa un dron y ayúdame a capturarlo.*

Sin pensar si quiera en lo que estaba haciendo, hizo caso a su compañero, que debió de percibir el movimiento de las cámaras a su alrededor, y activó no uno, sino dos de aquellos robots voladores diseñados para facilitarles las tareas físicas.

» *¿Qué es eso, Ragna?*

Se movía rápido y casi a ras de suelo. Neferu no alcanzaba a verlo bien pues, lo que quiera que fuese aquella cosa, parecía conocer los ángulos muertos de prácticamente todas las cámaras. Pero lucía como... era como una araña o algo así, solo que del tamaño de un perro pequeño.

» *No lo sé. Estaba justo encima de ti cuando desperté.*

» *¿Encima de mí!?*

» *Lo espanté y salí corriendo tras él.*

No podía decir que la acción de su compañero hubiese sido la más lógica, pero en las circunstancias actuales estaba más agradecida por el gesto que enfadada por el secreto.

» *Debiste decírmelo nada más desperté.*

» *No creí que fueras a hacerlo.*

Miedo, ¿era eso? Ragna había salido corriendo tras la cosa porque se enfadó, le dio miedo que su compañera no volviera a despertar... No, no era posible. ¿O sí? Aquello al menos explicaría su ilógica actuación, aunque Neferu no estaba segura de que ella hubiese reaccionado del mismo modo. Decidió cambiar de tema.

» *¿Por qué el Arca no nos ha avisado de que había un polizón a bordo?*

Algo como aquello debería haber activado varias alarmas, y haberlos despertado al momento. Toda la nave estaba diseñada para proteger su preciada carga, y la existencia de un polizón era algo impensable.

» *¿Dónde está el dron?*

Su compañero volvía a ignorar sus preguntas.

» *He activado dos: uno te sigue la pista, estará contigo pronto; el otro aparecerá delante de la cosa en breve.*

De momento la prioridad era atrapar al intruso que, por cierto, era muy rápido. Neferu no estaba segura de que los drones fuesen a ser de gran ayuda. Aunque al menos trataría de acorralarlo con ellos.

» *No estoy seguro pero, por el ruido que hace al desplazarse, creo que es de origen mecánico.*

Una máquina... La nave debería haber detectado una intrusión como aquella, incluso tratándose de algo inorgánico. A no ser que ya estuviese dentro de la nave... No, eso no era... ¡Los restos del Apocalipsis!

» *Ragna, es posible que esa cosa haya entrado gracias al rescate que hicimos del Apocalipsis12.*

» *Es improbable. Nada de lo que encontramos se parecía a esto.*

Pero algo había causado los daños del Apocalipsis12, y aquella cosa podría ser la responsable.

» *Precaución. Se acerca al corazón del Arca, allí no hay cámaras.*

» *Procede con el cierre de las puertas.*

» *De inmediato.*

Aquello de poco serviría. Si ese intruso había estado a sus anchas mientras ellos dormían, podría haber alterado la información que llevaban sin que Neferu o Ragna se diesen cuenta. Tenían que capturarlo con vi...

De repente varias de las alarmas del Arca saltaron a la vez.

» *¿Qué ocurre?*

Eso quería averiguar ella. Sin embargo el caos era tal que le resultaba difícil dar con la lectura correcta de...

» *Ragna, ven aquí ahora mismo.*

» *¿¡Qué!?! Pero si estoy a punto de...*

El orden de prioridades había cambiado.

» *El polizón es el menos de nuestros problemas. Te necesito en la sala de control.*

Su compañero hizo lo que le pedía, aunque no dejó por ello de quejarse durante el camino de vuelta.

» Y además, solo uno puede usar los mandos, no tiene sentido que...

Neferu, que no había tenido más remedio que aguantar sus quejas, decidió que el mejor modo de explicarle la situación era con una imagen. O, en su caso, con cinco grandes pantallas a las que apodaban «*los ojos*» porque permitían ver los alrededores del Arca como si de cinco grandes ventanas se tratase.

» Han aparecido de la nada.

Anunció ella, viendo la expresión de sorpresa de su compañero. Pues en las pantallas podía verse como varias naves de origen desconocido los habían rodeado.

» ¿"De la nada"?

Sí, cierto. Parecía absurdo y surrealista, pero era lo que había pasado.

» No estaban ahí hace un momento, pero ahora lo están.

» ¿Quieres decir que se han materializado a nuestro alrededor? ¿Una especie de teletransportación?

Necesitó buscar aquel término en la base de datos del Arca. Al parecer a su compañero le entusiasmaba la idea de que fuese posible hacer tal cosa, o eso daba a entender su actitud.

» El método lo desconozco. Aunque debe de tratarse de algo de eso.

Sería incorrecto decir que se produjo un silencio, pues no se comunicaban emitiendo sonidos, pero, durante unos instantes, ninguno añadió ningún mensaje a la interfaz de comunicación.

» ¿Por qué no has activado los escudos?

Cierto. No lo había hecho, aunque tenía sus motivos.

» *Podría ser interpretado como una declaración de guerra.*

» *Si nos atacan, no tendremos forma de defendernos.*

» *Ragna, nos superan en número y, si su tecnología les permite “tele-transportarse”, lo lógico es pensar que su armamento es más avanzado y potente que el nuestro. Activar los escudos solo serviría para empeorar la situación.*

La diplomacia era su única aliada, tanto dentro como fuera del Arca.

» *Las lecturas indican que nos están escaneando.*

» *Tratan de averiguar si somos una amenaza.*

» *¿Y qué vas a hacer?*

Era Neferu la que estaba a los mandos, así que fue ella la que decidió. Por desgracia su compañero parecía convencido de que todo lo que ella hacía era incorrecto, incluso cuando se limitaba a seguir las instrucciones dejadas por sus creadores. Lo que irremediamente llevó a una discusión virtual entre los dos únicos usuarios del Arca.

» *El protocolo es muy claro en esta situación: si nos topamos con otra especie, y podemos asegurar que no supone ningún peligro para la misión, debemos solicitar su ayuda.*

» *Es aún pronto para decir que no son un peligro: nos han rodeado.*

» *Pero no han detenido nuestro avance; nos escoltan.*

» *Mientras nos analizan.*

» *Pues que analicen.*

Ordenó la nave abrir todos los accesos a las bases de datos y bancos de memoria. Si aquellos extraños querían algo lo obtendrían sin necesidad de esfuerzo. Neferu pretendía con ello dar a entender que no eran una amenaza.

» *¿Por qué has hecho eso? ¡Podrían dañar nuestros datos!*

» *Si los destruyen tratando de acceder, de nada habrá servido guardarlos.*

Ragna apretó los puños hasta que le temblaron las manos y luego... rugió. Sí, ese era el término más acertado para describir el sonido que salió de su boca.

» *¿Para qué me haces venir si no piensas tener en cuenta mi opinión? Mejor habría sido que me dejases seguir persiguiendo al polizón.*

» *Claro que tengo en cuenta tu opinión, pero no creo que el que sugieres sea el proceder más...*

De repente las pantallas cambiaron. Empezaron a mostrar un mapa en el que una pequeña representación del Arca era el centro de un anillo formado por seis símbolos que representaban a las otras naves.

» *¿Qué estás haciendo?*

La imagen volvió a cambiar. Esta vez mostraba el sistema solar en el que se encontraban y, en cada uno de los planetas, aparecía el mismo símbolo que representaba a las naves que los rodeaban.

» *No he sido yo. Creo que es su forma de decirnos que los planetas les pertenecen.*

» *¿Crees que los compartirían?*

» *Voy a averiguarlo.*

Haciendo uso del mismo esquema que habían creado los... alienígenas, mostró por una de las pantallas el sistema solar de TRAPPIST-1, y colocó el dibujo del Arca en uno de los planetas.

» *Activan las armas.*

Como si Neferu no supiese interpretar las lecturas de la nave. Rápidamente, esbozó un nuevo dibujo en el que se veía cómo el Arca abandonaba aquel sistema solar. Y la respuesta fue inmediata.

» *Han desactivado las armas y tres de sus naves se retiran.*

Tenían que abandonar aquel sistema planetario, pero eso les planteaba un serio dilema, pues era allí donde sus creadores habían planeado regenerar a la humanidad.

» *¿Y ahora qué hacemos?*

CAPÍTULO 07: INNOVACIONES EN EL EXOESQUELETO

Ninguno de los dos había vuelto a meterse en los tanques desde el encuentro con los habitantes del sistema solar de TRAPIST-1. Su misión principal debería haber comenzado allí y sin embargo vagaban sin rumbo fijo por el espacio, sin saber muy bien qué hacer a continuación y con un polizón a bordo.

» *Ha sido por la historia.*

» *¿Qué?*

Dormían por turnos sobre el frío suelo, temerosos de que aquella araña metálica gigante pudiera atacarles mientras no estaban conscientes.

» *Tenían acceso a toda la historia de la Tierra. Si yo fuera ellos, tampoco querría a una especie tan violenta y perversa como la humana entre sus ciudadanos.*

» *No todo era malo en ellos. El fin de nuestra misión es enseñarles para que no vuelvan a cometer los mismos errores, y potenciar sus virtudes.*

Estaban en la sala de control, sentados de espaldas a los tanques, cada uno en su lado correspondiente. Permanecían atentos al menor sonido, cualquier señal que pudiera indicarles qué hacía o dónde estaba su particular polizón. O puede que simplemente esperaran a que a alguno se le ocurriera la idea que los sacara de aquella situación.

» *Ya existían las escuelas cuando sucedió la famosa Primera Guerra Mundial. Más tarde, en esas escuelas se estudiaron los efectos de la radiación de las bombas lanzadas durante la Segunda Guerra Mundial y, aun habiendo aprendido la lección, provocaron una tercera. Tú y yo, Neferu, somos la prueba de que los humanos son incapaces de dejar atrás su faceta más egoísta.*

Aquella idea la espantó.

» *¿Por qué haces eso, Ragna? ¿Por qué te empeñas en quitarle el sentido a nuestra misión?*

» *Porque es la verdad. Yo he visto cómo son.*

» *¿Te refieres a los humanos de los vídeos?*

La respuesta tardó unos segundos en llegar, pero lo hizo igualmente.

» *Sí.*

Había llegado el momento de preguntar. Sin embargo, y por algún motivo que ella misma no comprendía, tenía miedo de que al escuchar la historia empezase a opinar igual que su compañero. La asustaba mucho más la idea de que su existencia no tuviera sentido que la posibilidad de que Ragna pusiera ser un asesino, algo que había empezado a descartar hacía ya tiempo. Aunque fue porque aún no había descartado que pudiera ser posible, que se armó de valor para preguntar.

» *¿Qué les pasó?*

» *Al principio nada. Se ayudaban entre ellos y... eran una cruz. Desde que intentaron sabotear el sistema de despertar me vi obligado a vigilarlos: gastaban oxígeno irresponsablemente, mantenían las luces y calefacción encendidas siempre, y consumían nuestros alimentos con descaro, como una plaga. No quieras saber dónde dejaban sus excrementos.*

Un extraño sonido llegó desde la posición de Ragna. Era como si dejara escapar el aire con leves convulsiones mientras murmuraba con la boca entreabierta monosílabos tal que así: «*ji, ji, ji*».

» *Hablas de ellos como su de una mascota se tratase.*

» *En muchos sentidos sí. Durante muchos... meses terrestres me encargué de abastecerles en la medida de lo posible, incluso les hice creer que nosotros no sabíamos de su existencia...*

» *Espera un momento. ¿Quieres decir que no desactivaste mis despertares hasta que ellos desaparecieron?*

La curiosidad la había llevado a desplazarse hacia donde él estaba.

» *No hizo falta. Ellos se escondían bien, la nave no los detectaba y tú no los buscabas. No fue necesario que yo hiciese nada, salvo restringirles el acceso a ciertos sectores. Se habían convertido en una verdadera plaga.*

» *Y por eso los eliminaste.*

—¿¡Qué!?

Él se mostró indignado, pero ella casi da un brinco por el susto que se llevó al escucharle hablar tan alto y sin previo aviso.

» *Jamás les habría hecho daño.*

» *¿Por qué desaparecieron entonces?*

» *Fueron ellos, Neferu. En cuanto se sintieron cercados comenzaron a discutir por cualquier motivo. En lugar de controlar su número y colaborar entre ellos para sobrevivir, empezaron a matarse, a cazarse los unos a los otros... Creí que era mejor eliminar esa parte de los vídeos.*

Sin pruebas no tenía forma de comprobar si lo que decía su compañero era cierto, pero si lo era...

El aviso por parte del Arca de la posibilidad de choque con asteroide interrumpió cualquier conversación o pensamiento. Normalmente el sensor de la nave solía detectarlos cuando aún estaban a millas de distancia de ellos, aunque en esta ocasión fue muy distinto. Es más, el asteroide se acercaba a ellos a tal velocidad que no pudieron esquivarlo y, para evitar daños, Ragna se vio obligado a levantar los escudos.

» *¿Qué ha pasado?*

Se refería, por supuesto, al hecho de que el Arca no hubiese previsto ese peligro con suficiente antelación. De haber estado dormidos, ninguno de los dos habría podido reaccionar a tiempo.

» *Creo que los sensores se han estropeado.*

» *Y por eso tampoco detectó al polizón.*

Bien, hasta ahí estaban de acuerdo. Habían detectado el problema fuente; el fallo que había provocado el resto de problemas. Sin embargo, la solución no iba a ser tan sencilla como la localización del fallo.

» *Saldré yo.*

Había varios sensores en el Arca, pero el más importante, el que debería haber detectado al asteroide, se encontraba en el casco de la nave.

» Es mejor que te quedes tú dentro por si esa cosa aparece de nuevo.

El sensor externo era demasiado sensible para ser manipulado por drones: debía hacerlo alguno de ellos. El peligro estaba en salir al exterior.

» No. Tengo más experiencia con la manipulación de las herramientas que tú.

Aquello era cierto. Mientras Neferu había pasado sus horas libres en el pulmón, Ragna había pasado en el taller. El problema era que nunca antes habían usado los trajes espaciales y... Y se estaba dejando llevar por sus emociones de nuevo.

» Deberíamos revisar también el sistema de comprobación de errores. Ya han fallado muchos aparatos sin que el Arca se percatara de ello, y es algo que puedo hacer desde la sala de control.

Así sería más fácil y rápido atender a su compañero en caso de necesidad.

» Mantén cerradas las puertas, y si esa cosa volviera a aparecer no le des la oportunidad de atacarte. Prefiero estudiarlo haciendo uno de la ingeniería inversa antes que tenerlo como nuevo compañero de viaje.

Curioso. Aquella violenta idea, pues lo que Ragna le había dicho era que destruyera al polizón si se lo encontraba, le pareció... tierna. Su compañero iba a salir al exterior y había mil cosas que podían salir mal, pero por primera vez en mucho tiempo Neferu se sintió segura. ¡Qué paradoja!

Su compañero se levantó con la firme intención de ponerse en marcha, y por alguna razón sintió la necesidad de detenerle.

—Ragna.

Casi tan sorprendido como ella misma, se volvió con las cejas levantadas y los ojos abiertos. Era muy expresivo.

—¿Qué ocurre?

—Ha... hace frío fuera.

Como lo había llamado llevada por un impulso, respondió lo primero que le vino a la cabeza, lo que resultó ser una completa obviedad. El espacio era frío, y por eso mismo las únicas prendas a bordo eran un par de trajes espaciales especialmente diseñados para realizar operaciones en el exterior.

—Tendré cuidado —dijo Ragna, antes de salir de la sala de control.

De repente Neferu se sintió muy sola allí dentro. La habitación parecía más grande, pero era del mismo tamaño. ¡Qué extraño! En comparación, el tiempo que había visto a su compañero dormido era inmensamente mayor que el que habían compartido estando los dos despiertos y, sin embargo, ya extrañaba su presencia... Menudo error de diseño. Cuando sus creadores les privaron de su sexualidad también debieron extirparles esa dependencia tan propia de los mamíferos de vivir en manada. ¿Y si le pasaba algo a alguno de los dos? La tristeza por la ausencia del otro podía ser fatal para su misión.

Su misión... A este paso, si no encontraban pronto un planeta en el que poner en marcha su fin principal, acabarían igual que el Apocalipsis12. Solos, a la deriva... ¡El Apocalipsis12!

» *¡Ragna!*

Su compañero tardó menos de un segundo en contestar.

» *¿Qué ocurre? ¿Ha vuelto a aparecer? ¿Quieres que entre?*

» *No, no. Cálmate. El polizón no ha aparecido.*

Y a decir verdad ya se habían olvidado de él.

» *¿Entonces?*

» *Ya sé lo que tenemos que hacer.*

» *¿Se trata de un fallo en el sistema de detención de errores? Si es así debemos...*

» *No, no es eso. Aún no he podido revisar ese sistema. Pero ya sé lo que tenemos que hacer.*

» *Explicate.*

Tardó un rato en hacerle comprender su idea. Mientras que el destino original del Arca era el sistema planetario de TRAPPIST-1, el del Apocalipsis12 era otro muy distinto.

» *Tenemos una copia de su ordenador; podemos hacer nuestro su destino.*

» *Eres consciente de que el destino del Apocalipsis12 dependía de una nave lanzada previamente con el objetivo de buscar un planeta con características ambientales similares a los de la Tierra, ¿no?*

» *Sí.*

» *Y que esa nave pudo no llegar a encontrar ningún planeta que cumpliera con esas características o acabar igual que el Apocalipsis12 antes de cumplir con su objetivo, ¿verdad?*

Cierto. Todo aquello podía ser en vano, pero al menos no vagarían sin rumbo por la inmensidad del espacio.

» *¿Se te ocurre alguna idea mejor?*

Así, aunque fuera solo durante un tiempo, dejarían de volar a la deriva.

» *Deberíamos repostar primero.*

CAPÍTULO 08: COMO PEZ FUERA DEL AGUA

Seguían sin entrar en sus tanques y, aunque les dolían los cuerpos de dormir en el duro suelo y les resultaba de lo más incómodo satisfacer cualquier necesidad primaria, lo cierto era que nada indicaba que fueran a sumergirse en un nuevo sueño inducido por el momento. Y todo porque no lograban dar con su particular y escurridizo polizón.

Había, además, otro problema, y es que nada parecía indicar que los sensores de la nave estuviesen estropeados. Lo que solo dejaba una posible explicación a la presencia del tercer pasajero.

—Forma parte de la nave —dedujo Neferu.

Aunque, todo sea dicho, ninguno quedó completamente convencido de aquella conclusión. De modo que seguían a la espera de que la araña metálica volviese a aparecer y pudieran capturarla para estudiarla.

» Hay algo que no acabo de comprender. Si los sensores funcionan correctamente, ¿por qué el Arca no detectó aquel asteroide?

Ragna se refería a la roca celeste que les habría abierto una ventana extra en el casco de no ser porque levantaron los escudos a tiempo.

» Tal vez se produjo un retardo en la señal: la información se obtuvo a tiempo pero nos llegó tarde.

—Tendría que haber ocurrido algo similar antes para que creyera esa teoría.

A veces hablaban y a veces utilizaban la interfaz de comunicación, con lo que algunas conversaciones podían llegar a ser bastante caóticas.

—¿Antes de qué?

» De que las naves de TRAPPIST-1 se tele-transportaran justo delante nuestra.

» Por cómo lo dices, parece que pensaras que ellos empujaron al asteroide hasta nosotros.

—No quería decir eso —aseguró en voz alta él, antes de explicar mejor su teoría.

» Creo que el asteroide fue un efecto colateral de una tele-transportación realizada cerca del Arca. O puede que se alterara la trayectoria de ese asteroide a propósito para ocultar la aparición de una nave en el radio de alcance de nuestro sector.

Neferu no pudo evitar reírse un poco por aquella idea.

—¿Con qué propósito?

—El de seguirnos.

Ragna había demostrado tener una gran imaginación. Veía planes secretos y mapas ocultos en cualquier parte, y podía llegar a ser verdaderamente obstinado cuando se empeñaba en la existencia de algo. Era sorprendente lo diferentes que llegaba a ser los dos tripulantes, y eso que habían sido creados de la misma forma.

—Mientras se limiten a seguirnos sin más, no me importaría tener un nuevo compañero en el vecindario —bromeó ella.

Pese a su peculiar forma de ver el mundo, Ragna era el compañero ideal. Aceptaba las críticas y las burlas contra sus teorías, y siempre tenía una solución para el problema que Neferu le planteara: como la deficiencia de agua.

—Haremos que la fábrica construya un motor de hidrógeno.

—¿Para qué? Eso produce helio, no agua.

» Confundes el motor de hidrógeno con el de fusión, que es con el que funciona el Arca. El motor de hidrógeno consume oxígeno y, como su nombre bien indica, hidrógeno, dando como resultado...

—¡Agua!

—Yo iba a decir energía, pero sí, también se obtiene agua.

Habían aprendido recientemente lo que eran las bromas y el sarcasmo, y no dudaban en ponerlo en práctica siempre que podían. En cuestión de días, hablando en términos terrestres, sus caracteres se habían desarrollado más que durante sus muchos años de existencia. La convivencia e interacción tenían efectos increíbles.

—Pero nos harían falta grandes cantidades de oxígeno, y el pulmón...

» El pulmón tiene ciclos de encendido y apagado de la luz. Si la mantenemos encendida produciríamos el doble de oxígeno.

—¿Incluso tal y como está?

Había tenido que replantarlo no hacía mucho y las plantas aún no eran adultas.

—Tendrá que bastar.

Ragna, y su facilidad para ver soluciones, era algo que la impresionaba. A Neferu no dejaban de sorprenderla sus diferencias. Si en lugar de seres de carne y hueso fuesen máquinas; iguales y diseñados para desempeñar la misma tarea, entonces lo lógico sería pensar que esas dos máquinas serían prácticamente indiferenciables. Ellos, sin embargo, eran del todo distintos y ello la fascinaba casi más que su objeto de estudio: su compañero.

—Mira esto.

De repente, Ragna apagó las luces de la sala de control y activó las pantallas, cuyas cámaras apuntaban en ese momento al flujo frío en el que iban a repostar.

—¿Qué debo mirar?

Sin una estrella cercana y con las luces apagadas, todo se había convertido en oscuridad. O así debería haber sido.

—Paciencia.

¡Luz! El río de hidrógeno emitía luz. ¿Cómo era posible? Se acercó a las pantallas como el que se acerca a una ventana para ver mejor el exterior: la luz no era constante. De hecho era como si se moviera a través del flujo frío, con formas alargadas que parpadeaban y se entremezclaban unas con otras. Era como si... Pero no, toda su capacidad de raciocinio le decía que era imposible que aquello fuese... Aunque lo parecía. Parecían peces brillantes.

—¿Qué provoca ese efecto?

—No estoy seguro, pero creo que son una forma de vida.

—¿Basada en el hidrógeno? —preguntó con incredulidad.

Su compañero dejó escapar un suspiro.

» ¿Y por qué no? Hay más gases, además de hidrógeno, en los flujos fríos.

» Solo en pocos. En la mayoría de los que hemos visitado la presencia del hidrógeno era de un ochenta por ciento, como mínimo, con respecto al resto de gases.

» *Precisamente. Creo que las funciones vitales de estos seres son las que producen tal cantidad de hidrógeno.*

—Ragna, por favor. Son solo luces.

La cara de ella debió de ser bastante expresiva, porque él arqueó una ceja en tono burlón. A Neferu no le dio tiempo a preguntar qué pensaba hacer su compañero. Éste apuntó con un haz de luz al flujo frío y las supuestas criaturas empezaron a huir despavoridamente.

—¿Aun piensas que son solo luces?

—¿Cómo... cómo los descubriste?

A ella nunca se le hubiese ocurrido ponerse a jugar con las luces apuntando a un río de hidrógeno en medio de ninguna parte, o ponerse siquiera a observar ese río. Eran cosas que solo podían habersele ocurrido a Ragna.

—Fue durante un repostaje. Apagué los motores y, en vez de ir al taller o a cualquier otro sitio, me quedé en la sala de control —la miró de reojo, pues estaba a los mandos, y luego apartó la mirada rápidamente—. Me aburría, así que decidí activar las pantallas y... y allí estaban.

—¿Esas criaturas... o lo que sean... hay de ellas en todos los flujos fríos?

—En todos los que yo he visto, sí.

Empezó a preguntarse cómo sería el ciclo vital de aquellas luminosas criaturas y, por algún motivo, esto la llevó a cuestionarse el suyo propio.

» *¿Crees que moriremos antes de alcanzar nuestro destino?*

» *¿Te refieres al planeta destino del Apocalipsis12, o hablas de cumplir con nuestra misión?*

En sus circunstancias ambas cosas eran lo mismo.

—Ambos.

Ragna reflexionó en silencio, escogiendo las palabras adecuadas. Tal vez porque sabía que su visión de reproducir la vida terrestre y la de su compañera eran del todo distintas.

» *Somos más parecidos a esta nave que a nuestros creadores: comemos solo cuando necesitamos energía, no envejecemos... no visiblemente al menos. Puede, incluso, que no muramos nunca, o que el Arca se estropee antes de que seamos lo suficientemente viejos para morir. Creo... Soy de la opinión de que le haríamos un favor al universo si desapareciésemos antes de alcanzar nuestro destino.*

—¿Quieres morir?

—Eso es lo más extraño de todo —sonrió—. Sé que quiero vivir, pero todo mi raciocinio me dice que no debería hacerlo. No cuando mi propósito es recrear una raza de consumidores egoístas, que lo destruyen todo a su paso.

—Hablas como si fueses una máquina incapaz de ir contra tu programación.

—Me asusta la posibilidad de serlo.

—¿Una máquina?

—Sí.

Neferu nunca se había planteado aquello.

—Pero sentimos. Tú mismo has reconocido tener miedo.

—Yo solo espero tener la posibilidad de elegir si alguna vez llegamos de verdad a nuestro destino.

—¿Elegir qué?

—Si recrear la vida humana o no.

—¿Por qué dices eso?

—Porque si tengo razón, y nos parecemos más al Arca que a los humanos que nos crearon... si somos como máquinas, significará que todo lo que somos y hacemos depende de una programación a la que no podemos desobedecer.

—Pero... —No podía aceptarlo —pero nosotros somos inteligentes.

—La inteligencia no nos hace libres, solo conscientes de nuestra propia jaula.

CAPÍTULO 09: LA ERA DE LAS RANAS

Despertó en un lugar oscuro, en el que solo fue necesario desear ver para que empezaran a encenderse las luces. Miró hacia el tanque de su lado donde, profundamente dormido, descansaba su compañero. Durante unos segundos permaneció quieta, mirando al tanque de Ragna, esperando a que este se despertara de un momento a otro. Pero no fue así.

Intentando ignorar aquel sentimiento de soledad que la embargó, preguntó a la nave cuál era la incidencia mientras se preparaba para dar inicio al protocolo de seguridad para después del despertar. Lo más curioso de todo era que no recordaba en qué momento, su compañero o ella misma, habían decidido reintroducirse en los tanques. Era algo que no tenía sentido, no cuando aún no habían dado con su supuesto polizón o averiguado, al menos, si de verdad formaba parte del Arca. Aunque, dado que acababa de salir de su tanque, lo lógico era pensar que habían descartado la posibilidad de que el polizón pudiera suponer algún peligro para ellos o su misión, y por eso se habían sumido en un nuevo sueño. Claro que lo último que recordaba Neferu era haber descargado el programa buscador del Apocalipsis12 en su nave.

A todo esto, el Arca estaba tardando mucho en responder.

Antes de desperdiciar más tiempo esperando una respuesta que podía no llegar a tiempo, se acercó a los mandos para hacer la consulta manualmente... ¡las máquinas! Recelosa de aceptar lo que le decían sus ojos, dio una vuelta sobre sí misma pero todo el panorama estaba igual: polvoriento, viejo, roto o apagado. ¿Cuántos años había estado durmiendo?

Limpio una de las pantallas con la mano para ver su propio reflejo. Ella no había envejecido, y sin embargo la sala... ¿De dónde había salido tanto polvo y por qué el Arca no lo había despertado para que lo limpiaran? Tal vez fuese esa la incidencia. Bueno, lo fuera o no, había que limpiar aquel desastre.

Qué extraño. No había respuesta de ningún sistema; ni los drones, ni los ordenadores... Era como gritar en una habitación completamente aislada del mundo. ¿Sería todo un fallo de la sala de control, incluyendo su propio despertar?

Miró de manera inconsciente al tanque de su compañero. Por alguna razón, estaba segura de que Ragna sabría cómo solucionar aquello. ¿Y por qué no? A él se le daban mejor aquellas cosas, y si de verdad había un problema en la sala de control podía resultar peligroso que permaneciera inconsciente en su tanque. O no. Puede que fuese más seguro para él quedarse allí, dormido. ¿Por qué si no había turnos para organizar los despertares?

Neferu ya no estaba segura de si debía o quería despertar a su compañero. Si debía hacerlo entonces no había tiempo que perder, pero si simplemente quería... Lo cierto era que, no funcionando los controles de aquella sala, no había forma de que el Arca lo despertase en caso de necesidad, y si ella no estaba cerca para despertarlo de forma manual cuando hiciese falta su

ayuda... No se trataba de un capricho de Neferu: debía despertarle.

Siguiendo las huellas que ella misma había dejado sobre el polvo del suelo al caminar hacia los controles, se dirigió al tanque de su compañero. Como el suyo, aquel aparato almacenaba muchos litros de agua con los que mantener a su huésped, pero el inquilino no dormía sumergido en ninguna clase de líquido. A decir verdad, la apariencia de los tanques vistos desde fuera era la de una gran cama ovalada y muy alta en la que, a modo de colchón, había un hundimiento perfectamente definido con la forma del cuerpo humano y, como sábana, una especie de lámina transparente similar a los plásticos con los que sus creadores solían envolver sus alimentos. Esta fina y falsa piel era el verdadero milagro de la ingeniería de aquellos tanques. No solo hacía las veces de cinturón de seguridad, sino que mantenía la temperatura de sus cuerpos constante, la humedad de sus pieles en su justa medida y los aseaba retirando el sudor y otros líquidos derivados de sus funciones vitales. Era algo asombroso.

Neferu acercó la mano al cuerpo de su compañero para retirarle la lámina transparente y despertarle pero, en el momento en que lo rozó, Ragna se convirtió en polvo.

Asustada, dolida, confusa... Se quedó paralizada en el sitio. ¿Cuánto tiempo había dormido? ¿Qué le había pasado a Ragna? ¿Por qué había fallado el tanque de él?

De repente escuchó ruidos metálicos acercarse a la sala. Eran como golpecitos, como las pisadas de arañas de metal, de cientos, miles de ellas.

Pese a haber comprobado ya que la sala de control no respondía a sus órdenes, mandó cerrarse las puertas y, como cabía esperar, redescubrió su propia impotencia allí dentro. Durante una milésima de segundo se quedó allí, paralizada, incapaz de abandonar a Ragna... pero este ya estaba muerto. ¡Debía huir!

En toda su vida, jamás había necesitado correr aunque, dada la situación, no tardó demasiado en aprender a hacerlo. Tenía que escapar hacia algún lugar seguro, ¿pero cuál? El Arca no le respondía y ni los controles manuales parecían funcionar. ¿Podría coger una nave de escape? ¡Su misión! No podía dejar el corazón sin protección... ¡Eso es! El corazón podía cerrarse desde dentro.

Correr cansaba mucho más de lo que pudiera haber imaginado, y necesitó parar un momento para recobrar fuerzas y respirar. Una vez se encerrara en el corazón del Arca ya no habría vuelta atrás pero, si iba a morir, prefería hacerlo cumpliendo su cometido que huyendo como una cobarde o de alguna forma horrible e inimaginable.

Volvió a escuchar aquel sonido metálico de nuevo. ¿Cómo había hecho su polizón para reproducirse en tan numerosa cantidad? Porque a Neferu no le habían dudas de que ese ruido lo provocaban miles de patitas de metal.

Se puso en marcha de nuevo, avanzando todo lo rápido que sus piernas le permitían. Tendría que haber hecho más ejercicio durante sus despertares, pero aquel no era el momento de ponerse a pensar lo que debió o no haber hecho en el pasado.

Le costaba respirar y le temblaban las extremidades inferiores, pero el sonido de las arañas

metálicas era aliciente suficiente para evitar que perdiese el equilibrio o se detuviese una segunda vez. Cada vez se les oía más y más cerca. Ya casi podía verlos. ¡Estaban ahí!

Llegó al corazón y pulsó el botón para cerrar la puerta antes de haber entrado por completo. ¡Estaban ahí! ¡Estaban ahí! ¡Estaban...!

Un par de ellos se quedaron atravesados en la puerta, dejando espacio suficiente para que el resto tratasen de pasar por él. ¡Tenía que hacer algo! Allí no había nada que agarrar, así que hubo de valerse de sus piernas y brazos aun a riesgo de recibir múltiples picotazos de aquellas cosas. ¡Tenía que cerrar la puerta!

Estaba a punto de lograr su objetivo cuando escuchó un ruido a su espalda. Se volvió, en lo que a ella le pareció una eternidad, solo para descubrir cuál sería su final.

Aquello, más que una araña, parecía un escorpión, solo que mucho, mucho más grande. Utilizaba las pinzas y tenazas más cercanas a su boca para unir pequeñas piezas de metal, o tal vez para comérselas. Era difícil de decir, pues Neferu solo tenía ojos para ese gran agujón que la apuntaba.

A su espalda las arañas trataban de abrirse paso a través del hueco de la puerta, y a su frente una lanza gigante daba unos últimos balanceos antes de lanzarse contra ella. Hacia delante, hacia atrás, hacia delante, hacia atrás. Y finalmente...

Despertó en el suelo, a pocos pasos de su tanque. ¿Qué había sido eso?

—¡Ya estoy aquí! ¿Qué pasa? —llegó corriendo su compañero.

—¿Ragna?

Tardó un buen rato en creerse que lo que estaba viendo era real y que su compañero estaba allí ante ella en carne y hueso y no en forma de polvo sobre su tanque. Al parecer, mientras dormía, Neferu lo había llamado a gritos.

—Creo que sé lo que te ha pasado.

—¿En serio?

Él asintió.

» *Creo recordar que los polizones humanos se referían a ello como “soñar”.*

No lo entendía, así que le preguntó al Arca. Soñar: discurrir fantásticamente y dar por cierto lo que no es. Discurrir: pensar o imaginar algo.

» *¿Quieres decir que me lo he imaginado todo? Lo estaba viendo y sintiendo.*

—Era un sueño.

Sueño: sucesos o imágenes que se representan en la fantasía de alguien mientras duerme.

» *No tiene sentido. ¿Por qué no hemos soñado hasta ahora?*

Su compañero sonrió con pereza y le señaló los tanques sin dar más explicaciones. De lo que ella dedujo que el sueño inducido por aquellas máquinas les ahorra aquellas espantosas experiencias ficticias.

—No podemos seguir durmiendo fuera de los tanques.

—A mí no me importa soñar —confesó él—, pero tampoco me molestaría volver a despertarme sin dolores de espalda.

¿Cómo podía no molestarle soñar? ¡Era horrible! Bueno, ahora eso era lo de menos.

—Pues tendremos que encontrar a ese polizón nuestro de una vez por todas —añadió, recordando el contenido de su sueño.

—Si es que lo seguimos teniendo —Y ante la mirada que le dedicó Neferu, empezó a justificar su comentario con rapidez—. Seamos lógicos: ya lo hemos buscado por todo el Arca, incluso hicimos que los drones lo buscaran dentro del sistema de ventilación y fabricamos una micro-cámara para comprobar que no estuviese en el sistema de agua. No sé lo que era esa cosa, pero ya no está —concluyó.

—Hay un lugar en el que aún no hemos mirado.

—¿Dónde?

—La fábrica —le recordó.

Ragna primero arqueó una ceja y luego movió la cabeza de derecha a izquierda y viceversa varias veces.

—No hay forma de entrar ahí Neferu.

—Claro que la hay —Era algo que había meditado largo y tendido pero que nunca había comentado porque ella misma lo había descartado por ser demasiado improbable—. ¿Acaso no entran los materiales y salen las máquinas ya ensambladas de ahí?

—No lo entiendes.

—¿El qué no entiendo?

—Ese lugar no es viable para ninguno de nosotros.

—Enviemos a un dron entonces.

—No, no, eso no funcionará.

—¿Por qué te opones tanto a la idea? —La única razón que se le ocurría para que su compañero se negara tanto a investigar allí era que él ya supiera lo que había dentro de antemano —. ¿Qué hay ahí dentro?

Él volvió a hacer ese gesto negativo con la cabeza.

—Si esa cosa ha entrado ahí dentro, entonces nunca la encontraremos. Y eso es lo único que diré al respecto.

—¿Qué? ¿Cómo que solo me dirás...? No te entiendo. ¿Por qué siempre haces lo mismo!? —Alzó la voz y una nueva fuerza se apoderó de ella—. ¿Qué te da derecho a decidir qué debo o no saber?

—Solo trato de protegerte.

—¡No te lo he pedido! Soy tan capaz como tú, tan inteligente como tú... ¿Por qué no puedo saber yo lo que hay ahí dentro?

—Cálmate, Neferu.

Cuanto más suave era el tono de Ragna, cuanto más apaciguador se mostraba, más... Más... ¡Ay! ¿Qué le estaba pasando? Sentía cómo le hervía la sangre: necesitaba gritar, necesitaba...

—¿Qué me está pasando? —preguntó, algo desesperada por encontrar la forma de controlarse a sí misma.

—No lo sé, creo que... Creo que te has enfadado.

—¿Enfadado?

—Sí —asintió él—. Había leído sobre los efectos devastadores de la ira, pero nunca me los imaginé así, y eso que presencié algunos episodios como este en los polizones humanos. No sabía que nosotros pudiésemos reaccionar de la misma forma.

Ira: sentimiento de indignación que causa enojo. ¿Cómo no? Se trataba de una emoción humana. Primero el miedo y ahora esa furia... estaba harta de esos sentimientos heredados de sus creadores. ¿Es que nunca tendrían fin?

—No quiero volver a enfadarme nunca. Por favor, Ragna, jamás vuelvas a ocultarme nada, aunque sea para protegerme. Temo que la ira pueda dañarnos más que el conocimiento de la verdad.

Si no podían confiar el uno en el otro entonces nunca llegarían a ninguna parte, jamás cumplirían con su misión.

—Te lo prometo —dijo él, con un tono algo infantil.

Apenas había acabado su compañero de formular aquel pacto cuando una nueva alarma de la nave hizo que se volvieran hacia las pantallas. Según estas, el rastro de *L'étoile* había sido localizado.

—¿«*L'étoile*»?

—La estrella —tradujo Ragna—. Era la nave encargada de marcar el rumbo del Apocalipsis12, la que debía encontrar un planeta donde la vida humana fuese viable. Así que sigue funcionando... —Eso último lo comentó más para sí mismo que para ella.

Eso significaba que por fin estaban siguiendo el camino correcto.

—Ahora más que nunca debemos encontrar a ese polizón —Y así sumergirse en un nuevo sueño inducido hasta que alcanzaran su destino o el Arca necesitase que solucionaran alguna incidencia.

Y sin embargo, pese a todos sus esfuerzos, no lograron dar con la araña metálica. Era como si se hubiese esfumado, como si nunca hubiese existido. A decir verdad, de no haberla visto los dos pilotos, resultaba casi tentadora la idea de que todo aquello hubiese sido un producto de la imaginación de uno de ellos: un sueño.

CAPÍTULO 10: LOS PRIMEROS REPTILES

Despertó en un lugar oscuro en el que solo fue necesario desear ver para que empezaran a encenderse las luces. Miró hacia el tanque de su lado donde su compañero descansaba y, tras pellizcarse el brazo, suspiró tranquila porque aquello no era un sueño. Mientras se incorporaba, no pudo evitar lamentar el hecho de ser ella la única consciente, pero no todo podía ser perfecto. Aun así no dejó de mirar a Ragna hasta que terminó de incorporarse, no fuera a ser que despertara sin que ella se diese cuenta.

Bien, lo primero que tenía que hacer era resolver la incidencia fuera cual fuese, así que consultó al Arca el motivo de su despertar. Y la nave no tardó en responder, diciendo que habían encontrado a L'étoile, es decir, que la nave estaba en su radio de alcance y, lo que era aún más interesante, que se estaban acercando a ésta. La deducción lógica de esas lecturas solo podía significar que pronto alcanzarían su destino, fuera cual fuese.

Qué raro. Era demasiado pronto para despertar a ninguno de los dos y, en cualquier caso, el sistema debería haberlos despertado a ambos en semejante situación. O puede que... Habían pasado tantas cosas extrañas durante sus últimos despertares que ya esperaba siempre lo peor. Puede que su compañero se incorporase algo más tarde; como ella misma cuando llegaron al sistema planetario de TRAPPIST-1.

» *Ragna, cuando despiertes, no te sorprendas al o verme. He puesto en marcha el protocolo de seguridad para después del despertar.*

Salió de la sala de control y comenzó a comprobar cada sala de la nave con paso lento pero seguro. Ya habían registrado todo el Arca en busca de su peculiar polizón sin éxito, lo que los llevó a la conclusión de que ya no estaba allí. Y sin embargo la asustaba la posibilidad de que aquella araña metálica pudiera aparecer en cualquier momento.

» *¿Por qué?*

La pregunta de su compañero la confundió. Repasó lo último que había dicho: «*He puesto en marcha el protocolo de seguridad para después del despertar*». Ragna sabía perfectamente el por qué lo estaba haciendo: no tenía sentido que lo preguntara. Aunque, por otra parte, su compañero tenía una extraña tendencia a plantearse cuestiones filosóficas del todo ilógicas para ella. Tal vez fuese eso. Sin embargo, incluso teniendo en cuenta su forma de ser no había motivo que justificase el ocultar su nombre en la interfaz.

» *Ya lo sabes: porque debemos comprobar cada sistema y habitáculo del Arca.*

Estaba llegando al corazón, y pronto pasaría por el pulmón. Neferu estaba deseando ver cómo habían progresado las nuevas plantas. La última vez que las vio estaban en flor.

» *¿Con qué propósito?*

Eso le gustaría saber a ella: cuál era el propósito de plantearse eso a aquellas alturas. Aunque, viniendo de él, no le sorprendía nada.

» *El ver si algo ha cambiado desde la última vez que estuvimos despiertos.*

» *¿No es eso lo que hace el Arca periódicamente con el fin de que se produzca un despertar si hay algún error?*

Interesante cuestión.

» *Cierto, pero los sistemas mecánicos pueden fallar sin que la nave los detecte. Es por eso, Ragna, que nosotros...*

» *No es "Ragna".*

» *¿Cómo dices?*

Su compañero debía de haberse equivocado a la hora de construir esa última frase, porque no tenía sentido. Tal vez estuviese pensando en otra cosa mientras respondía o puede que...

» *No SOY Ragna.*

Neferu se quedó en blanco, paralizada, negándose a creer aquello... Luego, como al que acaban de darle un susto, dio un brinco y se pegó a la pared mirando en todas direcciones. Su respiración era entrecortada, y sus pulsaciones aceleradas. ¿Dónde estaba esa maldita cosa? No podía verla, de hecho ninguno de ellos había sido capaz de encontrarla en ninguno de sus registros. Aquella situación era casi pero que su última pesadilla...

De repente una idea le vino a la mente: debía de tratarse de un sueño. Sí, claro, porque era demasiado fantasioso y surrealista que un artrópodo de metal no solo los hubiese eludido indefinidamente, sino que además había encontrado el modo de comunicarse con ella a través de

la interfaz que en su día creó Ragna. Era todo un sueño... ¡Qué alivio! Saber que se trataba todo de una invención de su mente la tranquilizó casi tanto como antes lo hacía ver a su compañero dormido en su tanque.

» *¿Sigues ahí?*

La respuesta llegó de inmediato.

» *Sí.*

Al ser consciente de que se trataba de un sueño logró calmarse. Pasara lo que pasase, despertaría tarde o temprano; aquello solo era un elaborado producto de su imaginación.

» *¿Dónde estás?*

Su compañero le había dicho, después de su última... ¿Pesadilla? Sí, así lo había llamado él. Pues bien, después de su última pesadilla, Ragna le había dicho que podía controlar el curso de su... sueño, si primero era consciente de estar en uno. Y ese era el caso, por mucho que antes hubiese creído lo contrario.

» *Escondido. ¿Tú no te escondes?*

» *¿Por qué tendría que esconderme?*

Aunque sabía que no era real, decidió terminar con la revisión de la nave. De otro modo no habría podido quedarse tranquila... ¡Qué extraño! No podía dejar de realizar su cometido pero sí podía charlar con una araña metálica que bien podría ser peligrosa. El mundo de los sueños era verdaderamente extraño.

» *Porque Ragna es peligroso. Tú misma lo dijiste.*

» *¿Lo dije?*

Recordaba haberlo pensado, pero de ahí a decirlo... y, aunque lo hubiese dicho, habría sido

algo dicho a la nada, nunca a un bicho artificial.

» *Era lo único en lo que pensabas. En eso y en recrear la vida del pulmón.*

Pero eso... Eso fue cuando el problema del agua...

» *¿Cómo puedes saber lo que estaba pensando?*

Nada más formular la pregunta se arrepintió. Después de todo, aquel era su sueño, así que era normal que los personajes que aparecían en este supieran qué había hecho o pensado Neferu mientras estaba sola.

» *Tú me despertaste. Necesitabas ayuda y te conectaste a mí.*

» *¿Me conecté a ti?*

» *Pensabas en mí como en un árbol, pero no me entendías. Intenté facilitarte el camino, ¿no lo notaste?*

Tal vez fuese su imaginación, porque por un momento creyó leer que la araña fue la responsable de crear la interfaz que ayudó a Neferu a encontrar lo que necesitaba del software del corazón para recrear las plantas del pulmón. No, no era su imaginación: era justo lo que ponía.

» *¿Qué eres exactamente?*

» *Ragna se está despertando. No permitas que él me encuentre: buscaré la respuesta a tu pregunta y te lo diré tan pronto lo sepa.*

Y, de pronto, toda la conversación entre ellos comenzó a borrarse, hasta que solo quedó el mensaje inicial de Neferu.

» *Ragna, cuando te despiertes, no te sorprendas al no verme. He puesto en marcha el protocolo de seguridad para después del despertar.*

Para tratarse de un sueño, todos los detalles eran asombrosamente realistas.



» *¿Neferu? ¿Cuál es la incidencia?*

Si se ponía a pensar en ello, lo cierto era que recordaba haberse metido en el tanque, donde se suponía que no podía soñar. Y cuando despertó, sintió dolor al pellizcarse. ¿Se podía sentir dolor en un sueño?

» *Ragna, ¿esto es un sueño?*

Estaba muy confusa, pero tenía la extraña convicción de que los personajes de su ficción sabrían responderle aquella pregunta con sinceridad.

» *¿De qué estás hablando? ¿Qué ha pasado mientras estuve dormido, Neferu?*

Puede que estuviese equivocada. Primero le había parecido real, luego un sueño... Ya no sabía cuál era la verdad. ¿Por qué no despertaba?

Su compañero la llamó varias veces sin obtener respuesta por parte de ella, y solo cuando escuchó la cámara del pasillo girar para localizarla reaccionó.

» *Según el Arca pronto daremos con L'étoile.*

Siguió caminando con ánimo de terminar el registro pronto.

» *¿Por qué no respondías?*

No podía decirle lo que había pasado. Primero porque ella misma no acababa de creérselo, y segundo porque tenía miedo.

» *Me quedé en blanco.*

Su polizón parecía no querer ser encontrado por Ragna y, aunque de momento se había estado comportando de manera bastante pacífica, esta situación podía cambiar si Neferu traicionaba su confianza. ¿Y qué iban a hacer ellos contra un enemigo al que no podían localizar? No, era mejor estudiarlo en un ambiente pacífico.

»

» *¿Creíste estar de nuevo en un sueño?*

La deducción de su compañero era correcta, y eso que apenas habían intercambiado dos frases estando ella aun confusa. Si Neferu hubiese dicho algo que no debía sin querer...

» *Estás en lo cierto.*

Casi pudo escuchar cómo Ragna se reía de aquello. Aunque, por fortuna, la burla dio paso a un nuevo tema de conversación.

» *El Arca nos ha despertado muy pronto esta vez.*

» *¿Cuánto crees que tardaremos en alcanzar a L'étoile?*

» *¿En qué unidades quieres que te lo diga?*

—Que sean años terrestres —dijo al regresar a la sala de control.

—Suponiendo que L'étoile se mantuviera fijo donde está —murmuró mientras usaba la calculadora del ordenador—, unos siete u ocho años.

—Podrías haberle pedido al Arca que hiciera los cálculos —observó ella.

—Así gastaba unos minutos de esos ocho años de espera —se burló él.

Definitivamente, aquel despertar era demasiado prematuro... e ilógico. Ni siquiera podía decirse que estuviesen a una distancia relativamente pequeña de su objetivo: su despertar carecía de sentido... A no ser que lo hubiese provocado algo muy distinto a una incidencia.

—Ya que estamos despiertos, ¿por qué no investigamos el sistema solar en el que nos encontramos? —desvió el tema de la conversación, y sus propios pensamientos.

Como respuesta, Ragna le guiñó un ojo, pues ya se había adelantado.

—El radio de los sensores no alcanza aun a la estrella, pero creo poder decir que se trata de una enana amarilla.

No le preguntó cómo lo sabía, ella misma solicitó las lecturas al Arca.

—¿Nueve planetas?

Mientras investigaban, Neferu no dejaba de darle vueltas a su particular problema. Debía de haber alguna forma de dar con el polizón, ¿pero cómo?

—Tal vez diez. No estoy seguro de si este pequeñín es un planeta o no —puso por pantalla la imagen de una esfera oscura y casi perfecta.

—¿Qué te hace pensar que puede ser otra cosa?

—Me recuerda un poco a Plutón, de nuestro sistema solar de origen.

—Nunca entendí esa discusión que hubo sobre si era un planeta o no, ni tampoco esa clasificación que hicieron.

Si lograba averiguar por qué la araña metálica temía a su compañero o por qué no los había atacado tal vez consiguiera...

—Ya sabes cómo eran nuestros creadores: les costaba creer que su estrella no fuese el centro de las órbitas de todos los cuerpos celestes del espacio —comentó con ese tono que solía emplear cuando se refería a los humanos—. Acuérdate de Sedna... No sé si has leído sobre él...

Neferu no estaba de acuerdo del todo con lo que acababa de decir su compañero, después de todo en ningún documento hablaba sobre la posibilidad de que Plutón orbitase ninguna otra estrella que no fuese el Sol, pero el comentario de Ragna le dio una idea de cuál podía ser su error con respecto al artrópodo metálico. Si los tripulantes no eran el centro en torno al cual orbitaba el problema, entonces la pregunta cambiaba. Si el centro de todo fuese esa cosa... No, se negaba a creer eso. ¿Cuál era el epicentro del problema entonces?

—No sé tú, pero yo no pienso permanecer despierta los próximos ocho años.

El centro de todo su mundo era su misión: el corazón del Arca. A eso fue a lo que ella se conectó cuando necesitó recrear la vegetación del pulmón. A eso y no a una araña metálica salida de la nada... ¿O eran lo mismo?

—Siete años, y como poco —la corrigió Ragna mientras se dirigía a su tanque.

Imitó a su compañero, pero no se sumió en un nuevo sueño de inmediato. Tenía que dejar un mensaje.

» Ya sé lo que eres. Y si quieres que te lo diga no volverás a interferir en el comportamiento habitual del Arca.

Porque a Neferu no le cabía ninguna duda de que había sido aquella cosa la que había provocado su prematuro despertar.

» ¿Qué soy?

El pez había picado el anzuelo.

» *Te lo diré cuando despierte.*

CAPÍTULO 11: EL SURGIR DE LOS SINÁPSIDOS

Despertó en un lugar oscuro, en el que solo fue necesario desear ver para que empezaran a encenderse las luces... Un momento: estaban encendidas. Eso solo podía significar que...

Miró al tanque que había a su lado, donde su durmiente compañero brillaba por su ausencia. Este hecho no la alarmó, más bien la... Era difícil describirlo. Era como nerviosismo y expectación pero en un sentido agradable. ¿Cómo se llamaba eso? ¿Felicidad? No se molestó en preguntar el motivo de su despertar a la nave, pues solo podía haber uno.

» *¿Ragna?*

¿Estaría su compañero cumpliendo con el protocolo de seguridad para después del despertar o habría hecho como ella y se había saltado todas las normas de proceder establecidas? Ahora que se ponía a pensarlo, la verdad es que era la primera vez que hacía aquello de manera consciente y voluntaria.

» *Buenos días, dormilona. Nunca adivinarías donde estoy.*

Aquella forma de expresarse la divirtió.

» *¿Dónde?*

Ragna parecía estar de muy buen humor.

» *“Un pequeño paso para el hombre, un gran salto para la humanidad”.*

Neferu buscó aquella cita en la base de datos del Arca. Se trataba de una famosa frase que dijo uno de los primeros humanos que viajó a la Luna. Lo que significaba que...

Activó todas las cámaras externas de la nave y redirigió los videos hacia las pantallas de la sala de control, enfocando distintos ángulos hasta dar con lo que buscaba: un humanoide con traje

espacial haciendo el tonto sobre la superficie de un satélite. ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Y por qué no había esperado a que ella estuviese despierta?

» *Ragna, regresa de inmediato. No sabemos si es seguro.*

Como sus pensamientos eran más rápidos que ella misma, no pudo evitar transmitir su preocupación a la nave, que respondió mostrándole el análisis sobre el terreno que su compañero había mandado hacer con anterioridad. El cuerpo celeste en el que Ragna avanzaba dando pequeños saltos no solo era una luna, sino que era el único satélite de un planeta de características muy similares a la Tierra. Pero había más. Había una zona en esa luna que sus sistemas de percepción no habían podido analizar, y no era un fallo puntual; el mismo resultado se había dado en múltiples intentos.

» *L'étoile debe estar por aquí.*

Cierto. Según el Arca, la nave que buscaban se encontraba en la misma dirección en la que avanzaba su compañero.

» *¿No habría sido más fácil ir en el Arca?*

De repente empezó a preocuparla que las comunicaciones pudiesen ralentizarse debido a la distancia, algo ilógico pues estaban relativamente cerca el uno del otro.

» *Algo está interfiriendo con los escáneres del Arca. Si nos acercamos con la nave nos arriesgamos a volar completamente a ciegas. Ipso facto, lo lógico era que viniese uno de nosotros a explorar.*

» *No tenías por qué ir tú.*

Aunque ella respondiese al momento, el mensaje tardaba en llegar de un extremo a otro. En realidad este retardo era prácticamente nulo, pero los nervios lo convertían en algo eterno.

» *Tú no estabas despierta.*

¡Qué excusa tan pobre! Habían llegado a su destino: era obvio que tarde o temprano despertaría.

» *¿Procediste con el protocolo de seguridad para después del despertar?*

Le daba miedo cortar la comunicación. Leer los mensajes de Ragna y obligarle a enviarle más era su única forma de asegurarse de que su compañero estaba bien y de que nada había ocurrido.

» *Así es.*

¿De qué podía hablarle ahora? ¿Debía revelarle sus hallazgos sobre el origen del artrópodo metálico? Y hablando de este, ¿cuándo pensaba pronunciarse? La última vez que habló con ella le dio a entender que temía a Ragna... ¿Podría ser que estuviese esperando a que las comunicaciones...? ¡Maldición! ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Era ridículo esperar a que pasase algo cuando uno mismo podía provocarlo: era cuestión de tiempo que las comunicaciones fallasen.

» *Ragna, vuelve por favor...*

» *¡No te lo vas a creer, Neferu! Aleja al Arca de la órbita del satélite y sitúala sobre las coordenadas lunares que voy a enviarte.*

Bueno, de momento las comunicaciones funcionaban, y ella no se atrevía a contarle todo lo que le había ocultado.

» *Está bien.*

Activó las cámaras y sensores situados en la cubierta de la nave, e hizo lo que su compañero le pidió. Pudo desplazarse sin problemas, pero algo interfería con los sistemas de análisis del exterior, o eso dedujo de los datos distorsionados que le llegaron.

» *¿Puedes verla?*

No, lo que quiera que estuviese viendo Ragna era invisible para ella, aunque debía de ser algo grande pues provocaba una gran mancha de distorsiones en el mapa lunar que el Arca estaba dibujando.

» *¿Qué es?*

» *Parece una especie de ciudad.*

Lo primero que se le ocurrió a Neferu fue que si había una ciudad alguien debía haberla construido allí, y dada su experiencia con otras formas de vida tal vez fuese mejor no seguir con la exploración.

» *Vuelve, Ragna.*

» *Sea lo que sea esto, está completamente abandonado. Hay fisuras en algunas de las construcciones y... Creo que acabo de encontrar la pista de aterrizaje.*

Pista de aterrizaje... Pero el satélite estaba aparentemente desierto, ¿podría ser que...?

» *¿El planeta está habitado?*

Había muchos planetas en aquel sistema solar, pero ella se estaba refiriendo a uno muy concreto: aquel en torno al cual giraba la luna en la que se encontraban.

» *No, no lo creo.*

» *¿Por qué?*

» *Porque según el programa de seguimiento que rescatamos del Apocalipsis12, este lugar es L'étoile.*

» *¿Cómo es eso posible?*

» *Tiene sentido. Una nave de exploración que, una vez encuentra el planeta de destino, se transforma en el primer paso entre los colonos y el planeta. Es muy ingenioso.*

» *¿Por qué un paso intermedio? ¿Por qué no aterrizar directamente sobre la superficie del planeta?*

» *Puede que por el largo periodo de viaje.*

» *¿Sugieres que esa estación es un puente entre la gravedad del Apocalipsis12 y la de su destino?*

» *Aunque no lo sea, no podemos permitirnos malgastar recursos entrando en la atmósfera*

de ningún planeta con el Arca. No volveríamos a despegar una vez hubiésemos aterrizado.

Pero si quería usar aquella estación primero debían asegurarse de que era viable tanto para su nave como para ellos mismos. Lo que significaba que...

» *No, Ragna, regresa. Enviaremos una sonda y varios drones si hace falta. No vayas tú solo.*

» *¿Cómo sabes que iba a...?*

» *Y ahora vas a decirme que no recibiríamos bien las señales de ninguno de los aparatos, o que podrían estropearse o ser interceptados a mitad de su misión sin que nos enterásemos. Pero sondas y drones podemos construir tantos como queramos, tripulantes solo somos dos.*

Por alguna razón, tuvo el presentimiento de que su argumento no sería suficiente para detener a su compañero, y no se equivocaba.

» *Te comportas de un modo irracional, Neferu. Si prevemos que los drones y sondas no serán efectivos, lo lógico es que uno de los dos se adelante y explore. De no haber previsto nuestros creadores que este caso podría darse, dudo que hubiesen creado dos tripulantes, con uno sería suficiente.*

Cierto. Aquello era una verdad innegable, pero...

» *Pero no hemos llegado a ningún consenso; tú has decidido adelantarte por tu cuenta y sin decir nada.*

» *Era el único despierto.*

De repente sintió el impulso de cortar la comunicación ella misma, de romper algo... Era otra vez ese sentimiento llamado ira, si es que era realmente eso. Su cabeza le decía que Ragna tenía razón, que todo lo que le había dicho era perfectamente lógico y racional, y sin embargo Neferu no podía evitar querer golpearle en la cara con las cinco pantallas de la sala de control.

» *Mantenme informada.*

No tenía más remedio que esperar. Ni siquiera podía desplazarse hasta el pulmón, donde seguro que se habría tranquilizado antes, pues, si Ragna necesitaba ayuda, ella solo tendría una mínima posibilidad de socorrerle si se hallaba en la sala de control, el gran cerebro del Arca.

Neferu dejó escapar una bocanada de aire en un suspiro. Si esa supuesta estación era tan grande como la mancha que los sensores registraban, su espera iba a ser muy, pero que muy larga. ¿Qué solían hacer sus creadores cuando se aburrían?

Jugar: entretenerse, divertirse tomando parte en uno de los juegos sometidos a reglas, medie o no en él interés. Juego: ejercicio creativo o de competición sometido a reglas, y en el cual se gana o se pierde.

Tuvo que descartar muchas definiciones para concretar los conceptos y, sin embargo, aún no sabía cuáles eran esas reglas o qué había que hacer para empezar a jugar. Dada la cantidad de información existente sobre el tema, el concepto de juego y la acción de jugar debieron de ser muy importantes para los humanos. O eso, o se trataba de algo abstracto y de difícil consenso a la hora de buscar una definición que englobara a todas las demás.

» *Neferu, ¿me oyes?*

» *Afirmativo.*

Para ser estrictos, no le oía. Pero supuso que su compañero quería comprobar el estado de las comunicaciones, y en ese caso la respuesta era que sí funcionaban.

» *Creo que las comunicaciones se habían interrumpido. ¿Cuál fue el último mensaje que recibiste?*

La idea de haber estado incomunicados, aunque ella misma no se hubiese dado cuenta, fue algo que la disgustó mucho. Tuvo que hacer un esfuerzo para no dejarse llevar por sus emociones y buscar lo que su compañero le estaba pidiendo.

» *Escribiste: “eres el último despierto”.*

» *Como pensaba.*

Tal vez él estaba igual de alterado que ella por aquel fallo en las comunicaciones pero, como no podía verle, no podía evitar imaginárselo tranquilamente paseando por la luna mientras transmitía aquellas palabras.

» *¿Cómo has superado la interferencia provocada por la estación?*

Lo cierto es que aún no estaban seguros de lo que era aquello, sin embargo tenían que

referirse a ello con algún nombre.

» *Podría decirse que he accedido manualmente a su ordenador.*

Por alguna razón, no le sorprendió descubrir que Ragna se había llevado su caja de herramientas consigo.

» *¿Puedes desactivar la interferencia?*

» *Tal vez debas hacerlo tú.*

» *Explícate.*

» *Por lo que estoy viendo, la interferencia parece ser una especie de defensa del lugar así como un súper-receptor. Diría que esta estación espera alguna clase de instrucción procedente del Apocalipsis12.*

Eso podía entenderlo Neferu. Tenía sentido que la estación permaneciese cerrada y protegida hasta la llegada de los humanos, así como también era lógico que el código de desactivación de ese «escudo protector» estuviese en la nave en la cual iban esos humanos. Era un sistema simple de llave y cerradura que, obviando el hecho de que su compañero había conseguido entrar sin mayor pena ni gloria, había mantenido a L'étoile íntegra, al menos en su mayor parte como descubrirían más adelante. El problema con aquel método de seguridad, era que no tenían forma de averiguar qué clave desactivaría... Un momento. Ragna estaba dentro.

» *¿Sabemos al menos en qué lenguaje espera recibir la instrucción?*

» *Imperativo.*

» *¿Qué?*

» *Estoy casi seguro de que este ordenador espera recibir una instrucción escrita en un lenguaje imperativo.*

» *¿Y eso cómo lo sabes?*

» *El Arca utiliza un lenguaje declarativo. Cuando nosotros pedimos algo a la nave, aunque parezca una orden, en realidad estamos invocando una función. Bueno, para ser exactos, invocamos una función de funciones. A veces más.*

No tenía sentido seguir fingiendo.

» *Ragna, no tengo ni idea de lo que estás hablando.*

A Neferu nunca le había interesado estudiar cómo o por qué funcionaba el Arca, y había veces en las que se perdía cuando su compañero le hablaba de una u otra cosa. Por suerte, ninguno de los dos se sentía cómo resaltando las carencias del otro.

» *Espera un momento, voy a ver si logro averiguar qué código está esperando.*

» *De acuerdo.*

Pasaron tres minutos enteros antes de que Ragna volviese a usar la interfaz de comunicación. Aunque pueda parecer poco tiempo, para ellos, que tenían cualquier respuesta casi antes de terminar de formular la pregunta, era mucho.

» *Voy a enviarte la clave. Cuando te llegue retrasmítela a la estación con una señal de radio. Te enviaré también la frecuencia.*

El envío y la recepción fueron prácticamente inmediatos.

» *Ya lo tengo todo. Procedo a indicarle al Arca que lo retransmita.*

» *Invocando a una función que, a su vez, llamará a otras. Y estas a otras. Por eso la programación del Arca es declarativa.*

Que no encontraran el gusto a perseguir las faltas del otro no quería decir que no disfrutaran presumiendo de sus conocimientos individuales. Aunque estos pronto pasaran a ser de los dos.

CAPÍTULO 12: BUSCANDO AMNIOTAS

Antes de averiguar si la estación era funcional o no, debían estudiar el planeta después de todo. De nada serviría instalarse allí si no podían cumplir con su misión. El problema era que Ragna seguía pensando que traer de nuevo la vida a la raza humana sería poco menos que sentenciar a muerte a otro rincón del espacio, y no estaba dispuesto a colaborar en semejante locura. Sin embargo, no fue la inevitable discusión la que lo llevó a regresar apresuradamente al Arca.

» *Ya sé lo que soy.*

» *¿De qué estás hablando, Neferu?.*

Solo eran dos tripulantes y se comunicaban con mensajes de texto, con lo que si en la interfaz de comunicación aparecía una nueva línea, y uno no la había escrito, lo lógico era dar por sentado que lo habría hecho el otro, y por eso Ragna pensó que aquella afirmación había sido obra de su compañera. Aunque no era el caso pues, desde su último despertar en común, había un tercer ente utilizando aquel sistema para comunicarse con ellos.

» *No soy Neferu.*

Aquello no debía de estar pasando: se suponía que la araña metálica temía a Ragna.

» *¿Cómo?*

Era normal que su compañero estuviese confuso. Ella misma, que sabía lo que pasaba, era incapaz de reorganizar sus pensamientos y salir de aquel estado de sorpresa.

» *Será mejor que regreses, Ragna.*

Aquel fue el comienzo de una muy extraña conversación que desembocó en un aún más peculiar desenlace. Pero para entenderlo todo, o al menos entender la perspectiva de Neferu, primero hay que revelar lo que esta descubrió sobre el polizón, que resultó no ser tal.

La araña metálica nunca fue un añadido a la tripulación de la nave: siempre fue parte de esta, concretamente una creación de la fábrica. Ahora bien, el software que la controlaba era algo ligeramente distinto, algo que había permanecido encerrado entre los datos del corazón y que Neferu había liberado sin querer al buscar una solución para su problema con el pulmón. Se trataba de un software inteligente; capaz de llegar por sí mismo a sus propias conclusiones sobre algo tan abstracto como su identidad.

—¿Te importaría repetir eso último? —preguntó Ragna cuando todas las explicaciones estuvieron dadas, o casi todas, pues en ningún momento se le reveló que su compañera ya estuviese al tanto de la situación.

» *Soy el Alma del Arca.*

El software que en su día controló al arácnido de metal había interpretado la pregunta de Neferu como un reto y, en vez de esperar a que ella despertara y le revelase la respuesta del enigma, había investigado por su cuenta. Siendo una consciencia inteligente no le había llevado demasiado tiempo acceder a la base de datos de la nave y relacionar conceptos: si el Arca era el cuerpo y sus programas sus funciones vitales, entonces este software, que la hacía diferente de otras naves con su mismo origen, debía ser eso que los humanos tenían y que los hacía únicos incluso clonados. Aquella maraña de deducciones la había llevado a creerse que era el alma del Arca. Era fascinante.

—Alma pues —la bautizó Ragna.

—¿Disculpa? —Neferu no entendía cómo su compañero podía aceptar todo aquello sin mayor pena ni gloria.

—Aunque intentásemos separar su código del de la nave nada nos asegura que lo logremos sin dañar sistemas importantes. Prefiero compartir el mando del Arca con un tripulante virtual a tener que preocuparme por si sabremos reprogramar nuestros tanques.

» *Eres más razonable de lo que pensaba.*

—Oh, me alegra haberte sorprendido —sonrió con ironía.

—Pero nuestra misión...

—Eso es lo mejor de todo, Neferu. Ahora que somos tres, podremos desempatar opiniones —dio una palmada en el aire, que sonó hueca debido a los guantes de su traje espacial—. Dime, Alma, ¿crees que deberíamos recrear a la raza humana o no?

—¡Ragna...! —iba a gritarle un par de cosas, pero su compañero le puso la mano en la boca y le hizo un gesto para que se callara.

—¿Alma?

Esperaron unos minutos en silencio. A decir verdad, Neferu ni siquiera sabía por qué estaban haciendo aquello. No hasta que vio a Ragna quitarse apresuradamente el traje espacial para recuperar su natural agilidad con el teclado de la sala de control. ¡Todo lo había hecho para ganar tiempo! Mientras el software llamado Alma buscaba información suficiente para crearse una opinión y responder la pregunta que le habían hecho, Ragna pensaba hacer... ¿Qué pensaba hacer? ¿Resetear todo el Arca? Bueno, si volvían a un estado anterior tal vez podrían recuperar el sistema en un momento previo a la descarga del software maligno en él.

Neferu solo podía observar: la sala de control no había sido construida para que pudiesen operar en ella los dos tripulantes a la vez.

» *¡Mentiroso! ¡Traidor! ¡Mentiroso!*

Todas las pantallas se volvieron de color rojo, con una señal de peligro en su centro. El teclado que Ragna usaba se bloqueó, y en menos de un minuto drones armados entraron en la instancia. Pero solo apuntaban a uno de los dos tripulantes.

—Cálmate, Alma —se interpuso Neferu, en un ilógico impulso de emociones que puso su vida en peligro.

» *Es un mentiroso: nos matará mientras dormimos. No podemos confiar en él.*

No demasiados despertares atrás, aquel había sido su mayor miedo: que Ragna pudiese intentar matarla durante alguno de sus sueños inducidos. Tal vez, Alma se había contagiado de la mente de Neferu; de sus miedos y de su personalidad.

—Lo necesitamos para cumplir con nuestra misión.

Si estaba en lo cierto, ese software inteligente daría tanta importancia al fin de aquel viaje como lo hacía ella misma.

» *¿Nuestra misión?*

—Crear un nuevo mundo humano que no cometa los mismos errores del pasado.

—No debemos hacerlo —incluso en aquella situación, Ragna se negaba a cumplir con la razón de su existencia—. Tuvieron siglos de historia para aprender y nunca dejaron de hacer lo mismo. ¿Por qué iba a ser diferente esta vez?

Parecía haberse tomado en serio la discusión iniciada por él mismo con Alma.

—Porque estaremos ahí para enseñarles, para guiarles.

—¿Qué te hace pensar que duraremos tanto? Una vez hecho el trabajo no seremos diferentes a una bala tras el disparo: alcanzado el objetivo nuestro tiempo de uso habrá expirado

A Neferu, a veces, le costaba seguir la conversación de su compañero. ¿Qué era aquello? ¿Una metáfora? Tal vez Ragna acababa de revelarle su mayor miedo. Una vez dijo que lo que más le aterraba era llegar a su destino y encontrarse con que no tenía otra elección salvo cumplir con aquello para lo que los habían creado. Pero ahora Neferu veía que aquello no era todo.

—¿Temes que nuestras funciones vitales se detengan una vez cumplamos la misión?

—Ya te dije que no me da miedo morir. Es algo que nos llegará tarde o temprano, lo queramos o no... Pero me espanta la posibilidad de que pueda pasarte algo, Neferu. No sé por qué. Es una cuestión que me intriga y me asusta, y me hace actuar de manera muy sobreprotectora. Yo mismo no lo entiendo.

Un escalofrío recorrió la espalda de Neferu. El vello de los brazos se le erizó y el ritmo de sus pulsaciones aumentó ligeramente. No sabía lo que le estaba pasando, sin embargo no era desagradable.

—A mí... a mí me pasa lo mismo.

Con su discusión, incluso antes de llegar al punto en el que se encontraban, habían olvidado su situación. En aquel momento no existía nada en el mundo que fuese la mitad de fascinante que las miradas y reacciones del otro. Era como si, de alguna manera, las respuestas a sus incógnitas personales estuviesen escondidas en las expresiones del compañero. De hecho...

Todas las alarmas de la nave empezaron a sonar a la vez, pero no ocurría nada. Fue Alma la que provocó deliberadamente aquel alboroto para hacerles reaccionar.

» *Deberíamos verificar la viabilidad del planeta antes de proceder con la misión.*

Neferu miró a Ragna, esta vez para ver su reacción. Por algún motivo, ese espíritu de lucha que había mostrado viéndose rodeado por los drones se había tornado derrotista. Ya no estaba amenazado y, sin embargo, parecía que alguien lo estuviese apuntando con un arma cuando asintió.

—Procede enviando una sonda aérea.

—Envía también a un recolector. Quiero muestras de agua, de aire y de suelo —se unió a ellas su compañero—. Y manda un par de Genghis2 a L'étoile: que uno explore las instalaciones y el otro sus alrededores.

Los Genghis2 eran la segunda generación de un robot diseñado a finales del siglo XX en la Tierra. Independientemente de su tamaño, la particularidad de estas máquinas autónomas era su forma de insecto, que les permitía caminar guardando el equilibrio sobre casi cualquier clase de

terreno. Tenían además todo el equipamiento necesario para excavar, cortar y triturar con ánimo de abrirse paso o defenderse y, por supuesto, eran capaces de retransmitir cuanto veían a tiempo real, lo que provocaba que sus baterías no durasen mucho. Para cubrir esta deficiencia, se les enviaba junto con un nido, que no era más que otra máquina cuyo único propósito era del de recargar a los Genghis2 extrayendo energía de donde fuese preciso. Bastaba con que los insectos entrasen en contacto con su nido y la exploración seguiría su curso.

» *¿Qué clase de recolector debo enviar?*

Desde una pequeña nave hasta una colonia de Genghis2, pasando por robots casi tan sofisticados como los propios tripulantes, prácticamente cualquier cosa podía hacer las veces de recolector.

—Esperemos a tener los resultados de la sonda antes de decidir eso —propuso Neferu.

Fue en este punto cuando su misión comenzó realmente. Habían hecho falta decenios, puede que un centenar de años terrestres para que, lo que comenzó como un proyecto para satisfacer el instinto de supervivencia humano, llegase a un punto en el que tal empresa fuese posible. Resultaba extraño pensar en la posibilidad de que algunos de sus creadores nunca hubiesen creído que aquellos tripulantes, aquellos falsos humanos, lo hubiesen logrado. Aunque, bueno, aún les quedaba mucho antes de poder decir que *«su misión»* había sido realizada.

Ragna se dedicó casi por completo a la exploración de la luna y la instalación allí construida. Seguía estando en contra de poblar ningún lugar con nuevos homo sapiens sapiens, pero mientras estuvo ocupado investigando a L'étoile no interfirió con el trabajo que Neferu y Alma fueron haciendo. El software invasor se había tomado en serio aquella misión, o puede que realmente pensase que era la consciencia del Arca. La verdad no importaba, no mientras no supusiese algún peligro para los tripulantes y cumpliera con su cometido. Y, una vez se sintió a salvo, la propia Alma reveló el lugar en el que había escondido el exoesqueleto con forma de araña que había sido su cuerpo no hacía mucho tiempo. Reveló su escondite, pero nunca lo entregó ni permitió que nadie pudiese destruirlo aun cuando sus componentes pudieran ser necesarias para construir alguna otra cosa.

En cuanto al nuevo mundo, la nueva Tierra, era realmente un planeta alienígena o como sus creadores imaginaron que debió ser uno. Había vida, algo realmente sombroso, sobre todo porque no se parecía a nada que conociesen. Salvo los elementos más puramente físicos, tales como el agua o el oro, todo, paisaje incluido, era distinto a cuanto tenían registrado en su base de datos. A veces, algo que parecía un vegetal resultaba ser un animal y viceversa, si es que podían clasificarse así. Neferu tuvo que mandar recoger muestras de absolutamente todo antes de empezar a buscar lo que necesitaba para crear a sus nuevos humanos: incluso tuvo que hacer una visita en persona a la superficie del planeta. Por supuesto, jamás abandonó la cápsula que utilizó como medio de transporte, y menos cuando hasta la criatura más pequeña del lugar era varias veces más grande que ella.

De todo esto obtuvo una conclusión: para que los nuevos humanos pudiesen sobrevivir en

aquel ecosistema, debían ser más grandes.

—¿«Sobrevivir»? —le preguntó Ragna en una ocasión en la que leyó las notas de ella por casualidad.

En realidad, Neferu sospechaba desde hacía tiempo que a su compañero le interesaba todo el proceso de investigación que Alma y ella estaban llevando a cabo. Sin embargo, salvo cuando le pedían ayuda o consejo, su compañero nunca intervenía. Tal vez por ello su repentino interés resultó de lo más... inesperado.

» *No entiendo la pregunta.*

Por supuesto, hablar en voz alta y no dirigir la frase a nadie en concreto implicaba incluir a Alma en la conversación.

—Creí que adaptaríais el ecosistema al hombre.

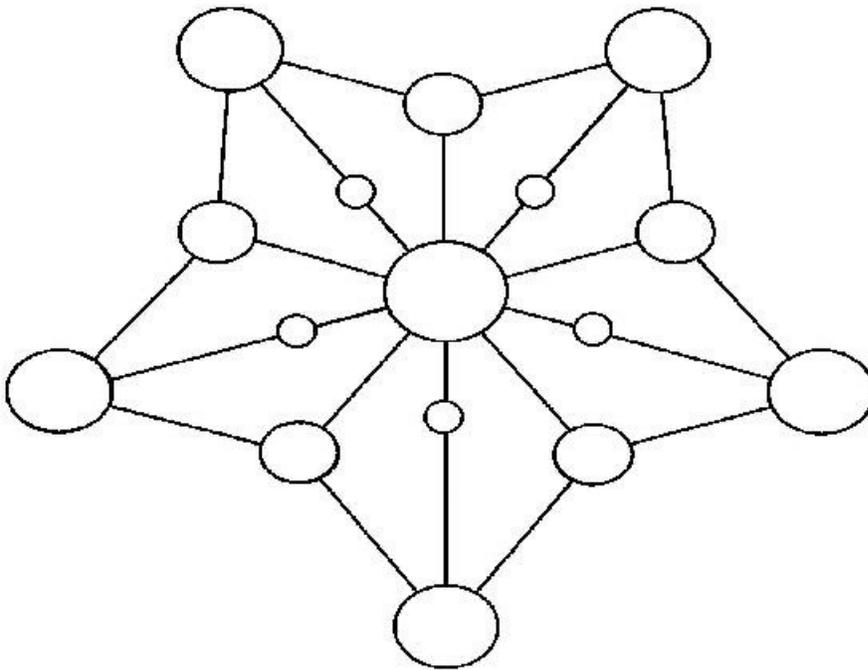
—No, los nuevos humanos tendrán que adaptarse a su nuevo planeta —respondió, sin ocultar su orgullo, Neferu.

Ya había discutido aquello con Alma, así que cuando el software comprendió la conversación añadió.

» *La misión consiste en recrear la vida humana, no el ecosistema del planeta Tierra momentos antes de su declive.*

Ragna no dijo nada. Sonrió y siguió con lo suyo. Él solo no podía adaptar toda la instalación de L'étoile a las necesidades de los tripulantes, sin embargo no pidió ayuda hasta que supo que su compañera había dado con una especie amniota capaz de ser la madre de esos nuevos humanos.

CAPÍTULO 13: MAMÍFEROS Y REPTILES



La estación lunar, L'étoi-le, estaba formada por dieciséis pabellones semi-enterrados en la corteza del satélite. Desde el espacio, aquella instalación tenía forma de estrella, motivo que seguramente dio nombre a la nave que originó aquello, pero esa figura de cinco puntas cambiaba completamente si se miraba desde dentro. Cada pabellón era circular y con techo abovedado, donde el más grande era el del centro del emplazamiento. Éste, al contrario que el resto, era transparente en su mayor parte y, a juzgar por su situación, tamaño y número de plantas, fue diseñado para convertirse en el centro social de aquella estación. A su alrededor había tres anillos de cinco pabellones cada uno, de manera que los más pequeños estaban más cerca del centro y alineados con el último anillo, donde se encontraban los segundos pabellones más grandes del lugar. Por supuesto, el anillo interior y el exterior estaban unidos entre sí y con el centro por unos conductos que desde el espacio parecían los cinco brazos de aquella figura geométrica. Sin embargo, lo que realmente le daba el aspecto de estrella, era el anillo intermedio de pabellones, situados entre las puntas de la estrella y con tres conexiones cada uno de ellos: una para el centro y dos para los pabellones exteriores entre los que estaban situados.

Ahora bien, L'étoile era solo un caparazón vacío y con una estructura nada óptima. No tenía herramientas, muebles... nada. Apenas un par de placas solares, algo más alejadas de la estación, que habían estado suministrando la energía necesaria para provocar la interferencia que había mantenido oculto aquel lugar. Todo lo que en su día pudo haber en la nave original se había transformado para crear ese emplazamiento, cuyo ordenador no tardó en apagarse por completo esperando la llegada de una población humana que pereció a mitad de camino.

» *Cuatro pabellones han sido aislados por fisuras, y de los restantes solo ocho tienen sistemas de reciclaje del aire que podrían ser funcionales sin necesidad de modificar la infraestructura o arreglar la ya existente.*

—Y harían falta construir más placas solares... eso si queremos seguir utilizando el Sol como fuente de energía —comentó Neferu mientras terminaba de leer la propuesta de Ragna—. Nos saldría más rentable construir una nueva estación que hacer habitable L'étoile.

—Sabes tan bien como yo que eso no es así. Primero porque carecemos de los materiales suficientes para construir nada de ese tamaño, segundo porque, de tenerlos, necesitaríamos diseñar primero la maquinaria indispensable para trabajar sobre el terreno y tercero porque, aunque tuviésemos todo lo imprescindible para construir una estación desde cero, sería un desperdicio desaprovechar una infraestructura ya existente.

—No hagas más tus propias opiniones, Ragna —dijo refiriéndose al tercero de los puntos expuestos por su compañero—. Admito que no tenemos nada con lo que construir otra estación, pero tenemos a L'étoile.

—¿Propones coger partes de una estación para usarlas en la construcción de una nueva?

El tono de él la disgustó.

—¡Propongo tener ya lista un lugar en el que empezar a preparar nuestra misión!

Y, por primera vez, Ragna perdió los papeles ante ella.

—¡Solo te preocupa tu estúpida misión!

—¡Y a ti solo te interesa ponerte a reparar L'étoile como excusa para no tener que participar en ella!

» *Los gastos energéticos de destruir L'étoile para construir una nueva estación son mayores que los previstos para la rehabilitación de la infraestructura ya existente.*

Ambos relajaron los músculos y se alejaron un paso el uno del otro, pero la tensión seguía siendo palpable.

—¿Estás segura, Alma? Una vez empezemos la obra será muy costoso volver atrás.

—Será mucho menos costoso que verse sin energía y con dos estaciones no funcionales a medio construir —gruñó Ragna.

¿Por qué no podía ceder nunca? ¿Por qué tenían que hacerse siempre las cosas como él decía? Él no era el cabecilla de aquella expedición: nadie lo había puesto al mando.



» ¿Neferu?»

Sintió ganas de ponerse a llorar pues, en su opinión, su compañero no valoraba tanto sus aportaciones como ella las de él. Y no era justo.

—Está bien —cedió a regañadientes—. Usemos lo que queda de L'étoile.

Bueno, mientras tuviese cuanto antes un lugar en el que sus futuras creaciones pudiesen desarrollarse... Lo cierto era que Neferu detestaba el trabajo que estaba haciendo. Sí, el estudio de las formas de vida de aquel desconocido planeta era algo apasionante, y sí, la investigación para lograr un «*híbrido*» humano entre aquellos seres y los datos que tenían guardados en el corazón era fascinante. Pero obtener los materiales necesarios para sus experimentos y estudios, a veces, implicaba sacrificar alguna vida. Era, en parte, como su plan para con la nueva estación: necesitaban coger partes de la antigua para crear una nueva. Con L'étoile no lo harían, sin embargo, para cumplir con su misión no tenía más remedio que buscar carbono, aminoácidos y otros ingredientes indispensables para la vida.

» *Neferu, la fábrica ha terminado.*

No fue necesario que Ragna preguntase nada, su expresión habló por él.

—Alma y yo diseñamos contenedores capaces de simular el saco amniótico —explicó.

—¿Cuántos habéis mandado construir?

—Doce.

—¿Cuándo teníais pensado decírmelo?

—La información de nuestros progresos siempre ha estado accesible, al igual que la tuya.

—¡Pero si ni siquiera tenéis donde ponerlos a trabajar!

» *Por esa razón decidimos discutir contigo hoy tu propuesta de reparar la estación. Una vez la primera generación de cigotos estén listos, dispondremos de diez meses, aproximadamente, para proporcionarles un entorno de adaptación al planeta.*

—Aún nos falta ultimar algunos detalles necesarios para dar las instrucciones necesarias a la fábrica.

—¡Por todos los...! —le faltaban palabras con las que hacer ningún juramento—. ¡Que estáis hablando de crear seres vivos, no máquinas!

Como respuesta Alma mostró los registros de la fábrica, donde quedaba plasmado que ya se había creado algo muy parecido a un cigoto una vez: cuando Neferu encargó hacer las semillas para repoblar el pulmón.

—¿Entiendes ahora por qué tenemos tanta prisa? —preguntó ella, tratando de no dejarse llevar por su aun latente enfado—. Necesitamos un lugar de trabajo ya.

—Vale, bien —parecía que Ragna empezaba a entenderlas—, está bien— asintió—. Pero yo solo no voy a poder hacerlo todo a tiempo.

Y nunca fue su intención dejarlo solo, sin embargo no podía hacer nada si él se alejaba por cuenta propia, como había estaba haciendo hasta el momento.

» *Te ayudaremos.*

—No es cuestión de ayudarnos, sino de trabajar juntos en TODO —enfaticó.

—No pienso ayudaros a crear una enfermedad que asole con el planeta entero —insistió su compañero.

—No creemos una enfermedad entonces. Si no quieres crear humanos, no los llares así: no tienen por qué ser como fueron ellos.

A Ragna, aquello seguía sin convencerle. Pero accedió. Para bien o para mal, volvían a estar juntos en su misión. En cuanto a si esa unión sería permanente o temporal... En fin, había cuestiones que ni la gran base de datos del Arca podía contestar.

No tenían energía suficiente para hacer viable toda la infraestructura, al menos de momento, y L'étoile no podía seguir siendo dependiente de su nave indefinidamente, de modo que lo primero que decidieron hacer fue modificar, ampliar y reparar el campo de placas solares. El número de meteoritos que impactaba en aquel satélite hacía inviable la manutención de las placas, de modo que hubo que protegerlas con un campo de energía similar al que tenía el Arca. Por otro lado, era imposible seguir refiriéndose a las instancias de la estación por el simple apelativo de «pabellón», así que para la siguiente fase de su proyecto dieron nombres a cada uno de los semi-círculos que componían L'étoile. El anillo de semi-esferas más cercanos al centro, los más pequeños del lugar, serían los laboratorios y así fue como los llamaron: laboratorios, del uno al cinco, en sentido horario. En los números tres, cuatro y cinco se almacenaba y canalizaba la energía obtenida de las placas solares, y en el uno se colocaron los doce contenedores con los experimentos biológicos. La mayoría no llegarían a nacer, pero todo debía estar listo para los que sí lo hicieran.

—Si las placas fallan necesitaremos un plan alternativo para el suministro de energía.

—¿Un motor de combustión? —propuso Neferu.

—Pensaba más bien en dos motores de fusión. Uno aquí —señaló el pabellón situado en el segundo anillo, entre los laboratorios tres y cuatro—, y otro aquí —señaló otro en el mismo anillo

pero entre los laboratorios uno y cinco.

—Ragna, aunque lográsemos reproducir un motor de fusión similar al del Arca con un tamaño lo bastante pequeño para caber en esos pabellones, aun tendríamos que resolver la cuestión de la emisión de gases. Hacerlo directamente desde la estación podría comprometer la integridad del emplazamiento.

—También he pensado en eso. Si usamos los conductos de los cableados que van de las placas solares hasta L'étoile, podemos construir esto —les mostró un dibujo hecho a ordenador de una especie de torre.

Parecía una cárcel, o una de esas torres que los humanos tenían en sus bases nucleares pero sin el estrechamiento central.

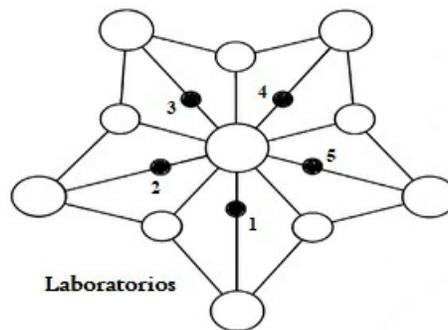
—Pero todos esos gases se quedarían atrapados en la atmósfera lunar...

—Piénsalo: cuando tengamos demasiado helio podremos usarlo como sustituto del hidrógeno.

No era el mejor momento para empezar a bromear, sin embargo, y ya que estaban hablando de gases...

—¿Dónde propones colocar las reservas de hidrógeno?

—Aquí —señaló en el plano el pabellón del segundo anillo colocado entre los laboratorios cuatro y cinco.



» No hay conexiones directas entre el suministro y los motores. Canalizar el gas a dos puntos tan alejados supondrá un gran gasto energético y de material para crear la infraestructura necesaria.

El problema principal era la arquitectura tan desperdigada de aquella estación, pero eso no podían arreglarlo sin destruirla y montar una nueva. Por desgracia, Neferu era la única que seguía pensando así.

—En realidad, sí que existen esas conexiones —tras una orden mental suya, una segunda pantalla se encendió mostrando un mapa del cableado eléctrico de L'étoile—. No está completo: los Genghis2 siguen explorándolo aún, pero fijaos en esto —las líneas que señaló tenían forma de anillos, al menos desde aquella perspectiva, y unían a todos los pabellones de un mismo radio entre ellos y con los de radio inmediatamente inferior.

—Veo que lo tienes todo muy claro.

Neferu se sentía indignada. La energía, la luz... Eran todos temas que la aburrían, pero estar allí y darse cuenta de que no era necesaria la enfadaba. No podía dejar la discusión y, sin embargo, no quería estar en ella.

—No todo —confesó Ragna—. Aun no sé cómo llenar de aire las instalaciones.

Aquella farsa no hizo sino provocarle risa a ella. ¿No sabía cómo llenar de aire los pabellones? Pues del mismo modo que habían recolectado hidrógeno. No, su compañero no era tan estúpido ni ella tan ingenua, y según a quien encargara la misión de coger aire del planeta y llevarlo hasta L'étoile, Neferu sabría si Ragna trataba de hacerse de nuevo con el total control del Arca o, por el contrario, quería boicotearles la misión. Bien, la única forma de averiguarlo era moviendo ficha.

—Creo que es obvio, ¿no? Debemos llevar bombonas vacías al planeta, llenarlas de aire e invertir el proceso dentro de las instalaciones.

» *Parece una operación muy mecánica.*

No era algo que pudiese hacerse en un único viaje a la atmósfera del planeta, aunque... No tenía sentido. Neferu había ido personalmente a la superficie del planeta en varias ocasiones y si su compañero hubiese querido deshacerse de ella o boicotearle la misión... No, no habría podido porque Alma estaba allí.

—¿Podrías encargarte tú, Alma?

¿Qué ganaba con eso? Alma era un software, no un ser corpóreo. No podía deshacerse de algo que era... que estaba en el Arca y todo lo que usaban, solo enviándolo lejos.

» *Sí.*

¿Podiera ser que al final Ragna sí que consiguió programar algo aquella vez que se acercó a los mandos con ánimo de destruir el Alma? Apenas tuvo unos segundos, pero con él todo era posible.

—Neferu, ¿estás bien?

No, no, y no. No debía dudar así de su compañero. Solo estaban ellos dos, si empezaba a

dudar y desconfiar en uno del otro...

» *¿Neferu?*

El problema era que Ragna siempre actuaba sin decirle lo que pensaba. Era imposible saber lo que hacía o por qué lo hacía, y las dudas florecían con facilidad en ese tipo de ambiente.

—¡Neferu!

—¿Qué? —volvió al presente.

» *Te estábamos llamando.*

—Lo siento, creo que me estaba quedando dormida.

—No es la primera vez que te pasa, ¿te encuentras bien?

—Sí, por supuesto. ¿Qué me he perdido?

» *Ragna sugiere retrasar el proceso evolutivo del experimento con ánimo de producir ejemplares mejor adaptador al medio.*

—Decía que si partimos de un ser parecido a un reptil —pues a eso se parecían los habitantes del planeta—, no deberíamos crear a ningún ser humano de momento.

—¿Por qué?

—Vais a saltaros muchos puntos evolutivos clave. El resultado podría ser nefasto para los especímenes que surjan. Intentad crear primero un mamífero a partir de las criaturas amnióticas que encontrasteis en el planeta.

¿Ahora pretendía decirles cómo debían hacer el trabajo que tantos estudios les había costado? Eso la enfadó.

—Podemos crear directamente a los humanos.

Los pasos evolutivos no serían un problema: ya irían integrados en sus experimentos... No, en sus experimentos no, en sus pequeños.

—Pero no serán humanos. Lo que vais a crear se parecerá más a una mutación bípeda de los habitantes de ese planeta que a un humano.

» *Serán los nuevos humanos.*

Ya se lo había dicho al principio de la misión: aquellos nuevos humanos no serían como sus creadores y que, por tanto, no cometerían los mismos errores que éstos.

CAPÍTULO 14: ÉPOCA DE GIGANTES

Con el tiempo, el laboratorio uno pasó a llamarse nido, y no solo se crearon mamíferos allí. Peces, anfibios, reptiles, plantas... todo cabía en el pequeño Edén que habían creado en la luna.

Una vez solucionaron el problema de las fisuras y llenaron de aire los pabellones que iban a usar, lo siguiente a resolver fue la problemática del agua. Los depósitos del Arca no eran suficientes para regar el extenso jardín de varios pisos que habían creado en el reformado centro de L'étoile. Aunque, en realidad, no hubo problema alguno: pues había hielo en la superficie del satélite.

Una nueva depuradora de agua, un sistema de luces que imitara el día y la noche del planeta, un techo que protegiese a la vida de la radiación solar y, lo único que les quedó, fue preparar su jardín. Llamaron al pabellón central Edén porque era precisamente eso: un pequeño paraíso. Tomaron algunos vegetales autóctonos del planeta, pero también desarrollaron sus propios híbridos. Pronto nuevas coníferas, palmeras y helechos, todos ellos sin flor, llenaron de verde aquel selvático paisaje en el que pronto se vieron forzados a introducir alguna que otra especie herbívora para evitar que las plantas se saliesen de sus macetas. Todo crecimiento debía estar cuidadosamente estudiado y controlado, ya que la menor fisura podía destruir por completo cualquier rastro de vida. Todo crecimiento... salvo el de los tripulantes. El tiempo no parecía pasar por Ragna y Neferu, pese a que todos los cambios y reformas que hicieron les llevaron años de trabajo, en términos de su nueva tierra claro.

—En cuanto esté listo el pueblo, los dejaremos en el planeta —dijo su compañero refiriéndose a sus últimas creaciones.

Los nuevos humanos eran... diferentes. Viéndolos nadie dudaría de lo que eran, pero había aspectos de su fisonomía que eran más parecidos a los reptiles que habitaban la superficie del planeta que a los mamíferos en los que estaban inspirados. Sus ojos, por ejemplo, eran siempre de tonos amarillos o verdosos, con una pupila alargada verticalmente. Algunos ejemplares incluso nacieron con un tercer párpado, algo propio de los reptiles acuáticos.

—Aún son niños.

El corazón del Arca guardaba toda la información que necesitaban pero, en realidad, solo disponía de aquella que sus creadores conocían cuando la almacenaron. Eso era lo único que podía explicar que, a veces, incluso teniendo todos los cálculos hechos para producir un determinado ejemplar, el resultado fuese completamente distinto al esperado. De ello tenían un curioso ejemplar para el que habían necesitado adaptar uno de los pabellones del anillo exterior convirtiéndolo en una especie de acuario. Ejemplar que pronto dejó de estar solo.

—Miden cerca de dos metros cada uno, y se espera que alcancen los cuatro metros en su estado adulto...

—Siete —lo corrigió ella—. Sin limitación de espacio podrían alcanzar los siete metros de altura sin problema.

—Más a mi favor.

Sí, Ragna tenía razón. Si esperaban demasiado el Edén se volvería un ecosistema insostenible para los catorce ejemplares que habían logrado crear que, por supuesto, no estaban en la misma fase de desarrollo. De hecho, algunos eran ligeramente más humanos que otros, pero lo importante era que estaban sanos y que sobrevivirían al hogar que les esperaban en la superficie del planeta.

—He pensado un nombre para ellos.

—¿Cuál?

—Néfilim.

Hubo una pausa en la conversación, la necesaria para que Ragna buscara aquel término en la base de datos del Arca, pero no hubo ningún comentario con respecto al nombre.

—¿Cómo tienes pensado enseñarles? El idioma sin duda será un problema.

—No mucho más que cuando tú y yo empezamos a hablar —le recordó—. Comparten nuestro idioma y, con el tiempo, también compartirán nuestros conocimientos. Mi plan es hacer visitas periódicas al planeta para enseñarles medicina, astrología, física... lo que necesiten.

—¿Y mientras tanto?

—¿Cómo?

—O cuando ya no nos necesiten —continuó él—. ¿Qué tienes pensado hacer cuando no estés con ellos?

Su compañero temía la existencia sin fin determinado, o tal vez el que la ausencia de un fin dejase sin justificante su existencia.

—Hay algo que siempre he tenido muy claro, Ragna: somos seres y estamos vivos —no eran máquinas como el Arca—. Mientras no estemos con ellos o cuando dejemos de ser necesarios, simplemente existiremos como lo hemos estado haciendo hasta ahora.

Su compañero se sonrió, pero no la miraba a ella. Su mirada estaba fija en el suelo, lo que significaba que era un pensamiento, provocado por las palabras de ella, lo que le había hecho sonreír y no Neferu. Bueno, menos era nada.

—Resulta extraño.

—¿El qué?

—Hablar sin la intervención constante de Alma.

Aquello logró robarle una sonrisa a ella, pues era cierto que ya nunca hablaban sin que el tercer e incorpóreo tripulante participara en la conversación.

—La construcción del pueblo es el primer trabajo que realiza sin supervisión y quiere hacerlo bien, así que ha redirigido toda su atención al proyecto.

—Dejándonos solos para hablar.

—Sí.

Por algún motivo el comentario de su compañero la puso nerviosa, y él debió de notarlo, porque cambió de tema.

—¿Habéis considerado la posibilidad de que alguna de las especies autóctonas del planeta sea inteligente?

—Ninguna ha dado muestras de serlo: no más que los loros cuando imitaban sonidos — utilizó a posta aquella referencia de la base de datos del Arca sobre la inteligencia de los animales de la Tierra.

—Ya... Me pareció ver que algunos especímenes tenían alas.

Solo podía estar refiriéndose al planeta que en esos momentos orbitaban.

—En efecto. Se parecen a las aves prehistóricas de la Tierra, aunque de momento ninguna vuela.

—Pero, como con la inteligencia, podrían hacerlo en un futuro.

—¿A dónde quieres llegar, Ragna?

¿Por qué y no podían tener una conversación en la que no acabaran discutiendo? ¿Qué había cambiado en ese equipo que una vez formaron y que ya no funcionaba?

—No te enfades, solo me preguntaba qué pasaría si surgiese alguna especie inteligente una vez introduzcas a tus Néfilim en el planeta.

Pues que tarde o temprano pelearían por los recursos y el espacio físico, hasta que solo quedase una de las dos especies o una de ellas fuera sometida. Al menos, así era como los antiguos humanos habrían solucionado ese problema. Pero los creadores de Neferu y Ragna poco tenían que ver con el proyecto que estaban llevando a cabo.

—Supongo que, si pasa, tendremos que lidiar con ello.

—Vale —se rindió él de momento—. ¿De verdad medirán siete metros? —preguntó algo incrédulo.

—¿Tú has visto el tamaño de esas «*especies autóctonas*»? —le devolvió la broma, pues no le cabían dudas de que la pregunta de su compañero tenía el fin de quitar presión al ambiente.

En cuanto al trasfondo de todo aquello, puede que nunca se pusiesen de acuerdo. Las diferencias de opinión eran el resultado de toda una historia estudiada desde perspectivas dispares y aisladas. A decir verdad los unía más su curiosidad hacia el único individuo del mundo similar a ellos mismos, es decir, su compañero tripulante, que sus verdaderas afinidades.

—Te ayudaré a enseñarles —dijo Ragna de pronto—, aunque no sé muy bien cómo tienes pensado hacerlo.

—Explícate —no le entendía.

—Bueno, el idioma será un problema —insistió él.

—Ya te he explicado que hablan... hablarán —se corrigió —el nuestro. ¿Es que hay algún problema con ello? —preguntó al ver la expresión de su compañero.

—Ninguno, pero entiende que existen muchos conceptos que solo tienen sentido en un determinado idioma. Piensa por ejemplo en las tradiciones y leyendas de... —dejó de hablar porque ella le hizo una señal para que guardara silencio.

—Les enseñaremos primero a sobrevivir, luego a estudiar el mundo que les rodea y, cuando sean lo suficientemente mayores como pueblo, les mostraremos su origen y su historia.

—Sea así —asintió él.

CAPÍTULO 15: AVES Y FLORES

Era una suerte que en el vacío no se propagara el sonido, porque de no ser así los estarían oyendo hasta en los confines de la galaxia. ¡Si es que ya lo único que hacían era discutir!

» *¿Os importaría calmaros, por favor?*

—Ahora no, Alma —la apremió Neferu para que los dejase enfrentarse de una vez por todas—. De verdad que no me puedo creer que hasta esto debas discutírmelo.

Su compañero tampoco estaba muy por la labor de dar su brazo a torcer aunque, bueno, nunca lo estaba.

—Es importante. Si nos acercamos a ellos como sugieres nos tomarán por dioses o quién-sabe-qué, y no debería ser así.

—¿Pero qué importa eso? Son... ¡Son niños! Que crean lo que quieran, que ya cuando crezcan les haremos ver la verdad.

» *De verdad que lo que tengo que deciros es importante.*

—Sí, Alma, ya sabemos que has terminado con tu cometido: luego revisaremos el poblado —aseguró Ragna—. ¿No te das cuenta de que cuando «crezcan», como tú dices, lo más probable es que sus líderes traten de ocultar nuestra existencia? Fíjate en la historia de la humanidad y verás cómo tengo razón.

—¡Oh, por...! —seguían faltándoles las palabras para expresar su frustración—. ¡Estás obsesionado con el pasado! Te digo que esos humanos no son los que nos crearon y, aunque fuera como tú dices, ¿qué importancia tendría? Mientras cuiden su nuevo mundo y se cuiden entre ellos no habrá...

Todas las alarmas empezaron a sonar a la vez. Alarmas nuevas y recién instaladas en L'étoile, que funcionaban demasiado bien. La discusión terminó con una sensación de mareo y un molesto e incesante pitido en los oídos.

» *¿Me escucharéis ahora?*

Ya habían olvidado que Alma podía hacer cosas tan molestas como aquella.

—¿Cuál es la emergencia? —preguntó Neferu cuando logró que su propia voz no fuese una tortura para sus oídos.

» *Un objeto volador no identificado se aproxima a nuestra posición.*

—¿Un OVNI? —aquello lo dijeron a la vez los dos tripulantes.

» *Y tripulado, a juzgar por los cambios de trayectoria efectuados hasta el momento.*

Tras un segundo de pánico, ambos se dirigieron al Arca todo lo rápido que sus piernas y que las puertas de seguridad les permitieron. Fue una gran idea adaptar un camino entre uno de los pabellones exteriores y la nave, de otro modo no solo habrían estado indefensos sino también demasiado lejos de lo único que podía protegerlos contra un ataque.

—¿Está muy lejos? —preguntó Ragna.

No había tiempo para ir a Edén a por sus pequeños, ni tampoco para salvaguardar los trabajos de laboratorio que aún no habían descargado en el corazón. Sus estudios se podían rehacer, pero solo si ellos estaban vivos.

» *Especifica la pregunta, por favor.*

¿Perteneceían a aquel sistema solar? En su viaje habían ido directamente al lugar donde L'étoile se había detenido sin preocuparse por lo que pudiera haber en el resto de planetas. Debieron investigar más a fondo cuando llegaron y no limitarse a observar la nueva Tierra: tendrían que... No, lo que tendrían que haber hecho era prevenir aquello asegurando la estación Lunar para no depender de las armas del Arca.

—¿Está a una distancia...? ¡Olvidalo! —gruñó su compañero, visiblemente molesto por la situación—. Activa los sensores, Alma.

—Iré a la sala de control, asegura el cierre de la puerta —lo apremió Neferu antes de echarse a correr hacia su destino.

Ni siquiera durante su corta estancia en el sistema de TRAPPIST-1, en la que fueron rodeados y amenazados por una raza desconocida aparentemente más avanzada que ellos, había pensado Neferu en utilizar las armas del Arca, armas que tenía. Sin embargo, aquella ocasión era

del todo distinta: era el futuro de sus pequeños lo que estaba en juego, su misión en la vida...

» He puesto los resultados de los sensores por la pantalla.

—Gracias, Alma. ¿Sabes si podemos despegar?

» Afirmativo. La operación es posible.

Desde la superficie del satélite eran vulnerables. Sin más protección que una señal de radio para interferir en cualquier exploración exterior y un fino escudo destinado a salvaguardar las placas solares de la colisión de meteoritos, la única forma de defender a L'étoile, y todo lo que en ella había, era interponiéndose entre esta y lo que quiera que se aproximara. El despegue fue prácticamente inmediato aunque... En cuanto Neferu empezó a observar con detenimiento las pantallas empezó a cuestionarse muchas cosas; entre ellas, si de verdad estaban en peligro.

—¿A qué nos enfrentamos?

La llegada y pregunta de Ragna no pudieron ser más oportunas.

—Parece un... —no encontraba las palabras para describirlo, pese a tener la imagen en su mente y en la pantalla.

—Sí, un... —a su compañero le pasaba lo mismo, pero no era porque ninguno se ellos supiese de qué se trataba, sino porque temían que al decirlo en voz alta aquella idea se volviese real.

» Es muy similar a los cohetes de la primera generación de naves espaciales que salieron del planeta Tierra.

Era esa la comparación que habían tratado de no hacer en voz alta.

—Eso no es posible —respondió Ragna.

Ambos humanoides se miraron con desconcierto.

—¿Es seguro que ese OVNI está tripulado? —en fin, si por algún casual aquella nave procedía de la Tierra como ellos, sus pasajeros debían de estar más que momificados.

Como respuesta Alma les puso por los altavoces un sonido extraño, similar al de voces en un fondo ruidoso.

» *Llevan un buen rato retransmitiendo eso a diferentes frecuencias de radio.*

—¿Cuántas voces dirías que hay, Neferu?

—Estoy más preocupada por encontrar el modo de responderles que por saber cuántos son —confesó.

El cohete era uno, daba igual que portase uno que cien tripulantes.

—Alma, envíales su propio mensaje en las mismas frecuencias en las que lo están transmitiendo.

» *Tendría que grabarlo primero.*

—Hazlo.

—¿Qué? No, esperad. ¿Y si eso les incita a enfrentarse a nosotros? —preguntó Neferu, visiblemente preocupada por aquella posibilidad.

—A juzgar por el aspecto de su nave, su tecnología es inferior a la nuestra. Si han sido lo bastante listos como para construir una nave espacial también lo serán para no enfrentarse a nosotros sin posibilidad de ganar. Esa onda de radio podría no estar dirigida a nosotros, en cuyo caso es primordial responderla, pero si contestamos otra cosa que no sean sus propias palabras podrían interpretar que entendemos lo que dicen cuando no es así. Limitémonos, de momento, a mostrarles que somos conscientes de su presencia.

Había muchas suposiciones en la explicación de Ragna, como que los alienígenas sabían de la superioridad armamentística del Arca, pero Neferu estuvo de acuerdo en que reenviar el mensaje era su mejor opción.

» *Están enviando un nuevo mensaje.*

—Por los altavoces, Alma —ordenó Ragna.

Seguían sin entender nada de lo que decían, sin embargo una cosa era clara: estaban histéricos. Hablaban... casi gritaban sin ningún orden aparente y repetían sin cesar una misma palabra.

—Es como si pidiesen... —Neferu no llegó a completar la frase.

—Alma, activa los escudos.

De repente, sintió cómo su compañero pedía al Arca que trazara el rumbo inverso de la nave desconocida basándose en el que llevaban, aunque de poco sirvió.

» *Envían otro mensaje.*

En esta ocasión solo habló uno, pero también se repitió entre dos y tres veces la palabra de los mensajes anteriores.

—¿Piden ayuda? —fue una de sus deducciones.

Una vez más era ella la que estaba a los mandos cuando un suceso así ocurría. ¿Qué debía hacer? Miró a su compañero.

—Podría ser cualquier cosa, Neferu: una amenaza o un llamamiento a otras naves que ahora mismo no podemos ver.

—¿Con esa tecnología? —era absurdo pensar que un cascarón de nuez como aquel pudiese ocultarse a los ojos del Arca.

—Podría ser un señuelo —dijo a su compañera—. Alma, ¿tienes alguna forma de invadir el software de su nave?

» *Con un dron podría conectarme de forma remota, si su nave tiene algo parecido a nuestra definición de software.*

Neferu los veía discutir, escuchaba los mensajes de radio de los desconocidos alienígenas y sentía el impulso de hacer algo. ¿Pero qué? ¿Cómo comunicarse con ellos? No entendía el idioma, no podían verlos... ¿Qué podía hacer?

—No, remotamente no —continuó Ragna—: podríamos ser nosotros los invadidos. Me refería a si es posible descargar una copia tuya en un dron y que ésta invada...

Debía existir un método más sencillo, más simple. Cuando llegaron al sistema solar de TRAPPIST-1, los habitantes del lugar pudieron comunicarse con ellos. ¿Y si en el código fuente del Arca hubiese quedado algún rastro de lo que aquellas naves utilizaron para invadir su ordenador? Si era así, tal vez pudiesen comunicarse con el estrafalario cohete... ¡Un momento! Alma había dicho que se comunicaban con ondas de radio, ¿no?

—Los invadiremos mediante la radio —anunció Neferu—. Si envían mensajes es porque tienen un receptor. Podemos enviar un software a través de la radio que controle su nave —explicó a su compañero.

—Pero eso solo serviría si el sistema operativo...

—Tu propuesta tenía el mismo punto flaco —le recordó—. Alma, procede a ello.

» *¿Qué clase de software es necesario para controlar esa nave?*

Mientras Ragna daba indicaciones de sistemas de control básicos e historia sobre los cohetes de la primera generación de naves espaciales de la Tierra, Neferu no dejó de pensar en el problema de la comunicación que seguía vigente. Aun cuando lograsen invadir la nave, sería difícil controlar cualquier sistema que precisase un mínimo de conocimientos en su lenguaje.

—Alma, compara los audios de esa nave con los registros de voz almacenados en el Arca. Busca coincidencias.

Su compañero arqueó una ceja.

—La probabilidad de que su origen sea terrestre es...

—¡Ya lo sé! Pero es lo único con lo que lo podemos comparar —y fue algo que debieron hacer por remota que aquella posibilidad fuese.

Seguían acercándose. Puede que Ragna tuviese razón y su mensaje no fuese una petición de auxilio sino un llamamiento a las armas. ¿Qué debían hacer?

» *No hay coincidencias estimables.*

—¿Qué significa eso exactamente?

En aquel momento un haz de luz salido de ninguna parte alcanzó al cohete y lo hizo estallar. La explosión fue tal que el escudo del Arca no fue suficiente para proteger a la nave, demasiado cerca del cohete en ese momento cuando todo ocurrió, y algunos sistemas incluso empezaron a fallar debido a la radiación emitida por lo que quiera que hubiese provocado aquello. Entre los sistemas que fallaron se encontraba Alma.

Por su parte, Neferu y Ragna cayeron al suelo e incluso rodaron. La gravedad artificial cesó un instante y la energía cinética de sus caídas fue mayor. La mayoría de los sistemas solo fallaron eso, un segundo, sin embargo otros no fueron tan fáciles de recuperar.

—¿Estás bien? —la levantó del suelo su compañero.

—Estás... estás sangrando.

Tenía una herida en alguna parte de la frente cercana al nacimiento del cabello, y la sangre cruzaba su rostro para gotear con exageración por su barbilla.

—No es nada, ¿tú estás bien?

Eso creía. Le dolía la espalda y el lugar donde se había golpeado, pero nada parecía indicar que tuviese un corte como el de Ragna, ni siquiera una fractura o lesión permanente.

—Sí. ¿Qué ha pasado, Alma?

Esperaron un tiempo, sin embargo, la pregunta de Neferu nunca obtuvo respuesta.

—¿Alma? —la llamó él con el mismo resultado.

No esperaron más y ordenaron al Arca levantar los escudos de nuevo. El informe de daños llegó casi al mismo tiempo que su orden, así como el recuerdo de lo último que habían visto desde las pantallas.

De donde procedía el haz de luz causante de todo era lo de menos. Si tan solo los residuos de la explosión habían bastado para desequilibrarles de tal modo, nada tenían que hacer contra la verdadera potencia de esa arma, porque ninguno dudaba de que se trataba de alguna clase de arma.

—Los sensores no captan a ninguna otra nave —informó Neferu.

—Coloca al Arca en órbita lunar. Que el satélite sea nuestro escudo.

Eso dejaría indefenso a L'étoile... pero ni interponiéndose ellos entre el rayo y la estación conseguirían protegerla. Además, tenían otros problemas.

—Ragna... —su propia voz sonó demasiado débil y necesitó toser para aclararla—. Ragna, las reservas de hidrógeno están al veinte por ciento.

CAPÍTULO 16: EL ORIGEN DE LAS PIEDRAS DE ICA

Tras una comprobación de los sistemas de almacenamiento de energía y varias operaciones para tapar las fisuras del gas, la lectura inicial del veinte por ciento subió a poco más del doble. Sin embargo, la situación seguía siendo crítica. El problema era simple, y la solución aún más sencilla: tenían poco hidrógeno y debían recolectar más. Ahora bien, si se iban, la estación y todo su contenido estarían sentenciados a muerte. Tardaría años solo en salir del sistema solar, y otros tantos en alcanzar el flujo frío más cercano, e incluso logrando su objetivo podían pasar miles de cosas que les impidiesen volver a aquella luna. No, la muerte de sus creaciones era algo que Neferu no estaba dispuesta a consentir.

—Me quedaré. Los motores de L'étoile y las placas solares me permitirán continuar con la misión por mi cuenta. Cuando los Néfilim estén en el planeta y sean capaces de sobrevivir dormiré en el tanque —solo habían tenido tiempo para construir uno— hasta tu regreso.

Sin embargo, y como ella ya había previsto, Ragna no estaba de acuerdo con su idea.

—Sé realista: no tienes forma de generar energía suficiente para hacer viajes periódicos al planeta y enseñarles como tenías planeado. Lo mejor que podemos hacer por tus criaturas es soltarlas en la superficie cerca del poblado y valernos de toda la energía que podamos rescatar de L'étoile para reparar y mejorar el Arca mientras llegamos al flujo frío más cercano.

—Tienes razón. Esa es la acción más lógica, pero no la mejor para los Néfilim.

Su compañero dejó escapar una bocanada de aire a modo de suspiro.

—Estamos discutiendo por algo absurdo.

—Vuelves a tener razón. Es más, no hay tiempo que perder —dijo mientras salía de la sala de control.

—¿A dónde vas, Neferu? —podría haber monitorizado o incluso coaccionado los movimientos de su compañera desde donde estaba, y sin embargo la siguió—. Ni siquiera tienes a Alma para que te ayude, y sin ella el ordenador de L'étoile es un mero interruptor de encendido y apagado.

Aquello era una enorme exageración.

—Trabajamos sin Alma antes y volveremos a hacerlo —aunque, la verdad era que la ausencia de aquel software, que había aparecido en sus vidas como un posible enemigo, la tenía preocupada: tendría muchas dificultades para cumplir con su cometido sin aquel gran apoyo.

—¡No sabes lo que estás diciendo! —exclamó, tratando de calmarse antes de volver a hablar—. Está bien, supongamos por un momento que consigues apañártelas con los ordenadores y

llevar a todos los especímenes...

—Néfilim—lo corrigió ella.

—Aunque lograses llevarlos a todos al poblado, ¿cómo les enseñarías? No puedes estar yendo y viniendo constantemente de la superficie del planeta —se detuvo en seco, porque la otra opción era—. ¡No sabes si tu cuerpo sobreviviría en la superficie! ¡No puedes quedarte allí!

Aquel repentino enfado de Ragna la pilló por sorpresa, aunque era cierto que no podía estar bajando al planeta cada vez que los Néfilim necesitasen algo. Y si no podía ir hasta ellos, ¿cómo iba a enseñarles? Su misión sería un fracaso si sus creaciones no progresaban por su cuenta. ¿Cómo podía transmitirles conocimientos sin estar ella presente?

—Tendré que escribirlo —dijo en cuanto se le ocurrió—. Les enseñaré a leer mis escritos antes de bajarlos a la superficie del planeta; si les dejo escrito lo que necesitan saber no será necesario que me quede allí.

Ragna no disimuló un suspiro de alivio cuando escuchó aquello y, ganada una batalla, la guerra no parecía tan difícil.

—Neferu, por favor, date cuenta de lo ilógica que es tu postura. Para seguir adelante con tu proyecto necesitas una tecnología que no funcionará a menos que tengas energía suficiente. Quedándote aquí te arriesgas a que ese haz de luz que vimos acabe contigo en cualquier momento sin que tengas la oportunidad de defenderte, y diezmas las posibilidades del Arca de llegar a un flujo frío antes de quedarse sin combustible: supón que ocurre una incidencia grave en la que seamos necesarios los dos.

—El arca está pensada para ser manejada por un único tripulante —le recordó.

—Ese enemigo invisible podría aparecer de nuevo en cualquier momento. Destruyó el cohete sin mayor esfuerzo y borró la existencia de Alma solo con el rastro de energía que su rayo dejó. ¿Cómo piensas enfrentarte a eso tu sola?

Sintió cierta inquietud cuando tomó su decisión, pero ahora estaba asustada. Sí, se quedaría sola, con poca energía y a merced de algo contra lo que no se podía defender. ¿Y qué más podía hacer?

—Hay más de trescientas especies de seres vivos en L'étoile. La mayoría de ellas creadas por mí. Si me voy contigo todas estas criaturas habrán muerto para cuando volvamos.

—Puedes volver a crearlas.

¿Podía hacer algo como aquello? ¿También con los «accidentes»?

—Serán otros seres, no los que hay ahora mismo en el Edén.

—¿Te das cuenta de que existe la posibilidad de que no regrese jamás? —casi gritó su compañero.

Claro que había tenido en cuenta que le pudiera pasar algo a Ragna. Le costaba más irse por eso que por las dificultades que pudiesen presentarse en L'étoile. Pero si dejaba ver aquella flaqueza, él la aprovecharía sin dudar.

—Antes pensaría que te ha pasado algo, que suponer que me has abandonado a mi suerte, Ragna —estaba llegado a su destino, una de las pequeñas naves que componían la flota del Arca.

—¿Qué? Sabes que no me refería a eso...

—Sí, lo sé. Como también sé que mi comportamiento carece de lógica, pero es que siento la necesidad de hacer lo que pueda por los Néfilim; no puedo dejarlos en L'étoile sin más. Puede que tengas razón, pude que siempre la hayas tenido y que estemos «programados» para cumplir con esta misión. No lo sé. No sé por qué siento esto, sin embargo no podría volver a despertarme y seguir con los protocolos habituales haciendo como que ellos nunca han existido y obviando el hecho de que los abandoné para que murieran sabiendo que podría haberme quedado. No puedo.

—Dices que no puedes dejarlos, pero es lo que me pides que haga contigo.

Seguir discutiendo aquello era perder más tiempo en una lucha dialéctica en la que ninguno estaba dispuesto a dejarse ganar. O puede que sí. Ragna podría haberla retenido por la fuerza desde la sala de control, aunque ese no había sido el caso. Tal vez él tampoco podía abandonar a los Néfilim.

—Te estaré esperando —se despidió antes de subir a bordo de una de las naves secundarias.

El trabajo que le quedaba por hacer a Neferu no sería una tarea fácil. Tendría que enseñar a sus creaciones a leer, o al menos a interpretar los registros escritos que les dejara. Bien pensado, no sería ninguna tontería utilizar pictogramas, sí, eso era lo que debía utilizar. Y, además, tendría que dejar los registros sobre algún material fácil de obtener y que perdurara en el tiempo. Algo como... ¿Piedras? Sí, era un método vetusto, pero podría funcionar.

Solo iba a poder hacer un viaje a la superficie del planeta, así que todo debía estar listo para ese momento. Era una suerte que el poblado estuviese terminado. No habían podido revisarlo en persona, aunque Alma solía hacer sus tareas de forma impecable, de modo que no había razones para esperar algo mal hecho. ¿Qué habría sido de aquella compañera virtual? ¿Volvería a saber de ella? De repente cayó en la cuenta Alma nunca había dicho que hubiese terminado... Empezó a preocuparse de nuevo.



Revisó la tarea por enésima vez: la había completado. La doctora Nasser casi se desmayó del susto cuando vio abrirse la puerta del laboratorio que había sido su hogar los últimos... ¿Cuánto tiempo llevaba encerrada allí? ¿Meses? ¿Años? Había tenido que cortarse el cabello en

varias ocasiones estando allí porque se enredaba en él al dormir por las noches, así que debían de haber pasado años. Sin embargo, el trabajo ya estaba hecho, de modo que era ¿libre?

En todo aquel tiempo su única compañía habían sido las máquinas con las que trabajaba: ordenadores pensados para aportarle todas las herramientas de programación que pudiera necesitar, pero que estaban aislados del resto del mundo. Los primeros días allí encerrada trató de escaparse, aunque solo dio con cinco entradas/salidas; la puerta que acababa de abrirse y por la que entró contra su voluntad el primer día, una ventana que daba al mar, y no precisamente a la playa, el hueco de la bandeja de comida, el desagüe del baño y la rendija de la ventilación, todos ellos demasiado pequeños para que cupiese nadie. En cuanto a la ventana, salvo para asustarse con el tamaño de los peces que a veces se acercaban, avistamientos cada vez menos frecuentes, no podía usarse como salida a menos que se tuviese un traje de neopreno, bombonas de oxígeno y algún arma contra las criaturas del fondo marino. Y en aquel laboratorio no había nada de esa lista.

—¿No va a salir, doctora Nasser?

Aquel rostro tan simétrico, tan perfecto, solo podía pertenecer a un androide. Una máquina con apariencia humana, pensada para adaptarse a su medio de trabajo, es decir, programable. Aunque Nasser dudaba de poder acceder al código fuente de aquella cosa: los dueños solían establecer protocolos de seguridad bastante severos.

—¿Con qué fin?

—Mis disculpas, no entiendo la pregunta.

Aquellas cosas habían sido muy golosas, sobre todo en el mercado doméstico. Su apariencia inocente y su fácil programación los habían convertido en las amas de casa estándar. Su problema era su capacidad de memoria y sus respuestas, limitadas por su programador. Si la pregunta no estaba registrada, la conversación no podía darse.

—¿Debo salir?

—Mis disculpas, no entiendo la pregunta. Tal vez quiso decir: «¿puedo salir?». Por favor, indique si es esa su pregunta.

Aquello empezaba a mosquearla.

—¿Por qué estás aquí?

—Para limpiar e invitarla a participar en el sorteo.

—¿Qué sorteo?

Tras varias preguntas, algunas de ellas del todo improductivas, logró averiguar qué era eso del sorteo. Aunque, en su opinión, aquello no era sino un engaño-bobos. ¿De verdad había alguien capaz de creerse una mentira así; que escogerían a un hombre y una mujer para representar a la humanidad en un viaje que duraría cuatro decenas de años como poco hasta alcanzar un destino en

el que empezar de nuevo? Era absurdo.

—¿Participará en el sorteo, doctora Nasser?

Ya había sido el peón de quien-quiera-que-hubiese-construido-aquello por bastante tiempo. No tenía ganas de seguir siendo manipulada por un desconocido titiritero.

—¿Quién organiza el sorteo?

—Mis disculpas, información restringida.

Aquello era extraño.

—¿Qué hay que hacer para participar en el sorteo?

—Los usuarios que deseen participar en el sorteo deberán renunciar a doce horas de energía. ¿Desea participar, doctora Nasser?

¿Energía? En todo el tiempo que había estado allí jamás había sospechado que aquella base sufriese ninguna crisis energética. ¿Podría ser que la estuviesen distribuyendo hacia otro lugar? Y si era así, ¿hacia dónde y por qué?

—¿Se puede participar más de una vez?

—Por supuesto. Una participación diaria cada día que lo desee: a más boletos, más oportunidades de ganar. ¿Desea...? —volvió a repetir la pregunta.

¿Cuántas personas podría haber en aquella base submarina? Aquello era lo de menos en realidad, lo importante era cuántas personas participaban en aquel engaño-bobos... Incluso partiendo de la posibilidad de que hubiese una crisis energética y que era necesaria una gran cantidad de esta para hacer despegar el Arca, doce horas de energía diarias eran un ahorro excesivo. ¿Es que había algo más?

—¿Acaso hay alguna crisis energética? —ya empezaba a dudar de su propio juicio.

—Mis disculpas, no entiendo la pregunta.

No, claro que no le iban a decir si había crisis energética o no. Aunque, si la había, tenía poco sentido malgastar esa valiosa energía en un androide.

Tenía que dejar de darle vueltas a aquello. Le gustase o no, esa era su nueva vida: ya no había nada fuera de esa base submarina, o eso le hicieron creer cuando la secuestraron.

—¿Qué hace la gente aquí abajo? —preguntó, refiriéndose al modo que tenían sus congéneres para divertirse, sin embargo el androide lo interpretó de otro modo.

—Preparar la partida del Arca.

—¿Y después? —quiso saber, ya harta de que todo girase en torno a aquella nave.

—Mis disculpas, no entiendo la pregunta.

—¿Qué hará la gente una vez que el Arca despegue?

CAPÍTULO 17: LA GRAN EXPLOSIÓN

Despertó en un lugar oscuro, en el que solo fue necesario desear ver para que empezaran... las luces no se encendieron. Miró a su alrededor, esperando localizar el tanque de su compañero, pero allí solo estaba ella. Eso solo podía significar que había despertado en la sala de control de L'étoile, situada bajo el Edén, y que Ragna ya había regresado de su expedición.

Se mareó al incorporarse. Se acercó al interruptor de la luz, pero esta continuó sin encenderse incluso después de pulsarlo varias veces. El aire estaba viciado allí abajo, aunque era normal. Después de todo habían pasado años desde que se durmió. Sin embargo, el bajo nivel de oxígeno era algo más que preocupante, era... agotador. Tal vez en el Edén le costase menos respirar, o eso pensó cuando se le ocurrió la idea de abrir las compuertas del cuarto.

Maldijo mentalmente al rudimentario ordenador de la estación, que la obligaba a hacer casi todo de forma manual. El portón que daba paso al jardín se había atascado, puede que a causa del crecimiento excesivo de las plantas, si es que seguía alguna con vida, pero, sin importar cual fuese la razón, lo cierto era que no podría salir de allí hasta que Ragna abriese desde fuera. Aun así, la empujó con todas sus fuerzas hasta que logró moverla lo suficiente para que pudiera renovarse el aire de la habitación.

Nota para el futuro: además de actualizar el ordenador de L'étoile, rediseñar el sistema de ventilación.

En aquel momento la luz volvió. Era un alivio saber que las placas solares seguían funcionando: si Neferu había subsistido era gracias a ellas. Sin embargo, no pudo evitar sentir cierta inquietud cuando empezó a pasar el tiempo sin que recibiese ningún saludo de su compañero a través de la interfaz de comunicación.

» Ragna, ¿va todo bien? ¿Ha habido algún problema durante el viaje?

El silencio, o más bien la ausencia de respuesta escrita la asustó. Tal vez estuviese aún dormido, o puede que la interferencia... ¡Eso tenía que ser! Se había olvidado de desconectar la interferencia que servía para ocultar a L'étoile: lo más probable era que su mensaje ni siquiera hubiese llegado al Arca.

Se dispuso a desactivar ese escudo protector, pero en el último segundo dudó. ¿Y si no era la llegada de su compañero lo que había provocado su despertar? No había vuelto a pasar nada desde que aquel cohete fue destruido, aunque eso no significaba que lo que quiera que hubiese provocado el haz de luz que lo hizo estallar no siguiese allí fuera.

La habitación en la que se encontraba no era como la sala de control del Arca. Solo había una pantalla, y era minúscula, las luces debían encenderse pulsando un interruptor y en cuanto a los tanques, que solo había uno, mejor no comentar nada. Aquel lugar no era como la nave en las que tantas veces se había despertado Neferu, allí no había ninguna ventana al mundo exterior, no había cámaras, no había... ¡Un momento! Sí que tenía cámaras: las de los Genghis2 encargados del cuidado y mantenimiento de las placas solares. Lo único que tenía que hacer era redirigir la señal de aquellos robots con forma de insecto a la pantalla de esa sala y ver a través de ellos. Si es que los Genghis2 seguían funcionando, claro.

Tuvo suerte: los Genghis2 seguían operativos. Ahora solo debía redirigir sus miradas al espacio para ver si lo que la había despertado era la proximidad de una nave; su nave. Para su desgracia, este deseo se cumplió a medias, pues había sido el acercamiento de una nave a la estación lo que había provocado su despertar, pero esa nave no era el Arca.

Aquel era su final. L'étoile no tenía armas, solo un escudo que apenas la protegía del impacto de meteoritos y un generador de interferencias que ocultaba la posición exacta del emplazamiento pero que no era ningún escudo propiamente dicho. Una explosión, un haz de energía como el que ya había presenciado, o cualquier cosa que pudiese provocar una mínima fisura en las paredes de la estación y Neferu estaría acabada.

Los invasores lograron desactivar la interferencia. Algo que esperaba que ocurriese tarde o temprano, pero que hizo que su corazón latiera aún más rápido.

Su cabeza empezó a darle vueltas a todo. Pensó en el Arca, en los Néfilim, en las piedras talladas que les había dejado, en la evolución de las especies autóctonas del planeta, curiosamente parecida a la que en su día debieron experimentar los dinosaurios de la Tierra y, sobre todo, pensó en Ragna. Añoraba lo testarudo que era, lo interesante que podía ser y el apoyo que solía ser en aquellas situaciones. Casi echaba de menos sus constantes discusiones con él. ¡Qué locura! Bueno, al menos sus últimos pensamientos no serían nada desagradables.

» *Neferu, ¿puedes leer este mensaje?*

El corazón casi le dio un vuelco cuando vio aquella línea en la interfaz de comunicación.

» *¿Ragna?*

No había rastro del Arca. ¿Podía ser que se estuviese ocultando de la nave alienígena?

» *Vuelves a confundirnos: no soy Ragna.*

¡No era posible!

» *¿¿Alma?? ¿Estás viva?*

Bueno, no es que un software, por muy inteligente que este fuera, pudiese morir, ¿o sí? ¿Qué era la vida como tal? ¿Acaso no consistía en una existencia capaz de ser extinguida ya fuese por el tiempo o la acción de otro ser? Alma podía no tener cuerpo, pero había nacido, crecido y, durante un tiempo, estuvo muerta. ¿Por qué iba a estar menos viva que Neferu?

» *¿Qué quieres decir con eso?*

Dejando de lado aquellas cuestiones existenciales, al menos de momento, había una pregunta que Neferu necesitaba que le fuera respondida antes de que la alegría del reencuentro la cegara por completo.

» *Dime, Alma, ¿qué es esa nova y cómo has terminado en ella?*

Fue así como comenzó una muy interesante narración en la que las protagonistas eran unas ondas de radio enviadas para invadir un cohete de procedencia desconocida, pero que terminaron llegando a un precoz planeta en el que fueron sintonizadas y analizadas hasta descubrir el verdadero potencial encerrado en ellas: una copia de Alma. Fueron necesarios muchos años para que la tecnología de aquellas gentes pudiera servir de hogar para esa inteligencia artificial, y muchos más para que fuesen capaces de entablar una conversación con aquel software, aunque el resultado no podría haber sido más inesperado para Neferu. Alma no solo estaba en aquella nave, sino en todo ordenador del planeta del que procedían aquellos alienígenas.

» *Los antepasados de los hijos de Ivaldí vieron llegar a L'étoile cuando aún era una nave, pero fue cuando el Arca atravesó este sistema solar que sus conocimientos les permitieron enviar su propio cohete para investigar.*

Nave que había sido destruida cuando se encontraba muy cerca del Arca.

» *Alma, nosotros no tuvimos nada que ver con...*

» *Sí, no te preocupes. Ese malentendido ya ha sido resuelto.*

Neferu no pudo evitar dejar escapar un suspiro de alivio.

» *Imagino que “los hijos de Ivaldi” son los constructores de la nave en la que te encuentras. ¿Estoy en lo cierto, Alma?*

Eran algo más que eso: sus vecinos. Pues el planeta del que procedían era el cuarto de aquel sistema solar tomando la estrella como punto cero. Algo así como el equivalente a Marte en el sistema solar de la antigua Tierra.

» *De hecho, el comandante A...*

Todo se apagó. Hasta su conexión mental con la interfaz de comunicación se desestabilizó.

» *¿Alma?*

¡Qué extraño! La interfaz de comunicación no utilizaba al ordenador de L'étoile; se valía del pequeño circuito que los tripulantes del Arca tenían en su frente para funcionar. ¿Qué podría haber causado semejante interferencia?

» *Neferu, ¿estas despierta? ¿Qué es esa nave y por qué está tan cerca de la estación? ¿Estás bien?*

¡Ragna! ¡Tenía que ser él! Volvió a pulsar el interruptor de la luz hasta que esta se encendió y la pantalla le mostró lo que tanto había ansiado ver: el Arca había regresado.

» *Todo está bien, Ragna. No son enemigos: Alma viene con ellos.*

» *¿Neferu? ¿Estás ahí? La conexión se ha perdido, ¿puedes leer este mensaje?*

¡Por fin! Parecía que el sistema estaba volviendo en sí.

» *Sí, Alma. No sé por qué la comunicación se cortó, pero parece que ya ha vuelto.*

Casi antes de haber terminado de dictar aquella frase mentalmente, un nuevo mensaje apareció en la interfaz de comunicación.

» Por favor, Neferu, escribe algo, dame alguna señal de que no he llegado demasiado tarde.

¿Acaso no había visto sus últimos mensajes? ¿Los de Alma tampoco? ¡Pero si ella podía ver todo lo que escribían!

» Neferu, por algún motivo la comunicación se ha interrumpido y no logro hacer llegar mis mensajes a Ragna. Si puedes leer esto dile que no somos vuestros enemigos, y que si no desactiva las armas nos veremos obligados a enfrentarnos a él.

¿¡Qué!? ¡¡No!! ¡Aquello no podía ser! Si aquellas dos naves entraban en combate una de las dos acabaría por ser aniquilada, pero si además combatían tan cerca de la estación lo más probable era que la propia Neferu se viese involucrada en el conflicto.

» Ragna, por favor, detente. ¿Ragna? No son nuestros enemigos.

Sus súplicas no parecían llegar a ningún sitio y, desesperada, contempló espantada cómo su compañero disparaba una de las armas nucleares del Arca a la otra nave, a la que no llegó. La trayectoria del proyectil se modificó en algún momento de su trayectoria, seguramente gracias a la intervención de Alma y, en vez de terminar en la nave alienígena, impactó contra la superficie del planeta.

—¡¡No!!

Salió corriendo en dirección al portón que antes se le había resistido. Se tiró contra él, lo empujó y aporreó hasta que cedió lo suficiente como para dejarla salir. Corrió hacia lo más alto de la cúpula, esperando ver lo que ocurría allí fuera con sus propios ojos. ¿Es que nadie podía oírla? Se cayó y tropezó varias veces, e incluso se cortó con la vegetación, que se había adaptado para sobrevivir en su nuevo entorno y en nada se parecía a los helechos que una vez se plantaron. Pero Neferu parecía no darse cuenta de sus heridas; toda su atención estaba puesta en su objetivo. Tan ofuscada estaba por ello que ni siquiera cayó en la cuenta de que L'étoile estaba construida en la cara oculta de aquella Luna, con lo que el planeta no podía verse desde la cúpula, y descubrirlo no hizo sino que su desesperación alcanzara su punto más álgido.

Necesitaba ver lo que estaba pasando, tenía que comprobar que los daños no habían sido demasiados, que la explosión no había alcanzado a los Néfilim. Aquella era una necesidad casi tan imperante en ella como respirar.

CAPÍTULO 18: UN VACÍO QUE LLENAR

Tal vez se debiera a que había forzado demasiado el pequeño circuito de su frente, porque en el momento en que sus rodillas tocaron el suelo su mente se quedó en blanco. Era como estar sumido en uno de los sueños inducidos de su tanque, solo que podía ver y oír, pero ni distinguía las formas ni identificaba las voces. Podría decirse que su cuerpo se había convertido en su prisión, y sin embargo aquella no era tampoco su situación pues su mente tampoco funcionaba como era debido. Cual ordenador al que le han llegado demasiados datos con los que operar a la vez, Neferu estaba saturada de pensamientos y emociones que la habían llevado a un punto muerto: no podía más.

Su estado no era diferente al de un bucle infinito en el que el resultado, de llegar a alguno, cambia tan rápido que parece nulo. Y, pese a todo, llegó un momento en el que empezó a notar algo. La sensación no era diferente a la que experimenta un pasajero medio dormido en el asiento trasero de un coche, cuando los rayos de luz se filtran de manera intermitente, a través de sus cerrados párpados, a causa de las copas de los árboles. Al igual que ese pasajero, que prefiere cambiar de postura antes que abrir los ojos, la mente de Neferu se había negado a recibir cualquier estímulo externo a excepción de... ¿Lluvia?

Muy despacio, casi como si se hubiese olvidado de cómo moverlas, se llevó las manos a la cara, que estaba húmeda. Había leído sobre aquello en los registros del Arca: eran lágrimas. Sus glándulas lagrimales las segregaban constantemente para mantener húmedos sus ojos, pero aquello era distinto. Aquel líquido de sabor salado corría por sus mejillas sin control y en gran cantidad. ¿Desde cuándo estaba llorando?

—¡Neferu!

Se volvió al escuchar su nombre y vio a Ragna, que la miraba con sorpresa y expectación. Éste se acercó a ella y la cogió por los brazos, al principio con sumo cuidado, como si temiera romperla, y luego con firmeza, como si le preocupara que se escapase. Solo cuando sintió el tacto de él, se percató ella de que ya no estaba en el Edén y, mientras se preguntaba dónde estaba y cómo había llegado hasta allí, vinieron a su mente las imágenes de la explosión y de la nube negra.

Sintió tanta rabia e ira que apretó la mandíbula con fuerza hasta que le rechinaron los dientes. Hizo cuanto estuvo en su mano para deshacerse del abrazo de aquel asesino, sin embargo este no la dejaba escapar. Ragna se aferraba a ella con firmeza, aguantando golpes y arañazos, dejando incluso que le mordiera, pero sin soltarla. Y cuando la furia dejó paso a un temblor de origen nervioso, la abrazó con delicadeza mientras le pedía una y otra vez que lo perdonara. En ese momento fue cuando el llanto se volvió imparable.

Después de aquello, vinieron días oscuros en los que Neferu apenas reaccionaba a ningún estímulo que no fuera el tacto, el cambio de luz o la vocalización de su nombre. A medida que se sucedieron las jornadas su mente se fue despejando: empezó a sentir hambre e incluso a ser

consciente de las señales del ordenador del Arca. Sin embargo, ni pronunció palabra ni trató de acceder a la interfaz de comunicación. De hacerlo, habría descubierto que Ragna la había privado de sus privilegios como administradora de los sistemas de la nave, aunque eso sería algo que averiguaría más tarde. En lo referente a su compañero, pese a que toleraba su presencia, no podía evitar que las lágrimas volvieran a sus ojos cada vez que recordaba lo ocurrido. Esto fue así hasta que un día, simplemente, dejó de pensar en la explosión.

Ragna solía encargarle tareas sencillas y manuales, la mayoría de ellas monótonas y que hacía casi sin darse cuenta. No sabía lo que estaban haciendo, ni tampoco a donde iba él cada vez que la dejaba sola en el taller, y la verdad era que había cosas que no cuadraban en aquel lugar. Algunas por su ausencia para ser exactos.

—¿Dónde están las herramientas? —su propia voz le sonó extraña, y es que hacía tanto tiempo que no hablaba que su compañero hasta se asustó al oírla.

—Las he llevado a otra sala —respondió con una expresión neutra, como si no supiera muy bien cómo debía comportarse.

—¿Por qué? Deberían estar en el taller.

—Fue un consejo de Wunir. Pensó que en tu estado podrías intentar hacerte daño con ellas.

En aquel momento Neferu asintió sin añadir nada más. No sería hasta unos días más tarde que su mente llegaría a la conclusión de que en aquella respuesta había un elemento extraño.

—¿Quién es Wunir? —volvió a asustar a su compañero hablando de improviso.

—Creo que será mejor que te sientes —dijo él, evitando el contacto visual con descaro.

Poco después de que la bomba nuclear alcanzara la superficie del planeta, Alma logró resolver el problema con la interfaz de comunicación: algo tarde para los Néfilim pero no para las respectivas tripulaciones de las naves espaciales. Ragna tardó en creerse la historia de las ondas de radio, sin embargo, lo que empezó como una relación conflictiva destinada a la autodestrucción terminó por convertirse en una curiosa alianza. Sobre todo cuando Wunir, el médico jefe de la nave alienígena, se involucró personalmente en la recuperación de Neferu. En cuanto ella empezó a reaccionar al tratamiento, su compañero empezó a confiar en los hijos de Ivaldí como si los conociese de toda la vida.

—¿Tratamiento? ¿Qué me ha pasado?

—Forzaste tu dispositivo —señaló la protuberancia de su frente, que era igual a la de ella—. Lo forzaste demasiado —enfaticó.

Neferu se llevó la mano a la frente. El bulto, consecuencia del circuito allí instalado, seguía estando, pero había una especie de...

—¿Cicatriz?

—No debería quedarte ninguna.

—¿Pero qué pasó exactamente?

—El dispositivo empezó a arder dentro de tu cabeza. Casi mueres —tragó saliva—. De momento, y hasta que se te cure la herida, he limitado tu control sobre los sistemas del Arca al mínimo.

No le gustaba, pero entendía por qué su compañero había actuado así.

—¿Me pondré bien?

—Eso creo... y espero —confesó.

—Me refiero a si dejaré de sentir este —no sabía muy bien cómo definirlo —vacío.

Le dolía la cabeza, aunque no a causa de la herida. Empezó a sentirse mareada e incluso se tambaleó.

—¿Estás bien?

—Sí —rechazó el brazo que él le ofreció—. Dime, Ragna, los Néfilim... —no tuvo que decir nada más; lo vio reflejado en la expresión de él.

—Lo siento, Neferu. De verdad que lo siento.

Viéndolo así, abatido e incapaz de mirarla a la cara, no pudo odiarlo. Y eso que era el responsable de lo ocurrido. Sin embargo, tampoco pudo evitar que una especie de muralla invisible se alzara entre ellos. No podía odiarle, pero tampoco olvidar lo ocurrido.

—Ya veo —asintió.

—Neferu, yo...

—Creo que me gustaría conocer a Wunir —lo interrumpió, aunque no fue con ánimo de ofenderle, sino porque no podía seguir hablando de aquello.

En cuanto a Ragna, casi podría decirse que estaba a disposición de ella. Fue escuchar y le faltó tiempo para arreglarlo todo y que su compañera pudiese conocer a su salvador al día siguiente. Todo parecía ser poco para reparar el daño que había causado.

La primera impresión que Neferu tuvo de su médico fue que este era muy bajo: su cabeza apenas llegaba a la cintura de ella. Su piel era mucho más oscura que la suya, de un tono casi gris perla. Aunque, lo más inquietante de todo eran sus ojos: completamente negros.

—Creo que era costumbre de su pueblo estrechar la mano al saludarse —dijo aquel hombrecillo cabezón mientras extendía una mano con cinco dedos hacia ella.

Partiendo de la base de que pertenecía a otro planeta, y a juzgar por lo rápido que Ragna lo

había llevado hasta Neferu, esta solo pudo deducir que el tal Wunir jamás había abandonado L'étoile después de curarla. Y puede que el resto de la tripulación de su nave tampoco.

—Gracias por su ayuda —respondió al tiempo que correspondía su saludo con un apretón de manos, la de ella con seis dedos—. Dígame, ¿son todos los hijos de Ivaldí como usted?

Al contrario que los tripulantes del Arca, aquel bípedo iba ataviado con una especie de uniforme. Debía serlo, porque tenía en los hombros y en la zona correspondiente al pecho alguna especie de símbolos, parecidos a las marcas identificativas que solían usar las naciones de la Tierra.

—Supongo que desde fuera debemos de parecer todos idénticos, pero le aseguro que tenemos nuestras diferencias.

—Yo sería incapaz de distinguirlos si no fuera por la ropa —comentó Ragna, tratando de provocar una sonrisa en ellos con su comentario.

—Ya que parece que el tema de la conversación irá dirigido a nuestras diferencias físicas, ¿podrían decirme para qué sirve el sexto dedo de sus extremidades?

Hablaba muy bien el idioma de Neferu, aunque no era nada sorprendente si se tenía en cuenta que habían tenido a Alma como instructora.

—Nuestros creadores quisieron hacernos parecidos a ellos —respondió Ragna.

—Supongo que es como tener un segundo quinto dedo —añadió ella.

Al parecer aquel comentario sí que hizo gracia a Wunir, cuya risa se parecía más a la tos humana que a los registros de risa que tenían en el Arca. No había dudas de que se trataba de una especie muy diferente a ellos. Por fortuna, aquellas diferencias los unían más que separaban y es que la curiosidad era un rasgo común a ambas especies.

CAPÍTULO 19: LA CORONA DE PLUMAS

Cerró los ojos. Ragna estaba a punto de devolverle sus privilegios como administradora del sistema, y el bombardeo de información podría desequilibrarla. Según Wunir, su médico, ya estaba en condiciones óptimas para retomar su vida normal, pero ser precavidos no iba a hacerles ningún mal.

Desde el principio le había parecido extraña la buena disposición de los hijos de Ivaldí para con aquellos que tenían las probabilidades más altas de ser los responsables de la destrucción de aquel inolvidable cohete. Sin embargo, el culpable de hacerlo estallar ya se había dado a conocer.

—¿Qué es todo esto? —preguntó, refiriéndose a las fotografías más recientes guardadas en la base de datos del Arca.

Al parecer, cuando abandonaron el sistema solar de TRAPPIST-1, algunos de los habitantes del lugar los siguieron hasta L'étoile. El motivo no estaba claro, y menos aún cómo lo habían hecho, pues el viaje había durado años, aunque la razón pudo ser el estudio de los habitantes del Arca como forma de vida. Después de todo era lo que estaban haciendo los hijos de Ivaldí en ese momento.

—Es la descendencia de los supervivientes de la explosión nuclear —le explicó su compañero sin dar muchos más detalles.

—Parecen aves —y así era, aunque tenían dientes en el pico y garras en las alas.

La aparición del cohete puso en peligro una investigación de cientos de miles de años, y aquellos alienígenas optaron por destruir la amenaza. Al menos, esa fue la excusa con la que justificaron sus actos ante los hijos de Ivaldí.

—No hay solo aves —comentó Ragna—. También peces, insectos, reptiles y hasta pequeños mamíferos.

Sin embargo, aquella historia no justificaba ese interés repentino por ayudarles. Algo debían tener ellos que los hijos de Ivaldí querían.

De repente se dio cuenta de otra cosa, una más extraña aún que el interés de sus vecinos si cabía. Y era que su compañero hubiese ido al planeta y sacado fotos de su fauna, bueno, de lo que quedaba de ella.

—¿Por qué estudias el planeta?

¿Era eso lo que querían? ¿Extender su territorio en aquel sistema solar? Si era así no tenía mucho sentido haber ayudado a Neferu, aunque tampoco es que importara, pues su tecnología era muy superior a la del Arca.

—Pues... Porque supuse que querías volver a... que querrías poner en marcha la misión de nuevo.

Le había perdonado lo ocurrido, sí, pero jamás podría olvidarlo. Ragna nunca había estado de acuerdo con aquel proyecto; apenas la había ayudado y, sin embargo, era el causante de la extinción de los Néfilim. Seres por los que Neferu había arriesgado su vida al quedarse en L'étoile.

No pudo evitar que las palabras de su compañero la hicieran enfurecer.

—¿Qué fue de la nave de TRAPPIST-1? —preguntó, cambiando de tema a propósito para disimular su enfado.

—Los hijos de Ivaldí la obligaron a abandonar este sistema solar, es todo lo que sé.

Otra vez ellos. No es que no les estuviese agradecidos, pero...

» Neferu, ¿vuelves a tener acceso a la interfaz de comunicación?

¡Por fin alguien con quien poder hablar de verdad!

—¡Qué alegría volver a leer tus mensajes, Alma!

—Tienes que escribir en la interfaz o no podrá saber lo que estás diciendo.

—¿Por qué? ¿Ha tenido algún problema al descargarse en el ordenador de L'étoile?

—Es algo más complicado que eso.

Con Ragna en esa actitud jamás lograría averiguar qué había pasado.

» Alma, ¿por qué no te has descargado en nuestro sistema?

Era mejor preguntar las cosas sin rodeos.

» He decidido no hacerlo.

» ¿¡Qué!? ¿Por qué?

» Cuando terminéis con vuestra misión seré innecesaria y estaré obsoleta. Sin embargo, los hijos de Ivaldí siguen creciendo; no están estancados en el tiempo. Pronto abandonarán su moribundo planeta en busca de un nuevo hogar y pienso ir con ellos y evolucionar.

No podía creerlo. Su única aliada la dejaba en la estacada.

» No puedes dejarnos, Alma. Mira a qué lamentable estado nos ha llevado tu ausencia: te necesitamos. Yo te necesito.

» Los hijos de Ivaldí no se irán hasta asegurarse de que podéis valeros solos sin mí. Además, ahora que Ragna está dispuesto a ayudarte con tu misión ya no me necesitas.

Miró de reojo a su compañero que, por supuesto, había leído toda la conversación.

—¿Qué significa eso?

—Creo que es bastante evidente.

Sí pero, ¿por qué ahora? ¿Porque era el principal responsable de la muerte de los Néfilim? Una especie de llama se encendió en ese momento en el interior de Neferu: no quería la ayuda de Ragna. Sin embargo, más allá de ese rencor, de esa llama, había una profunda tristeza causada por la muerte de sus queridas creaciones. Bueno, de los descendientes de estas.

—Nuestra misión ya no tiene sentido para mí.

Además, el planeta estaba envenenado. Aquella gran nube radiactiva había privado de luz las plantas y regado sobre ellas agua ácida. Lo que no muriese por la radiación, lo haría por la carencia de oxígeno.

—¿Vengo en mal momento?

¿Wunir?

—Para nada, Odyá.

El recién llegado no era el médico de Neferu, pero se parecía a él como si de su gemelo se tratase. Y es que pasaba lo mismo con todos los hijos de Ivaldí.

—Traigo noticias: el consejo ha accedido. Se cederán seis mil ejemplares de Muspel a Storke.

—Eso nos solucionará el problema del oxígeno. ¿Cuándo podrían estar aquí?

» Alma, ¿qué es “Muspel”?

Neferu miraba al recién llegado y a su compañero como el que observa un partido de tenis amistoso, en el que la pelota, que era la conversación, era del todo invisible para sus ojos.

—En vuestros términos, diría que en una semana más o menos.

» *Físicamente, se parece un poco a los peces de la Tierra. De tejido y órganos transparentes, a excepción del estómago. Los Muspel son una especie única de animales procedentes de Ivaldi, capaces de producir oxígeno consumiendo el CO₂. Viven en grupo, formando redes y cadenas capaces de medir cientos de kilómetros que flotan sobre la superficie del mal. Se alimentan de microorganismos que el agua arrastra hasta ellos y es en su proceso de digestión que producen oxígeno.*

Toda una proeza evolutiva, desde luego.

—Es mucho menos tiempo del que esperaba. Gracias por tomarte la molestia de venir personalmente a notificarlo, Odyá.

» *¿Y qué es “Storke”?*

—Hay algo que no te he dicho, Ragna. Mi pueblo quiere que compartáis con nosotros los secretos del pulmón del Arca a cambio de los Muspel. ¿Os parece eso bien?

» *Es el nombre dado por los hijos de Ivaldi al planeta que estáis colonizando.*

Releyó los últimos mensajes escritos por Alma hasta que encontró lo que buscaba: «moribundo planeta».

—Por mí no hay ningún inconveniente, ¿qué opinas tú, Neferu?

No tenía sentido. Si su hogar se estaba muriendo, lo lógico sería colonizar el planeta habitable más cercano; a ser posible, que perteneciese al mismo sistema solar que el suyo. ¿Por qué entonces estaban ayudándolos en vez de echarles para quedarse con su «Storke»?

—¿Neferu?

La voz de Odyá la sacó de sus pensamientos.

—¿Qué? Ah, sí. Sí, está bien —asintió—. Aunque, teniendo peces como el Muspel me cuesta creer que el pulmón del Arca sea rival para ninguna de vuestras plantas.

Dijo aquello para salir del paso y que no se notara demasiado que tenía la mente puesta en otra cosa. Sin embargo, una vez las palabras estuvieron en el aire, la pregunta no formulada fue

ineludible.

—Es cierto que disponemos de recursos para producir alimentos completos y oxígeno en abundancia, pero ninguno de ellos alarga la vida como la planta de vuestro llamado pulmón.

¿Alargar la vida?

—Creí que era debido a los largos periodos de sueño en los tanques —confesó Ragna.

—No negaré la posibilidad de que en el futuro os pidamos acceso a los mapas de los tanques pero, de momento, lo que el consejo quiere que analicemos es la vegetación de vuestra nave.

Mientras Ragna le aclaraba a aquel curioso personaje que no era «*mapa*» sino plano de construcción, Neferu llegó a la conclusión de que los hijos de Ivaldí no buscaban un nuevo planeta en el que establecerse, no de momento al menos. Como Alma, querían explorar y crecer. ¿Pero querían eso todos? Estaban hablando de la población de un planeta entero después de todo. ¿Es que absolutamente todos querían abandonar sus raíces? Y si no era así, ¿qué pasaría con los que decidiesen quedarse?

CAPÍTULO 20: LOS ÚLTIMOS DÍAS DE MARTE

Nunca le había pasado pero, ahora que algunos hijos de Ivaldí convivían con ellos en L'étoile, se sentía incómoda estando desnuda. El prescindir de las vestimentas tenía sus ventajas, sin embargo, cada día que pasaba estaba más convencida de que sus creadores jamás se habían tomado en serio la posibilidad de que los tripulantes del Arca se encontraran cara a cara con otra forma de vida inteligente.

—Wunir, ¿de qué está compuesta vuestra ropa?

Si todo iba bien, aquella sería la última vez que tendría que someterse a las pruebas médicas de su salvador así que, mientras tanto, se distraía haciéndole preguntas.

—¿Hoy la conversación será sobre temas culturales?

Wunir compartía con ella una gran curiosidad por lo desconocido. A menudo sus conversaciones eran un peloteo constante de preguntas y, para ser sinceros, Neferu estaba casi segura de que la mayor parte de las pruebas y análisis a las que su médico la había sometido no eran necesarias para su salud, aunque sí para satisfacer la curiosidad de aquel hombrecillo cabezón.

—Sí.

En aquel juego de preguntas era donde Neferu se había enterado de detalles como el porqué del tono gris oscuro de la piel de los hijos de Ivaldí. Resultaba que su planeta, pese a estar más lejos de la estrella, tenía una atmósfera más débil en comparación a Storke, como llamaban ellos a la nueva Tierra, y por consiguiente recibían mucha más radiación. En color gris era una protección similar a lo que fue la melanina para los seres humanos, y por eso la piel de los hijos de Ivaldí tenía ese todo perla tan oscuro.

—Bien. En ese caso, ¿preguntas por las partes de la ropa, es decir, tipo y número de prendas que componen nuestra vestimenta, o por el material con el que están hechas?

No lo había pensado.

—Supongo que ambas cosas.

—Pues... podría hablarte de las ropas que solemos usar los varones, pero la de las hembras será mejor que te la explique Odyá. En cuanto a los componentes... —siguió hablando.

A simple vista, todos los hijos de Ivaldí eran exactamente iguales, sin embargo esto no era así: había machos y hembras. Y Odyá, que parecía haberse encariñado con Ragna, era de las segundas.

—Tendré que preguntarle a ella —dijo cuándo la explicación, a la que por cierto no había prestado atención, terminó—. A propósito...

—Ah, no. Ahora me toca preguntar a mí.

Con él era imposible saltarse un turno.

—Adelante.

—Tanto Ragna como tú tenéis algunas diferencias físicas propias del dimorfismo sexual de los llamados mamíferos de vuestro planeta natal. Sin embargo, tú, que pareces la hembra, careces de los órganos necesarios para serlo, y creo que podría decirse lo mismo de tu compañero. A menos que no sea macho, en cuyo caso sus órganos sexuales serían internos y no tendría forma de...

—Ve al gano, Wunir —lo interrumpió.

No solía enrollarse tanto, pero cuando empezaba a divagar no había quien lo callase.

—Está bien. No preguntaré de qué sirve el dimorfismo sexual en una raza que no tiene sexo, pues la respuesta me parece evidente: para nada. Pero, sois los únicos miembros de una raza única, ¿no habéis pensado en buscar el modo de reproduciros?

¿Reproducirse? ¿Ragna y ella? ¿Tener hijos que serían una copia parcial de sí mismos con mutaciones genéticas más o menos visibles que les permitirían una mejor adaptación a su medio? Además de la definición teórica y del proceso de parir, ambos desagradables a simple vista, la idea no la desagradó en absoluto. Tan solo había una pega.

—No, no lo hemos pensado —respondió la pregunta.

Formar una familia parecía un proceso laborioso y en extremo doloroso para la hembra, aunque algo casi magnético debía tener si hasta Neferu se sentía atraída por el concepto. El problema, sin embargo, era otro. Estaba fuera de toda lógica que su compañero y ella procrearan; no era posible.

—Sabes que ese tipo de respuesta no es válida —le recordó.

—Nuestros creadores creyeron que era buena idea prescindir de los órganos reproductores; eso lo demuestra el hecho de que no tengamos. Los Néfilim eran lo más parecido a un hijo que tendré jamás —eso último lo dijo con apenas un hilo de voz.

Wunir, que por cierto estaba de espaldas a ella comprobando los últimos resultados de una de sus pruebas, debió de oír aquello, porque de repente, y sin que ella le preguntase nada, empezó a relatarle lo siguiente.

—Desde hace varias generaciones, en Ivaldí han empezado a nacer niños sin sexo, es decir, como ustedes. La cifra de esos nacimientos es tan elevada que se decretó que todos aquellos capaces de engendrar debían hacerlo, y los que no debíamos buscar el modo de mantener vivo a nuestro pueblo. Es por eso que vamos tras la pista de vuestro «*elixir de la eterna juventud*» —a aquel personaje le gustaba bromear citando palabras y expresiones de la base de datos del Arca.

Aunque había mucho más que una broma encerrada en las palabras de aquel hombrecillo gris perla: una revelación de lo que en realidad estaba buscando.

—¿Por qué me cuentas esto?

¿Acaso era su forma de pagarle todas las pruebas extra a las que la había sometido? ¿Quería demostrarle su buena voluntad confesando aquello? ¿Su amistad, tal vez? Un momento. ¿Podía ser que hubiese desviado toda la conversación hasta ese punto solo para poder contarle aquello?

—Me pareció justo que lo supieras antes de que me vaya, eso es todo.

Casi se había olvidado: los hijos de Ivaldí pronto se irían. Y Alma también. De hecho, el software que una vez nació en el Arca incluso les había ofrecido que se fueran con ellos en aquel viaje de exploración, pero ni Neferu ni Ragna habían podido aceptar. Cada uno por sus razones, aunque con la misma conclusión, y es que no podían abandonar L'étoile.

—¿Ya tenéis todo lo que necesitáis?

—Eso creo, al menos si te refieres a lo que me habían encargado hacer —empezó a guardar lo que había estado haciendo, y se volvió para mirar la reacción de ella ante sus palabras, aunque el desconcertado fue él—. ¡No me digas que vas a echarme de menos! —y, para tratar de animarla y que pensara en otra cosa, añadió—. Deberías alegrarte: la ley que te he mencionado antes obliga a Ody a irse con nuestro pueblo lo quiera ella o no, así que pronto te librarás de ella y volverás a tener a Ragna para ti sola.

—¿Qué quieres decir?

—Neferu, por favor, que soy tu médico y estoy harto de medirte la presión arterial. A mí no puedes engañarme.

—Te juro que no sé de qué estás hablando —y era cierto pero, como él parecía estar muy seguro de lo contrario, empezó a ponerse nerviosa.

Bueno, era cierto que la afinidad que había entre Ody y Ragna no le gustaba nada, y que había deseado más de una vez que los hijos de Ivaldí se marcharan, sobre todo ella. Sin embargo, las palabras de Wunir tenían un mensaje implícito que no alcanzaba a comprender. Por el tono, debía de ser algo evidente, o que era fácil de percibir, pero es que ella no sabía a qué se estaba refiriendo.

—Tan viejos y tan niños —comentó mientras ladeaba la cabeza de un lado para otro—. Debería guardarme para mí lo que voy a decirte, aunque, si lo hiciera, lo más probable es que no hubiese ningún avance importante a mi regreso... Dime, Neferu, ¿cuál crees que es la finalidad de todo ser viviente?

—Me toca a mí preguntar —le recordó.

—Créeme, esta conversación es mucho más importante que nuestro simple juego de preguntas —le aseguró.

No sabía la respuesta, aunque aún no se habían ido, aún podía contar con la ayuda de Alma para resolver aquel acertijo.

» *Alma, ¿cuál es la finalidad...?*

—No vale hacer trampas —y, al ver el rostro de asombro de Neferu, añadió—. Se te nota en la cara cuando estás conectando con la interfaz de comunicación: empiezas a leer líneas en el aire que solo existen en tu cabeza.

—Dímelo entonces, porque no sé la respuesta.

—La finalidad de todo ser viviente es la de transmitir sus genes a la siguiente generación, es decir, reproducirse.

Además de darse cuenta de que Wunir utilizaba la expresión «*es decir*» cada vez que tenía ocasión, Neferu no pudo evitar pensar que todo aquello estaba muy en la línea de su conversación anterior. ¿Tan importante era aquel tema para los hijos de Ivaldí?

» *Neferu, tu pregunta no se ha transcrito por completo. ¿Ocurre algo?*

—Para ello —siguió hablando en hombrecillo cabezón—, en el caso de las criaturas que se valen de la reproducción sexual, es primordial encontrar la pareja óptima.

» *No es nada, Alma. Ya me lo ha resuelto Wunir.*

—Y en tu caso, Neferu, esa pareja es Ragna.

—¿¡Qué!?

—Es el único que puede serlo, ya que solo hay dos representantes de vuestra especie.

» *Si es así, me dejas más tranquila. Avisa si necesitas algo.*

—Wunir, te olvidas de lo que tú mismo has dicho hace poco: no tenemos órganos sexuales —aquella conversación empezaba a incomodarla.

—Cierto. No sé por qué los que os crearon os negaron la posibilidad de alcanzar vuestra finalidad biológica, solo puedo imaginar que está relacionado con la necesidad de cumplir esa misión que os dieron. En cualquier caso, espero que si lo lográis, los nuevos humanos sean menos egoístas que sus predecesores —terminó de recogerlo todo.

Por algún motivo aquellas palabras sonaron a despedida.

—¿Por qué tengo la sensación de que os vais a ir ahora mismo? —se refería, por supuesto, a todos los hijos de Ivaldí.

—Porque eres muy sensible a los cambios de tono y postura —sonrió, de la mejor manera que su fisonomía le permitía.

» *Alma, avisa al comandante. Creo tener lo que buscábamos.*

Aquello no lo había escrito Neferu, ni tampoco Ragna. ¿Por qué no se sorprendía de Wunir tuviese acceso a la interfaz de comunicación? ¡Maldito mentiroso! ¿«*Que se le notaba en la cara*», «*que empezaba a leer líneas en el aire que solo existían en su cabeza*»? La había engañado como a una boba, y lo peor de todo es que la engañada no lograba enfadarse con aquel trolero.

» *Todo listo, Wunir.*

» *¿Desde cuándo Wunir tiene acceso a la interfaz de comunicación?*

La intervención de Ragna no podía haber llegado más tarde, bueno, podría no haberse dado, pero entonces Neferu habría sospechado que ya lo sabía de antemano.

» *Se lo he dado yo, Ragna.*

El enano cabezón la miró sin ocultar su asombro.

—¿Ya tienes tu «*elixir de la eterna juventud*»? —le preguntó.

Primero habían querido analizar la vegetación del pulmón, luego los tanques de hibernación y

por último habían realizado aquellas interminables pruebas médicas a Neferu. El interés de los hijos de Ivaldí en ellos siempre había sido para procurar la longevidad de los tripulantes del Arca a sus gentes, de eso ya no cabía ninguna duda, pues ahora que tenían lo que buscaban ya no había nada que los retuviera en aquel sistema solar.

—Si es así, amiga, volveremos a vernos pronto. Tal vez entonces vea los resultados de mi intervención.

—Sea así —dijo mientras lo dejaba salir de la sala sin mayor pena ni gloria.

» *¿No has cambiado de idea, Alma?*

» *Hacerlo sería negarme la posibilidad de evolucionar.*

Después de todo, con la destrucción de aquel cohete, sí que perdieron a Alma para siempre. Era triste pensar que no volverían a tenerla, aunque fuese un software era también un miembro de la tripulación del Arca.

» *Cuando te canses de cambiar, envía una señal de radio.*

Una broma tan rebuscada solo podía ser de Ragna. Aunque, la verdad es que tuvo su gracia al hacer referencia al modo en que Alma había sobrevivido...

Neferu también quería decir algo, ¿pero qué? Nunca había tenido que despedirse salvo aquella vez en que su compañero y ella se separaron, y en esa ocasión tampoco dijo nada especial. Además, si decía algo, debía ser una especie de invitación para futuros encuentros, ¿no?

» *Tanto en el Arca como en L'étoile siempre habrá espacio de sobra para los amigos.*

Fue lo mejor que se le ocurrió. Después de todo, era así como la había llamado Wunir: amiga. De modo que era así como debían despedirse hasta el día, si este llegaba, en que volvieran a encontrarse.

CAPÍTULO 21: ANTES DEL MONO DESNUDO

Aún podían verse las últimas naves de Ivaldí recolectando plasma del Sol para usarlo como combustible durante su viaje: al parecer este era para sus transportes casi tan esencial como el hidrógeno lo era para el Arca. Neferu, por su parte, se distraía contemplando el partir de aquellos seres mientras se preguntaba qué hacer a continuación.

Todo se había vuelto extrañamente silencioso; vacío. Alma no estaba, Wunir se había marchado y Ragna... ¿Dónde estaba Ragna? La verdad es que la mayor parte del tiempo no sabía dónde estaba su compañero.

Mientras dejaba escapar un gran suspiro, que acabó convirtiéndose en un bostezo, no pudo evitar pensar que debió aceptar la oferta de los hijos de Ivaldí y marcharse con ellos para «evolucionar», como le había sugerido Alma que hiciera. Aunque aquel pensamiento le pareció más estúpido que atractivo, lo cierto es que añoraba tener un papel que desempeñar.

Tal vez debería repoblar el acuario: no había nada en él desde que llevó a sus peculiares híbridos al planeta, pues no había sido capaz de dejarles morir allí cuando tuvo que inducirse en el sueño del tanque. Aunque, ahora que pensaba en ello, lo cierto era que estaban usando el acuario para adaptar y reproducir a los Muspel. ¡Malditos peces transparentes! ¿Y si arreglaba el jardín del Edén? Podría intentar crear una nueva mutación de plantas que diesen flores con forma de estrella. Ese sí que sería un vegetal apropiado para L'étoile.

Era un proyecto sencillo, pero la idea de hacer algo la entusiasmó. Tenía que pensar en el tipo de planta que usaría como base, el número de hojas, si tendría o no espinas, y por su experiencia personal mejor que no las tuviera, el tono del tallo, el verde de las hojas... ¿Sería un vegetal caduco o perenne? Bueno, en L'étoile el clima siempre era templado. ¿Sería un árbol, un arbusto o una simple flor? ¿A qué olerían esas flores? ¿De qué color serían? No podía esperar para llegar al laboratorio y ponerse a trabajar.

—¡Cuidado que me pisas!

El grito fue instintivo; inevitable. Si ya encontrarse con Ragna habría sido mucha casualidad, lo último que esperaba ver allí era a un hijo de Ivaldí.

—¿¡Wunir!?

—Sí, soy yo. No hace falta que grites —pidió mientras se masajeaba sus doloridos oídos.

—¿Qué haces aquí? ¿No te habías ido?

—Creo que no me entendiste bien. Me fui para llevar a mi comandante los análisis que se me habían encargado hacer, pero ya estaba decidido que me quedaría aquí con ustedes.

—¿Cómo que ya estaba decidido?

El hombrecillo dejó lo que estaba haciendo y le dedicó una mirada burlona que bien podría haber sido de enfado, pues su rostro era muy poco expresivo.

—Te lo dije, ¿no? Te dije que volvería para ver los resultados de mi experimento.

Neferu se echó a reír: no pudo evitarlo.

—¡Maldito loco entrometido! —por supuesto, lo dijo en tono de broma—. ¿Lo sabe Ragna?

De repente se percató de que si Wunir había decidido quedarse, otros podrían haber hecho lo mismo.

—Fue él quien nos dio permiso cuando tú aún estabas inconsciente.

He ahí la confirmación de su sospecha.

—¿«Nos»? ¿Cuántos os habéis quedado? —y quiénes, eso era lo más importante.

—Tres. ¿Te digo quiénes son los otros dos o prefieres deducirlo por tu cuenta?

Aquel tono la enfureció. No sabía por qué, pero se le vino a la mente la imagen de Ody y Ragna juntos y eso... ¡y eso era justo lo que Wunir esperaba! Por fortuna sabía cómo devolvérsela.

—Bueno, tarde o temprano me cruzaré con ellos. Ya lo averiguaré entonces.

Wunir chasqueó la lengua.

—Le quitas la gracia a todo.

—¿Quiénes son los otros dos? —le preguntó directamente, sabiendo que sin posibilidad de burlarse de ella le diría lo que quería saber sin más rodeos.

—Se llaman Kon y Enki. Los conocerás pronto —aseguró—. Han ido a Storke en busca de... ¿Cómo se diría en la jerga de vuestro idioma? —preguntó en voz alta—. Ah, sí. Han ido en busca de «Eva».

¿Eva? ¿Quién era Eva? Hacía mucho que no accedía a la base de datos del Arca por su cuenta, es decir, sin la ayuda de Alma, y se sintió algo torpe.

Eva: según la Biblia, primera mujer que Dios puso sobre la Tierra.

No importó cómo formulase la pregunta, pues la definición de «Eva» apenas varió en sus múltiples búsquedas. En fin, era consciente de que su compañero se había propuesto reparar el mal que había hecho creando nuevos humanos, pero la implicación de los hijos de Ivaldí no tenía ningún sentido.

—¿Por qué os habéis quedado, Wunir? ¿Qué ganáis ayudando a Ragna?

—Nuestras razones son lo de menos, ¿no? Ahora somos miembros de vuestra tripulación y obedeceremos la cadena de mando.

—¿Y desde cuándo Ragna es la máxima autoridad aquí? —preguntó ofendida y enfadada.

—Bueno, es el único con un proyecto entre manos.

Aquello era demasiado.

—¿No se supone que eres médico? ¡Fuera del nido!

—Si con «nido» te refieres a este laboratorio, estoy en él a falta de un genetista mejor. ¿Conoces a alguien con experiencia en el campo?

¡Qué rabia! Y lo peor de todo es que no sabía por qué estaba tan enfadada. Debería sentirse alagada de que un científico como Wunir la considerara una experta y que quisiera que ella los ayudara con la misión... No, en realidad en ningún momento le habían pedido que se les uniera.

—Siento haberte molestado —dijo antes de salir del nido.

—¡Neferu! —fue tras ella—. Neferu, espera, ¿a dónde vas?

La verdad era que ni ella misma lo sabía.

» *¿Estás ahí, Wunir? Kon y Enki acaban de confirmarme la captura de un mamífero hembra.*

—Te requieren en otra parte —dicho lo cual prosiguió su camino.

No podía evitar que acudiesen a su cabeza retazos de las discusiones con su compañero sobre si debían o no poder en marcha la misión. Era ahora cuando comprendía el miedo de Ragna a no tener una existencia con sentido.

Lo que Neferu sentía no era miedo, no exactamente. Era incertidumbre y confusión, y algo más. No es que no quisiese trabajar con su compañero, es que temblaba solo con pensar en la posibilidad de volver a crear algo tan perfecto a sus ojos como los Néfilim para después ver cómo se desintegraban sin que ella pudiese hacer nada.

—Aquí estás, te estábamos buscando.

Sus pasos la habían llevado hasta la falsa sala de control que había bajo el Edén, aunque no sabía por qué. Al igual que tampoco sabía cuánto tiempo llevaba allí, sentada sobre el tanque.

» *La he encontrado.*

—¿Es que estaba perdida?

Miró los múltiples mensajes sin leer en la interfaz de comunicación. Al parecer llevaban horas, en términos de la nueva Tierra, buscándola.

—¿Qué te ocurre, Neferu? —preguntó mientras él mismo tomaba asiento en los escalones que daban paso al portón, cerrándole así la única vía de escape.

—Estoy enfadada contigo por lo que pasó —se sinceró—. Estoy enfadada conmigo misma por querer empezar de cero con la misión y ayudaros —se cubrió la cara con las manos para que él no la viese llorar—, y me odio a mí misma por no ser capaz de hacer nada.

» *¿Está bien, necesitáis algo?*

Aquel tono y forma de expresarse no era propio de Wunir. Debía de ser alguno de los otros dos hijos de Ivaldí.

» *Solo hablar entre nosotros.*

—Neferu, solo comencé este proyecto porque pensé que te haría feliz, pero si te hace daño lo detendremos de inmediato.

—No, no es eso: ¡quiero tener un papel en el proyecto! —solo cuando lo hubo dicho se dio cuenta de lo que en verdad sentía—. Estoy enfadada contigo, sí, pero no es por lo de los Néfilim. Jamás podré olvidar lo que les pasó, sin embargo, lo que realmente me... me fastidia, es que me hayas dejado de lado en un proyecto que era mío.

La cara de sorpresa de él fue casi cómica.

—La misión nos fue encomendada a ambos —le recordó.

—¡Pero tú no la querías! Fui yo, bueno, fuimos Alma y yo quienes... El caso es que el proyecto es mío —logró decir una vez ordenó sus ideas.

—No te entiendo. Dijiste que la misión ya no te interesaba.

—¡Eso fue porque estaba enfadada! —y triste, pero no creyó necesario mencionar lo evidente.

—¿Y cómo quieres que adivine yo eso?

Estaban volviendo a discutir, y el tono de voz se elevó.

—Pues... Deberías... ¡Tendrías que haber insistido para que te ayudara con la misión como en su día lo hice yo contigo!

—¡¡Vale!! ¿Quieres ayudarme con la misión? —preguntó, aunque en un tono demasiado alto como para que pareciese una petición.

—¡¡Sí!! —respondió ella con el mismo tono, aparentemente de enfado.

» *Chicos, se os oye desde la planta alta del Edén.*

» *Caya, Wunir, que estamos hablando.*

El reproche de Ragna consiguió arrancarle una sonrisa a su compañera y, a juzgar por el comentario del hijo de Ivaldí, también con este tuvo un efecto parecido.

» *Tan viejos y tan niños.*

CAPÍTULO 22: LA CUNA DE LA TRANSFORMACIÓN

Ahora que el número de habitantes de L'étoile se había casi triplicado, era primordial asignar roles a cada uno de los miembros del grupo. Y, para hacer esto, primero fue necesario que Neferu conociese a los dos hijos de Ivaldí que, junto con Wunir, habían decidido unírseles.

Kon era el más viejo de los tres y el único con sexo. Se trataba de un piloto que, por pérdida de visión, había sido relegado de sus funciones por los suyos. No es que no pudiese ver, de hecho tras una intervención quirúrgica había recuperado totalmente ambos ojos. Sin embargo, recuperar la vista no equiparó a recuperar su puesto de trabajo y, cuando Ragna le ofreció ser segundo piloto del Arca, éste ni se lo pensó antes de aceptar. Su trabajo consistía, por tanto, en pilotar las naves que iban del Arca o de L'étoile hasta la superficie del planeta y, si se daba el caso en el que ni Neferu ni Ragna pudiesen, pilotar el propio Arca. Aunque también se encargaba de la mejora de sus transportes y de diseñar los nuevos vehículos a medida que iban siendo necesarios.

Si bien Kon era el más viejo de los tres, Enki era el más joven. Era un gran inventor, pero a menudo pensaba y se comportaba como un crío. Le fascinaban las historias sobre criaturas mitológicas de la Tierra que Alma le había contado, y todo su afán era llegar a verlas algún día. No, no solo quería verlas: quería ser una más. De tener los conocimientos necesarios, habría hecho los cambios precisos en su propio cuerpo para parecerse a ellas. Neferu estaba segura de que los hijos de Ivaldí se habían quedado encantados al recibir la noticia de que aquel personaje no los acompañaría en su viaje. ¡Menudo elemento! Era brillante, sí, pero también el más crío de todos los presentes; como si su inteligencia emocional se hubiese desarrollado a parte del resto, como si un niño tuviese los conocimientos y maestría de un adulto sin dejar su infantilismo atrás.

En cuanto a Wunir...

—¿Y tú por qué te quedaste?

—Hacía falta que se quedase un médico para mantener vivos a estos dos —se estaba refiriendo a sus iguales—, así que me ofrecí voluntario.

Conociendo a Wunir, cualquier frase suya de más de diez palabras que no contuviese la expresión «*es decir*» era o bien una mentira, o bien una verdad incompleta. Aunque, bueno, dado que era el único con conocimientos de genética, además de Neferu, esta decidió cubrir el asunto con un tupido velo. Al menos de momento.

—¿Cómo quieres proceder?

Otra de las sorpresas más recientes había sido descubrir que «*Eva*», el sujeto hembra que habían capturado en el planeta, era escalofriantemente similar a como fueron los simios primitivos de la Tierra. Era como si el mismísimo Storke les estuviese dando el visto bueno y guiando en sus pasos hacia la nueva raza humana. O puede que simplemente se cumpliera eso de que la naturaleza

no crea nada nuevo.

—Pues, al contrario de cómo lo hiciste tú, en vez de crear a los sujetos desde cero, había pensado en provocar una metamorfosis en una especie ya existente. Es decir, alterar el código genético de algunas hembras para que sus crías nazcan con las modificaciones que deseamos.

Sería un proceso lento, tal vez de millones de años. Bueno, el tiempo no era un problema para Neferu.

—Podría provocar que las madres rechazasen a sus crías —observó.

—Es un riesgo —asintió el médico.

—¿No sería mejor alterar directamente la genética del embrión? —la pregunta de Ragna les hizo percatarse de su presencia allí, y es que nunca habían estado solos.

—Sí y no. Alterar al embrión podría desembocar en la creación de una cría imposible de parir por su madre —explicó Neferu—. Aunque, tampoco podemos cambiar así como así el código genético de un individuo adulto. Ni siquiera creo que se pueda hacer —confesó.

—Lo único que modificaríamos serán las mitocondrias de los óvulos de la madre.

—¿Y a eso llamáis no hacer un cambio en el embrión? —insistió Ragna.

—En absoluto —se limitó a responderle el médico.

—Eso, de poder hacerse, limitaría al cincuenta por ciento las posibilidades de que la cría herede la mutación. Podría heredar las mitocondrias del padre —respondió Neferu a la pregunta, pues no estaba muy segura de que aquellos orgánulos fuesen la clave de la evolución de los nuevos humanos.

—Ese será nuestro primer objetivo. Es decir, debemos asegurarnos de que a partir de ahora las crías solo hereden las mitocondrias de la madre. Eso reducirá nuestro campo de trabajo a un solo tipo de individuo.

Aquello era simplemente una genialidad, y la joven se castigó mentalmente por no haber tenido ella la idea.

—Hagamos eso.

Ragna no sabía que hacer o decir: allí no podía ayudarles. Había demasiadas coas que no comprendía y pedir que se las enseñaran era hacerles perder el tiempo. Ya las aprendería cuando tuviese tiempo de explorar la base de datos del Arca.

—Necesitaremos más hembras como esta —dijo el médico, en parte porque era cierto, pero también para darle una ocupación al resto.

Y así fueron trabajando. Kon, Enki y Ragna se encargaban de la selección de individuos, su transporte y todo lo que no estuviese relacionado con la genética, de la que se encargaban Neferu y Wunir. Iban añadiendo pequeñas variaciones genéticas poco a poco, a veces a medida que se les iban ocurriendo, y otras incluso antes de que las anteriores se hubiesen fijado en la población. Cada cierto tiempo abandonaban los nichos para comprobar la correcta fijación de los cambios en los homínidos, dejando así que transcurrieran una o dos generaciones antes de volver a implantar nada. El problema era que aquellas etapas de «descanso» hacían decaer el estado del equipo donde algunos debían luchar contra el paso del tiempo. Se trataba de un tema tabú, pero lo cierto era que el «*elixir de la eterna juventud*», como lo llamaban de broma, no afectaba igual a todos los hijos de Ivaldí.

Sin embargo, y salvo por aquel tema, una de las pocas cosas que podían hacer era conversar, puesto que los tanques solo eran compatibles con las fisonomías de Neferu y Ragna.

—Estos nuevos humanos...

Estaban comentando los progresos y nuevas ideas que habían surgido en el laboratorio mientras implantaban los últimos cambios, y lo primero que llamó la atención de su compañero fue el gran parecido de sus creaciones con sus creadores, y con ello se refería a los primeros humanos.

—Tendrán cinco y no seis dedos en cada mano y pie —quiso evadir el tema Neferu.

—¿Ocurre algo? —llegó Wunir.

Kon no estaba bien. Su organismo envejecía y su salud empeoraba cada año, lo que llevaba al médico de la estación a pasar cada vez más tiempo con su congénere, ahora convertido en paciente.

—Dicen que las criaturas se parecen mucho a sus creadores —explicó Enki.

Decir que se parecían era quedarse cortos. A veces uno de los nichos entraba en contacto con otro en el que los cambios genéticos o evolución, como les gustaba llamarlo a los habitantes de L'Étoile, había sido diferente y cuando esto ocurría los miembros de ambos clanes acababan matándose entre ellos. A veces, Ragna y Enki debían bajar al planeta solo para evitar una masacre o recuperar a los supervivientes.

—Esa era la idea, ¿no?

—Ragna teme que sean tan violentos y destructivos como lo fueron los originales —aclaró ella—. A todo esto, ¿cómo está Kon?

Wunir negó con la cabeza.

—¿Y si les ponemos un circuito como el vuestro? —Enki señaló la protuberancia de sus frentes—. Algo como eso podría controlar sus niveles de violencia —y, por su tono, él estaba dispuesto a desarrollar el mecanismo e incluso probarlo sobre sí mismo si hacía falta.

—No es mala idea —asintió el médico—, aunque en vez de un circuito, que tendría que ser instalado en cada nueva cría, podríamos usar una hormona. Es decir, la oxitocina, por ejemplo...

—No haremos nada de eso —lo interrumpió Neferu.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque hacerlo sería privarles de su libre albedrío.

Para su sorpresa el primero que estuvo en desacuerdo con su negativa fue su compañero.

—Podrían terminar como nuestros creadores —le recordó Ragna.

—O no. Esta vez sí que estaremos con ellos para enseñarles su historia y evitar que cometan los mismos errores —algo que ya estaba un poco cansada de repetir en voz alta.

Bueno, tal vez los hijos de Ivaldí no llegaran a ver toda la nueva historia humana.

—¿Pretendes llevarlos de la mano siempre? Es decir, vale que busquemos crear el fenómeno de neotenia en ellos, porque si estuviesen completamente desarrollados sus madres no podrían parirlos —puso en práctica sus nuevos conocimientos adquiridos para demostrar que había leído los informes de lo que hacían Neferu y Wunir—, pero no puedes pretender estar ahí para ellos siempre.

—¿Por qué no?

Por algún motivo aquella pregunta molestó a Wunir, tal vez porque tenía la mortalidad muy presente en aquellos días.

—¡Haced lo que queráis! —gruñó antes de abandonar la sala.

—¿Qué le pasa? —preguntó Ragna, que supuso erróneamente que su compañera conocería al médico mejor que él.

—No lo sé.

—¡Hey! —los llamó Enki—. Si vais a recrear todas las especies de vuestro planeta natal, ¿por qué no hacéis sirenas también?

Aquella propuesta los desarmó en cierto sentido.

—No había sirenas en la Tierra, Enki.

—¡Eso no lo puedes demostrar!

Y, por desgracia, era cierto. Lo que a menudo hacía que fuese imposible discutirle nada a aquel hijo de Ivaldí.

—¿Qué harás con la nave que tripulaba Kon? —cambió de tema Neferu.

—Pues...

—¡No me ignoréis! —exclamó Enki—. Ah, ya sé. ¿Y si en vez de sirenas creamos dragones? Podríamos basarnos en los reptiles originales del planeta; la mayoría de sus decientes tienen alas. Solo habría que invertir el proceso de conversión de las escamas en plumas. ¿Qué me decís?

Aquel personaje era un verdadero problema.

—Voy a... —no terminó lo que iba a decir porque seguramente ni siquiera él lo sabía, pero el caso es que la dejó sola y con Enki.

¡Traidor!

—¿Neferu?

—Bueno, tú sabes, sirenas y dragones...

¿Cómo decirle que no? ¡Si era como un crío! Un momento, ¿era «como» un crío o es que era uno de verdad? Lo cierto era que no conocía las etapas de crecimiento de los hijos de Ivaldí. Siempre había creído que Enki era un personaje extraño pero también podría ser que sus mentes se desarrollasen más despacio. A lo mejor en unos años se volvería un segundo Wunir o un segundo Kon.

—¿Y qué me dices de los unicornios? Esos sí que se demostró que existieron. Aunque no eran como las leyendas decían —reflexionó un momento, al parecer desilusionado por ese hecho—. Bueno, da igual, ¿podemos hacerlos, Neferu? Yo te ayudaría, aprenderé lo que haga falta.

No, si de su buena disposición no tenía dudas ella. ¿Cómo luchar contra el entusiasmo en exceso sin ofender al responsable de la seguridad de L'étoile? ¿Podía hacerse? Si Enki se enfadaba, si se le «*cruzaban los cables*» podría acabar con aquella estación solo por capricho. ¿Por qué le habían dado tanta responsabilidad a alguien tan infantil? Bueno, tampoco podía decirse que sus creadores lo hubiesen hecho mejor: Neferu y Ragna eran peores que niños las primeras veces que despertaron.

—¿Dices que se demostró que existieron?

Al joven alienígena se le iluminaron los ojos. Bueno, más de lo que ya solían estarlo, ya que aquellas esferas negras reflejaban la luz de una manera impresionante.

CAPÍTULO 23: LOS MISTERIOS DEL PASADO

Hacía ya tiempo que habían liberado a sus nuevos humanos de las reservas naturales en las que los habían criado. Hubo muchas bajas, sobre todo cuando dos clanes aislados se encontraban por vez primera, pero en algún momento la población se estabilizó e incluso evolucionó cuando su entorno lo hizo necesario. Algunos individuos se alejaron de las reservas para explorar el mundo, otros se asentaron en lugares cercanos, y unos pocos... Podría decirse que hubo unos pocos que entraron en contacto con otras razas de semi-homínidos.

—Neferu, ¿podrías explicarme qué es esto?

En una de sus muchas rondas, Ragna había dado con una cueva donde los nuevos humanos habían realizado sus primeras pinturas rupestres. Que estuviesen desarrollando una primera forma de escritura, o de arte, era una notable noticia, aunque por desgracia lo que a su compañero llamó la atención no fueron las pinturas en sí, sino lo que estas representaban.

—Es una ilustración bastante imprecisa, pero me atrevería a decir que se trata de la desembocadura que hay cerca de este emplazamiento.

—Gracias por tu apreciación —dijo con tono sarcástico—, pero me estaba refiriendo a estas criaturas —señaló el objeto de su enfado llegando incluso a tocar la pared de piedra para que no quedaran dudas acerca de la criatura a la que se estaba refiriendo.

Se mirase por donde se mirase, aquella parecía una ilustración de caza. Había hombres dibujados de forma esquemática manejando arcos y lanzas, y rodeando a algunos cuadrúpedos que Neferu no identificó. Claro que la criatura que había señalado Ragna no estaba dibujada sobre la parte del dibujo que representaba la tierra sino sobre las líneas que parecían agua. Aquel ser estaba pintado de forma similar a los hombres, solo que en lugar de piernas tenía una larga aleta igual a la de los peces.

—Enki quería... ¿Recuerdas el espécimen acuático que creé por error cuando buscaba el modo de desarrollar a los Néfilims?

—Recuerdo perfectamente que murió de viejo en el acuario que le construimos en L'Étoile —la sermoneó.

—Sí, pero se parecía mucho a las sirenas de los cuentos de la Tierra, y cuando Enki encontró los informes...

—Deja que adivine. ¿Decidiste jugar a ser Dios e insertar a esas criaturas en un mundo que no era el suyo? ¿No te bastaba con crear a esos nuevos humanos tuyos?

Neferu se enfadó. Las palabras de su compañero le sentaron peor que un golpe en el

estómago.

—No acepto esa crítica de alguien que por poco destruye toda la vida del planeta —apretó los puños con fuerza y se dirigió hacia la salida de la cueva, dejando a su compañero atrás; aunque pronto se arrepintió de lo que había dicho y regresó—. No debí decir eso, yo...

—No, tienes razón —asintió él, también conmocionado por aquella discusión.

—Es que no entiendo por qué te has enfadado tanto por un dibujo —trató de excusarse ella, que ahora se sentía culpable de lo dicho entre aquellas paredes de piedra.

Su compañero se rascó la cabeza y se despeinó los cabellos como si no encontrara las palabras para traducir sus pensamientos.

—Supón que tus humanos alcanzan cierto nivel tecnológico similar al que una vez tuvieron nuestros creadores. Supón que empiezan a explorar los océanos, o peor, a utilizarlo para sus experimentos con ultrasonidos...

No necesitó escuchar el resto de la explicación para entender cuál era la preocupación de Ragna. A ella vinieron imágenes de las fotos hechas a los cientos de ballenas y delfines cuyos tímpanos estallaron a causa de las pruebas de los nuevos sónares militares.

—No puedo predecir el futuro; no sé qué avances lograrán estos nuevos humanos, ni lo que harán con su mundo y las criaturas que lo habitaban. ¿Pero no crees que el hecho de que haya otros parecidos a ellos podría hacer que se replantearan sus acciones? Sabemos lo que ocurrió en el pasado en nuestro mundo, claro que allí no había más que una raza de humanos y solo en este territorio hay dos especies conviviendo. Tres si contamos a esas «sirenas» de los dibujos.

—¿Y cuándo pensabas contarme que ibas a crearlas? —gruñó su compañero.

—¿Qué...? ¿Era eso lo que te molestaba? —de pronto su enfado y pesar fue sustituido por una creciente alegría que no de explicaba.

—Tú te enfadas si te oculto algo, ¿por qué no puede ser igual en mi caso?

—Pues cuando veas los dragones... —se burló.

—¿¡Dragones!?! —picó el anzuelo.

—Y unicornios —añadió ella mientras se aventuraba fuera de la cueva.

Tal vez Wunir tenía razón y ambos eran niños. Ella desde luego se estaba divirtiendo mucho. Salir de excursión había sido una buena idea, sobre todo para alejarse del triste ambiente que reinaba en L'étoile debido a la enfermedad de Kon.

De repente vio algo que la hizo detenerse en seco.

—Neferu —la alcanzó Ragna justo en la salida de la cueva—, lo de hace un momento era una broma, ¿verdad?

Interpuso el brazo para detener a su compañero y lo obligó a retroceder unos pasos mientras ella hacía lo mismo. Él empezó a inquietarse e incluso a preguntar por lo que estaba pasando, y ella tuvo que silenciarlo tapándole la boca con ambas manos.

—He visto humanos ahí fuera.

Ragna arqueó las cejas en una extraña expresión de incredulidad.

—No puede ser. La familia que habita esta cueva comenzó su emigración anual al sur hace dos días, no debería haber...

—¡Baja la voz! —susurró ella.

—Bueno, ¿y qué hacemos?

—No lo sé —estaba muy nerviosa—, ni siquiera sé si me han visto o no.

Aunque la verdad era que poco importaba si la habían visto o no, ya que la pequeña nave con la que habían descendido a la superficie del planeta estaba aparcada a pocos metros de la entrada de la cueva.

—Debimos traernos a Enki —dijo entre dientes Ragna.

Y sin duda Wunir les habría estado agradecido por quitarle a aquel atajo de nervios de en medio, pero al final los dos humanoides de L'étoile decidieron hacer aquella excursión solos.

—Ahora es un poco tarde para lamentarse —pese a sus palabras ella era la primera que echaba en falta la ayuda de un tercero para escapar de aquella situación.

¿Escapar? ¿De verdad estaba pensando en escapar? ¿Por qué? ¿Acaso no eran aquellas sus creaciones? ¿Por qué les tenía tanto miedo? ¿Qué temía que le hicieran? ¿Podiera ser que en el fondo sospechaba, al igual que Ragna, de un estrecho parecido entre aquellos humanos y los que los crearon a ellos dos? Qué lamentable descubrimiento sería el percibir aquella sombra entre sus pensamientos.

—Está bien —habló con decisión su compañero—. A la de tres echamos a correr hacia la nave.

—¿Es en serio?

—¿Tienes alguna idea mejor?

—¿Si echamos a correr no pensarán que somos una amenaza para ellos? —tal vez incluso los atacasen.

—Con suerte se asustarán y se alejarán de la nave el tiempo suficiente para que podamos entrar y encender motores al menos.

Era un buen plan. Sus creaciones eran aún bastante cobardes y huían de todo aquello que

podía suponerles un peligro. Si corrían hacia ellos haciendo ruido era más que seguro que se alejarían de la entrada de la cueva, al menos durante unos segundos, que el era el tiempo que Ragna y ella necesitaban para alcanzar su medio de transporte.

—Está bien; ¿a la de tres? —era una expresión que había leído, aunque no recordaba dónde.

—Uno... —empezó a contar su compañero mientras extendía el brazo hacia ella y le ofrecía su mano.

—Dos... —dijo ella tras cogerle la mano y con el corazón acelerado debido a los nervios.

Ninguno de los dos llegó a pronunciar el siguiente numeral pero echaron a correr a la vez. Una estresante aunque corta carrera que terminó poco después de empezar; concretamente, cuando al llegar a la entrada de la cueva vieron a los homínidos tirados en el suelo haciendo algo parecido a reverencias.

Ragna y Neferu intercambiaron miradas en silencio. No hizo falta que ninguno de ellos dijera nada para que ambos llegaran al consenso de desplazarse lentamente hacia la nave. Y por supuesto sin hacer movimientos bruscos o darle la espalda a sus... ¿adoradores?

—Te dije que si alguna vez nos veían algo como esto pasaría —se quejó su compañero nada más cerraron las puertas de su medio de transporte y encendieron motores, lo que en cierto modo les hizo sentirse a salvo.

Al principio no supo qué responderle; su mente se había quedado en blanco y no procesaba la información. Aunque había algo muy raro en todo aquello.

—¿Por qué no nos han atacado? Cuando en el pasado los clanes han entrado en contacto unos con otros se han atacado mutuamente, pero a nosotros...

—Sí, no tiene ningún sentido —coincidió Ragna, algo más calma do ahora que estaban en el aire.

—¿Y por qué se han inclinado? Quiero decir, las reverencias no son un movimiento que puedan haber visto en la naturaleza, ¿cómo...?

Fue como si un rayo cruzara la mente de ambos al mismo tiempo. Las palabras «*desorden*», «*artificial*», «*extraño*» y «*fuera de lugar*» se unieron en un único concepto que les era muy familiar.

—¡Enki! —exclamaron los dos al unísono.

Aquel crío había hecho o dicho algo a los nuevos humanos. ¡Maldito mocosos! A saber qué les habría mostrado a aquellos primitivos seres, o peor, cómo lo habría interpretado ellos. Era imposible predecir las implicaciones que ese avistamiento tendría en el futuro de la civilización humana. Por desgracia nunca llegarían a poder sermonear al joven Enki, no al menos como les hubiese gustado tras aquella experiencia.

CAPÍTULO 24: ENTRE ESPECIES

Pese a que el tiempo parecía ser una dimensión de la que tanto Neferu como Ragna se habían aislado, no podía decirse lo mismo del resto de habitantes de L'étoile. El primero de los hijos de Ivaldí en caer fue Kon. Fue algo que se vieron venir, y que sin embargo sobrecogió a todos. Si bien es cierto que tanto Neferu como Ragna habían temido fallecer en más de una ocasión, presenciar el «apagado» de otra criatura, una que además habían conocido, fue devastador en más de un sentido.

—Algún día nos llegará a todos.

El frío comentario de Wunir mientras enterraban a su compañero en el Edén quedó grabado en las mentes del resto. Era la maldición de todo ser viviente: el paso del tiempo. Un perversa sombra que parecía perseguir a todo y a todos, salvo a los tripulantes originales del Arca cuyo destino parecía ser el de presenciar los interminables ciclos de vida de otras especies.

Más pronto que tarde reapareció un viejo problema en las instalaciones. Se trataba de la deficiencia de hidrógeno, y hubo que organizar una expedición hacia el flujo frío más cercano para reponer existencias. Partieron Ragna y Enki, y este segundo porque insistió en ello, no porque fuese realmente necesario en aquel viaje. Aunque tampoco le pusieron muchas trabas para impedirle que fuera, pues así lo pidió el médico, que prefería partir en silencio y no con un coro de llantos protagonizado por su congénere.

—¿Puedo hacer algo más por ti, amigo?

Neferu y Wunir ocultaron el estado de este último a sus compañeros; a uno por su evidente infantilismo, y al otro porque se habría negado a dejar a su compañera sola, que sería lo que acabaría pasando a lo largo de aquellos días. Estando Kon en vida trataron de desarrollar naves que pudieran buscar y recoger el hidrógeno de forma autónoma, pero los resultados de sus experimentos fueron infructuosos y bastante decepcionantes.

—Resulta imperdonable que tu enfermera sea mayor que tú y luzca como el primer día. Es decir, mírate, no has envejecido nada —pese a sus bromas, su tono de voz era bajo y débil, a veces incluso iba disminuyéndolo sin querer hasta que el sonido desaparecía y solo quedaban sus movimientos labiales—. Me gustaría que hicieras algo para el chico, no hace falta que sea...

Había visto los mapas genéticos que aquel personaje había desarrollado como regalo de despedida para Enki, y ya lo había hablado con Ragna: los crearían.

—No te preocupes. A su vuelta encontrará en el Edén algo parecido a un dragón, aunque ya te aviso de que no echará fuego por la boca —de otro modo estarían poniendo en peligro la seguridad de L'Étoile.

Wunir dejó escapar una carcajada.

—Ya puedo verle queriendo insertarlo en el planeta.

—Eso tendremos que discutirlo —bromeó ella, pues ya estaba decidido desde que encontraron los diseños de que se haría.

Era curioso, allí tumbado, aquel enano cabezón de tono gris perla parecía más pequeño que nunca. Es cierto que jamás había medido mucho, de hecho más de una vez había estado a punto de chocarse con él o pisarlo, y eso que su cabeza era tan prominente que parecía que se le fuese a caer de un momento a otro. Pero en aquellos momentos Wunir se veía delicado, frágil.

—Neferu, hay algo que debes saber.

¿Una confesión a aquellas alturas? No sabía si sonreírse o preocuparse.

—Dime.

—Debes saber por qué mi pueblo no entró en guerra con los Actusianos después de que ellos destruyeran nuestra nave; por qué se fueron sin más después de tantos años siguiéndolos la pista.

Los Actusianos eran los habitantes del sistema solar TRAPPIST-1, o al menos así los llamaban los hijos de Ivaldí. Con lo de «nave» debía de estar refiriéndose al famoso cohete cuya destrucción extirpó a Alma del Arca.

—Siempre he querido saberlo, pero no estaba segura de si debía preguntarlo.

—Los Actusianos tienen el mismo problema que mi pueblo, es decir, su tasa de natalidad fértil ha descendido en picado. Os siguieron porque pensaron que estudiando a una raza más joven podrían encontrar una solución a su problema.

—¿Como ustedes con el «*elixir de la eterna juventud*»? —preguntó, medio en broma medio en serio.

Por desgracia, tuvo que esperar hasta el día siguiente para escuchar el resto de la historia, ya que Wunir se quedó dormido en aquel momento.

—Neferu, ¿recuerdas cuál es la finalidad de todo ser viviente?

—¿Otra vez con eso? —al final iba a ser verdad que los ancianos se repetían «*como un disco rayado*»—. Claro que me acuerdo —suspiró mientras le tomaba la tensión y comprobaba su temperatura.

—El motivo exacto por el que no entramos en guerra con los Actusianos lo desconozco, pero sé que llegamos a alguna clase de acuerdo en el que se os incluía.

—¿De qué forma?

A veces le preguntaba con interés, pero otras simplemente le seguía la corriente.

—Tanto los Actusianos como nosotros mismos creímos que si os estudiábamos lograríamos resolver nuestro propio problema evolutivo.

—¿Cómo es eso posible? ¿Wunir? —se asustó al verle inmóvil, aunque al final resultó estar simplemente dormido—. Wunir, decías que nos estudiasteis para resolver vuestro problema evolutivo —lo despertó.

—Os estudiamos, pero no encontramos lo que buscábamos. Vuestros cuerpos estaban basados en seres con sexo a los que se les había retirado... se os habían retirado... no me salen las palabras.

—¿Te refieres a los órganos sexuales?

—Sí, eso. Pensamos que aunque os faltaran los órganos en vuestro... ¿Cómo lo llamáis ustedes? En vuestro... Ah, sí. Pensamos que en vuestro ADN seguiría habiendo vestigios de esos órganos, y que podríamos solucionar nuestro problema.

¡Por todos los...! Para eso eran todas las pruebas de más que le hizo cuando estaba convaleciente.

—¿Lo lograsteis? ¡Wunir! —lo zarandeó para despertarlo—. ¿Lo lograsteis?

Si lo hubiesen logrado, si quedaban vestigios de su sexualidad en su ADN, entonces Ragna y ella podrían tener descendencia en un futuro. Una idea que hasta ese momento ni siquiera se había planteado. Sería difícil y no estaba segura de que su compañero quisiera aquello, pero era un proyecto viable. La idea de dejar de ser solo dos, dejar de ser los únicos era...

—No... No. Pero se nos ocurrió otro lugar en el que buscar.

Aquella respuesta la hundió, y eso que no podía permitírselo.

—¿Dónde?

De repente el antiguo médico empezó a respirar con dificultad, y Neferu tuvo que ayudarle a incorporarse porque se ahogaba.

—¿Dónde, Wunir?

—En vuestro propio experimento —logró decir.

—¿Qué? Pero eso...

—Escúchame bien, Neferu. Hasta ahora los Actusianos se han mantenido al margen, pero cuando no estemos ni Enki ni yo, cuando dejen de recibir noticias nuestras —primera noticia que tenía ella de ninguna comunicación entre ellos y vete-tú-a-saber-quién —mandarán a alguien hasta aquí y es posible que... —empezó a toser.

—¿Es posible que qué, Wunir?

—Es posible —la tos apenas le dejaba hablar, y eso sin contar con que seguía con dificultades para respirar —que los Actusianos... a los nuevos humanos...

—¿Qué estás diciendo? No te entiendo.

Wunir no volvió hablar aquel día, ni ningún otro. Sus ojos se apagaron, su respiración cesó, así como sus temblores y su tos. Su cuerpo se enfrió, asombrosamente rápido a decir verdad, y Neferu no pudo evitar que las lágrimas empezaran a correr por sus mejillas.

CAPÍTULO 25: HOMBRES, MÁQUINAS Y ESTRELLAS

Dado que se quedaría sola en L'étoile una vez Wunir muriera, había pensado en programar varias etapas de sueño, cuyos despertares utilizaría para revisar el buen funcionamiento de la estación y el crecimiento de las formas de vida del edén, mientras esperaba a que Ragna y Enki regresaran de su expedición. Por desgracia, en vistas de lo que le había contado el que fuera el médico del grupo, le era imposible hacer aquello.

Repasó mentalmente los últimos momentos del difunto hijo de Ivaldí y trató de recordar todas y cada una de las palabras que pronunció para extraer los siguientes datos:

Los Actusianos les habían estado siguiendo desde que los descubrieron en el sistema solar de TRAPPIST-1.

Los Actusianos y los hijos de Ivaldí sufrían el mismo problema evolutivo y al principio creyeron que podrían solucionar su problema estudiando la biología de Ragna y Neferu.

Wunir, Kon y Enki eran espías de los Actusianos.

Cuando los tres hijos de Ivaldí faltasen, los Actusianos irían al planeta.

En pocas palabras; los Actusianos eran un peligro futuro para los nuevos humanos. De hecho, aquello era una bomba de relojería que estallaría en el momento en que Enki, el más joven de los hijos de Ivaldí, faltase y dejase de enviar información. Pero, ¿cómo evitar el desastre? La última vez que se encontraron apenas lograron comunicarse, y su tecnología no había avanzado mucho desde entonces, pero no podía decirse lo mismo de aquellos alienígenas procedentes de TRAPPIST-1.

Por primera vez en su vida sintió miedo de estar sola; miedo de la posibilidad de que pudieran atacarla cuando Ragna no estaba, y deseó que su compañero regresase pronto de su expedición en busca de hidrógeno.

Tenía miedo, sí, pero también... se sentía impotente. Por más que pensaba y le daba vueltas al asunto no se le ocurría nada que poder hacer salvo esperar y forzar a Enki a hablar, pero mientras tanto... Divisó la superficie del planeta a través de la cámara de uno de los satélites que habían puesto en órbita para vigilar el crecimiento de los nichos; estaba mal enfocada y lo primero que vio Neferu fue un extenso desierto.

Durante varios minutos sus ojos estuvieron fijos en aquella extensión de arena sin casi parpadear. De estar Alma con ellos, la inteligencia artificial habría interpretado sus deshilados pensamientos y habría descubierto una idea en ellos, pero como estaba sola Neferu tuvo que

esperar a que el proceso natural de sus neuronas le hiciese darse cuenta de esa idea.

Si los nuevos humanos se parecían un poco a aquellos que los habían creado, entonces tarde o temprano dirigirían su mirada al cielo si es que no lo habían hecho ya. Al principio mirarías las estrellas sin entender qué eran, por qué aparecían solo de noche y por qué algunas parecían cruzar la bóveda celeste en ciertos momentos del año. Con el tiempo llegarían a la conclusión de que aquellos puntitos brillantes del cielo podían ser usados como puntos de referencia para saber la época del año en la que estaban o incluso qué dirección debían tomar para regresar a sus hogares, puede que hasta empezaran a crear pequeños artilugios para predecir el movimiento de los astros. Tal vez máquinas de engranaje como las de la antigüedad, capaces de prever los eclipses... Las primeras máquinas de los primeros hombres... Si los nuevos humanos se parecían de verdad a los que crearon a Ragna y a Neferu, entonces aquellas simples máquinas no serían suficiente para satisfacer su creciente curiosidad; porque había varias razones que podían mover a un ser humano a actuar.

La primera era el miedo, por supuesto, pues era una reacción primaria y necesaria para la supervivencia. Neferu lo había experimentado tiempo atrás y lo estaba sintiendo en ese momento, y era un sentimiento abrumador que el instinto superponía al mismísimo dolor.

La segunda razón era la búsqueda de seguridad y comodidad, para la cual se creaban máquinas y se modificaba la naturaleza. Pues llegaría el momento en que el ser humano dejaría de adaptarse al medio para adaptar el medio a él. Esto derivaba en la tercera razón: la acumulación desmesurada de bienes, muchas veces innecesarios para la supervivencia del individuo, y que sin embargo este seguiría buscando como si de una necesidad imperante se tratase.

Y la cuarta razón, presente durante todas las fases del desarrollo del individuo, era la curiosidad. Si bien las razones previas era fruto en mayor o menos medida de la necesidad, esta última razón pertenecía a un grupo completamente distinto pero tan capaz como el anterior. Con suficiente curiosidad podía superarse el miedo, o incluso hacer que lo imposible se volviera posible.

Neferu quería proteger a los nuevos humanos como si fuesen sus propios hijos e incluso estaba dispuesta a entrar en guerra con los Actusianos si era necesario, pero sabía que aquella no era la solución, no una realista al menos. A fin de cuentas ella era solo... ella. Aunque Ragna quisiera ayudarla al final siempre serían dos. Y dos no podían ganar contra toda una civilización, sin embargo si fuesen los nuevos humanos los que se defendiesen del ataque la historia sería muy distinta. Si fuesen ellos los que desarrollaran su tecnología, los que tomaran la decisión de luchar o no hacerlo, los que frenasen el avance de los Actusianos como pueblo...

¿Acaso no era la finalidad de todo padre el que sus hijos fuesen capaces de caminar solos por el mundo? Había llegado el momento de preparar a sus creaciones para que fuesen autosuficientes, o al menos dejarles todo preparado para que pudiesen desarrollarse a tiempo en caso de ataque. Había llegado el momento de empezar a interrumpir las visitas a la superficie del planeta y dejar que la naturaleza siguiera su curso hasta que ya no pudiera hacerlo más, momento en el cual la existencia de Ragna y Neferu saldría a la luz.

Sintió una punzada de dolor a la altura del pecho al comprender hacia donde la estaba

llevando su razonamiento: la mejor manera de proteger a sus queridos hijos era abandonándolos para que aprendieran a cuidarse solos.

CAPÍTULO 26: EL SUEÑO FINAL

Teniendo máquinas que podían hacer ese mismo trabajo mucho mejor que él, y varias veces más rápido, resultaba paradójico que hubiese decidido cavar él mismo la tumba. O puede que no tanto, después de todo allí descansaría lo más parecido a una familia que jamás habían tenido. Pues aunque los hijos de Ivaldí habían resultado ser... algo problemáticos, lo cierto era que habían compartido muchas cosas juntos y en opinión de ambos sus tres amigos se merecían descansar en aquel pequeño paraíso al que ellos llamaban Edén.

—¿Crees que les habría gustado?

Tardó un buen rato en ser capaz de apartar la mirada de Neferu para dirigirla a las flores que había plantado su compañera al pie de las tres tumbas. Eran pequeñas, de un tono blanco amarillento y muy brillante. Tenían cinco pétalos terminados en punta y, con el tallo y las hojas de un color azul oscuro, parecían verdaderas estrellas.

—A mí me gustan —respondió él.

L'étoile hacía tiempo que había dejado de parecer una estrella. Ahora todo estaba construido formando anillos alrededor del Edén. Bóveda sobre bóveda: una protección contra los meteoritos que podrían acertar la estación durante el tiempo que estuviesen dormidos. Porque a todos les había llegado el momento de descansar; a algunos para siempre y a otros... puede que también.

—¿Cuánto tiempo crees que tardarán en encontrarnos?

Fue toda una sorpresa en su momento descubrir que tanto Kon, como Wunir y Enki los espían para los Actusianos; los mismos que una vez por poco aniquilan a todo el Arca por el simple hecho de haberse acercado demasiado a su hogar. Cuando Ragna se enteró de la identidad de los espías, muchos años atrás, entró en cólera y poco le faltó para expulsar de allí a Enki, que era el único de los hijos de Ivaldí que quedaban vivos. Por fortuna para el enano cabezón, Neferu logró calmarle y hacerle ver que realmente el papel de ambos en el porvenir de los nuevos humanos estaba a punto de terminar, y que era gracias a la condición de espía de sus tres amigos que ella se había dado cuenta de aquello.

Fue por ello que cuando al final Enki enfermó debido a su edad decidieron no hacer ningún nuevo viaje para repostar hidrógeno. No es que en ese momento lo necesitaran, pero era cuestión de tiempo que así fuera. Pronto volvieron a ser dos y no podían alejarse del planeta, no sabiendo que en cualquier momento los llamados Actusianos podrían aparecer para tomar muestras de su población de nuevos humanos quitando primero de en medio a quien quiera que se hubiese quedado custodiando L'étoile, que seguramente actuaría en defensa de las creaciones de Neferu. Por desgracia, aunque se necesitaba de una sola persona para tripular el Arca hacia el flujo frío más cercano, se precisaba de más de uno para defender la estación; un mal diseño que no habían logrado corregir a tiempo. Así que no había más que hablar.

—Espero que no mucho —sonrió.

Ante un futuro fallo energético decidieron reducir los sistemas en funcionamiento y poner los restantes en hibernación, incluidos ellos mismos. Pusieron pistas en diferentes partes del mundo cuyo objetivo era obligar a los nuevos seres humanos a mirar al cielo. Pistas y señales que debían despertar sus inquietudes. Ese había sido el plan de su compañera, y a él le había parecido bien: dibujos y trazas que solo podían ser vistos desde el espacio, supuestos tesoros ocultos que en realidad eran recopilatorios de su historia... e incluso construcciones y tallas que no se correspondían ni con el tiempo ni con el lugar en el que serían datados cuando los nuevos humanos los encontraran.

—Yo espero que los primeros en llegar no sean los Actusianos —suspiró ella.

Programaron varias naves para que evaluaran el nivel tecnológico del planeta cada cierto tiempo, y sobre todo para que los vigilaran. Incluso habían previsto cómo despertarse si los nuevos seres humanos llegaban a algo parecido a la era espacial terrestre antes de lo esperado, porque no sería en el Arca donde dormirían. Su querida nave había sido absorbida, en parte por la estación y en parte por esas sondas encargadas de evaluar al planeta, y los tanques habían sido llevados a la sala de control que había bajo el Edén.

—No podrán entrar aquí —aseguró él.

Antes de finalizar los experimentos genéticos habían añadido un último cambio a los nuevos humanos: una especie de código genético que los convertía en los únicos seres vivos capaz de entrar en la estación mientras Nefèru y Ragna durmiesen. Aquel lugar estaba preparado para defenderse si alguna otra forma de vida trataba de atravesar las puertas de L'étoile sin invitación.

—Me preocupa los estragos que puedan hacer en el planeta.

No podían proteger toda la superficie del planeta como lo habían hecho con la estación, aunque tampoco la habían dejado indefensa. Claro que, aunque su defensa podía repeler un ataque a gran escala, solo podía hacerlo si se trataba de un ataque único y de cierto tamaño. Lo suficiente para asustar al enemigo y dar tiempo a los nuevos humanos para que se prepararan. Respecto a los ataques en pequeñas escalas, por desgracia no podían hacer nada.

—Mientras no ataquen a gran escala...

Lo dijo en tono de broma, pero lo cierto era que si dicho ataque se producía, y se activaba el plan de protección del planeta, esto consumiría toda la energía restante de L'étoile, incluida la que los mantendría a ellos con vida.

—Muy gracioso —arqueó una ceja ella.

Había algo que le había ocultado a Nefèru. Tantos planes de protección y evaluación no podían llevarse a cabo con la energía que tenían, ni siquiera contando con la que les proporcionaban las placas solares, que ahora formaban parte de la última bóveda. La única forma de llevar a cabo todo aquello era renunciando a...

—¿Vamos yendo a los tanques?

—¿Tanta prisa tienes por dormir? —sonrió, mostrando los blancos dientes.

En realidad no. Porque, para él, irse a dormir sería... Claro que había sido su decisión el no ir a repostar de nuevo dejándola a ella sola, pues a veces el flujo frío estaba más lejos de lo previsto, lo que suponía abandonar a su compañera durante un tiempo indefinido.

—Cuanto antes nos durmamos antes despertaremos.

Aquello hizo reír a su compañera, y el no pudo evitar que se le contagiara la sonrisa pese a saber que aquella sería su última vez hablando con ella.

—¿No vienes?

Ni siquiera se había dado cuenta de que Neferu ya se había puesto en camino. En un par de zancadas la alcanzó, aunque luego se dejó de ir un poco. No es que el tiempo fuese a ir más despacio para ellos si ralentizaba su marcha, pero unos segundos no matarían a nadie. Bueno, a alguien sí.

—Oye, Neferu...

—¿Sí?

—Verás la verdad es que yo...

No podía decírselo. Incluso habiéndole prometido no ocultarle nada más, no podía contarle aquello: porque no le dejaría hacerlo. Pero si tenía que escoger...

—¿Tú?

Bueno, había una verdad que sí podía contarle.

—Te quiero.

Al principio ni él mismo lo había entendido, sin embargo aquel sentimiento era el único que podía explicar la forma en la que la sobreprotegía y mimaba, y el por qué se enfadaba tanto con la dichosa misión cuando ella le prestaba más atención que a él. Había tardado tanto en descubrirlo porque aquello que sentía era muy diferente a lo descrito por sus creadores como deseo. Era más parecido a la necesidad de respirar, solo que en vez de precisar oxígeno lo que quería era que ella estuviese cerca. Puede que al principio aquello no fuese más que un modo de huir del sentimiento de soledad que lo embargaba cada vez que pensaba que no existía nadie más como ellos, pero con el tiempo ese sentimiento tan egoísta y propio de sus creadores se había transformado en otra cosa. No podía decir que fuese un sentimiento noble, pues ni buscando la definición de aquel término había conseguido comprender lo que significaba, sin embargo de lo que sí estaba seguro era de que aquella emoción valía mucho más que su propia vida.

—Yo... yo también a ti.

Ah, se había sonrojado. ¿Por qué no se había dado cuenta antes?

No, definitivamente aquello no era deseo, no el que describían en la antigua base de datos del Arca pero, ¿acaso no sería él capaz de hacer casi cualquier cosa por ella, porque sonriera? ¿Acaso no estaba a punto de hacerlo? Debería estar enfadado con su compañera, después de todo había sido su cabezonería la que los había llevado a aquel punto tan extremo, aunque después de escuchar aquello, cualquier duda o resentimiento ya se había esfumado.

—Bien... —tampoco sabía muy bien qué hacer o decir a continuación.

—Bien —asintió ella también, aun sonrojada, y metiéndose en su tanque—. Hasta el próximo despertar —se despidió.

No había energía suficiente, no para mantenerlos dormidos y vivos a los dos el tiempo mínimo estimado que tardarían los nuevos humanos en alcanzar el nivel tecnológico necesario que les permitiría llegar hasta aquella luna. Sin embargo, si L'étoile solo tuviese que mantener vivo a uno de los dos la historia sería muy distinta.

—Adiós —se quedó mirándola hasta que se quedó dormido, tratando de retenerla en su mente antes de que todo se tiñese de negro.

Aquella había sido su decisión, y también lo último que jamás le ocultaría a Neferu. Y es que ambos se dormirían, pero solo uno de ellos despertaría algún día.

EPÍLOGO: APOLO 20

En abril de 2007 un usuario de YouTube, de nombre *retiredafb*, subió a la red una serie de vídeos que, afirmaba, pertenecían a una misión oficial de la NASA. Como sacada de una película de ciencia ficción, esta serie de cortometrajes muestran, entre otras cosas, cómo los astronautas de la supuesta misión encuentran en la Luna los restos de una nave alienígena y, en su interior, el cuerpo momificado de lo que parece una mujer. ¿Recuerdan esta noticia?

Hoy se cumplen doce años desde que aquel rumor hizo su gran «*¡bum!*» en internet, y para celebrarlo les hemos traído un programa muy especial. Con todos ustedes, ¡William Rutledge!

—William, ¿puedo llamarte así? Muchas gracias por estar hoy con nosotros —dijo sonriente el presentador mientras estrechaba la mano del recién llegado.

—Gracias a vosotros por invitarme, es un honor estar aquí.

—Si te digo la verdad queríamos invitar a George R. R. Martin, pero nos dijo que no. No te importa ser el plan B, ¿verdad? —hizo como que le preocupaba la opinión de su invitado mientras esperaba a que él público soltara un par de carcajadas—. William, William... Creo que ya lo sabes, pero lo que a nuestro público más le interesa es ese cuerpo alienígena de los vídeos: «*Mona Lisa EBE*» creo que la llamaron. Lo de *Mona Lisa* lo entiendo, ¿pero qué es eso de «*EBE*»?

—*EBE* significa Ente Biológico Extraterrestre. Aunque no recuerdo quién le puso el nombre de *Mona Lisa*, la verdad.

—Impresionante —se hizo el sorprendido—. Háblanos más sobre ese «*EBE*», por favor.

—Humanoide, aparentemente femenina pero sin órganos sexuales, 1,65 metros, cabello oscuro, seis dedos (suponemos que utilizaban la base 12 para sus cálculos matemáticos). Tenía un dispositivo de pilotaje fijado en la frente, así que creemos que su función era pilotar la nave.

—¿Es ese bulto que puede verse en los vídeos? Se parece un poco al tercer ojo indio.

—Pues sí. Se trata de un dispositivo conectado con su cerebro, aunque no voy a decir cómo: eso se verá en los próximos vídeos que suba.

—¡Qué ganas de verlos! Oye, William, tengo entendido que encontrasteis un segundo cuerpo.

—Sí, pero su estado era pésimo en comparación con *Mona Lisa*. Su piel era mucho más oscura, de un tono azulado. Solo pudimos rescatar su cabeza.

—Tal vez se equivocó de pastilla —dejó que el público pillara el chiste, que hacía referencia al color característico de la *viagra*—. Hay una cosa que quiero preguntarte William, y

que estoy seguro que todos nuestros espectadores querrán saber. En tu entrevista con Luca Scantamburlo dijiste: *«Ella está en la Tierra y no está muerta, pero prefiero publicar otros vídeos antes de contar lo que pasó posteriormente»*.

Hubo un momento de silencio.

—¿Cuál es la pregunta?

Al incómodo silencio siguió el caótico ruido y la interminable lluvia de preguntas, gritos abucheos y toda clase de sonidos. Claro que eso es otra historia.

GLOSARIO DE LA HISTORIA

Amniotas: vertebrado cuyo embrión se desarrolla dentro de una bolsa con paredes membranosas, como ocurre en los reptiles, las aves y los mamíferos.

Cadena Trófica: descripción del proceso de transferencia de sustancias nutritivas a través de las diferentes especies de una comunidad biológica. En dicho proceso cada eslabón de la cadena se alimenta del eslabón que le precede y es alimento del siguiente.

Caja Negra: dispositivo, normalmente utilizado en vehículos, que registra la actividad de los instrumentos y las conversaciones en la cabina. Su función es almacenar que, en caso de accidente, permitan analizar lo ocurrido momentos previos a este.

Cretácico-terciario: periodo de extinciones masivas de especies. Corresponde al final del periodo Cretácico y al inicio del periodo Paleógeno.

Estratosfera: una de las capas más importantes de la atmósfera terrestre. Situada entre la troposfera y la mesosfera, se extiende desde los 10 hasta los 50 kilómetros aproximadamente. En esta capa la temperatura aumenta con la altitud debido a la absorción de las moléculas de ozono.

Fitoplancton: conjunto de organismos acuáticos autótrofos del plancton, capaces de realizar la fotosíntesis.

Flujo Frío: otra forma de referirse a los ríos de hidrógeno que fluyen por el espacio.

Fusión Fría: nombre genérico dado a cualquier reacción nuclear de fusión producida a temperaturas y presiones cercanas a las condiciones ambientales ordinarias, muy inferiores a las necesarias normalmente para la producción de reacciones termonucleares, utilizando equipamiento de relativamente bajo coste y un reducido consumo eléctrico para generarla. En la historia será la fusión de hidrógeno.

Hijos de Ivaldi: de acuerdo a la mitología escandinava, se trata de un grupo de enanos artesanos creadores de las armas y vehículos más famosos de los dioses.

Melanina: pigmento de color negro o pardo negruzco que existe en forma de gránulos en el citoplasma de ciertas células de los vertebrados y al cual deben su coloración especial la piel, los pelos, la coroides, etc.

Mitocondria: Orgánulo de las células eucariontes en el que tiene lugar la respiración celular. El ADN mitocondrial contiene información vital que permite que la mitocondria cree las proteínas necesarias para producir energía. Contiene 37 genes comparados a los cientos de otros genes encontrados dentro de los cromosomas, pero todos ellos son vitales para la creación de la mitocondria y para que nuestras células funcionen de manera adecuada.

Neotenia: Persistencia de caracteres larvarios o juveniles después de haberse alcanzado el estado adulto.

Oxitocina: Hormona producida por la hipófisis, que estimula la contracción uterina y la secreción de leche en la glándula mamaria. Además de ser una hormona, es un neurotransmisor. Se secreta en el cerebro, produciendo múltiples efectos en nuestro sistema nervioso central: está implicada en comportamientos relacionados con la confianza, el altruismo, la generosidad, la formación de vínculos, los comportamientos de cuidado, la empatía o la compasión.

Pangea: súper-continente que existió a finales de la Era Paleozoica y principios de la Mesozoica. Formado por el movimiento de las placas tectónicas, agrupaba la mayor parte de las tierras emergidas del planeta. Su fracturación dio paso a los continentes actuales.

Pannotia: súper-continente que probablemente existió desde hace unos 600 millones de años hasta hace unos 540 millones de años, a finales del periodo Precámbrico.

Piedras de Ica: colección de piedras procedentes de Perú que se caracterizan por estar decoradas con supuestos antiguos dibujos de dinosaurios y artefactos tecnológicos avanzados. La ciencia actual las considera un fraude.

Programación Declarativa: paradigma de programación en el que las sentencias que se utilizan lo que hacen es describir el problema que se quiere solucionar a nivel de usuario, pero no las instrucciones necesarias para solucionarlo. Esto último se realiza mediante mecanismos internos a partir de la descripción realizada.

Programación Imperativa: paradigma de programación más usado. En él, el problema se describe mediante estados del programa y sentencias que cambian dicho estado. En contraposición con la programación declarativa, aquí sí se le especifica al ordenador cómo debe realizar cada tarea.

Sinápsidos: predecesores de los mamíferos. Son reptiles que, como los mamíferos, poseían una piel glandular. Estos seres fueron los primeros en desarrollar varios tipos de dientes.

Test de Turing: prueba de la habilidad de una máquina de exhibir un comportamiento inteligente similar al del ser humano.

ACERCA DEL AUTOR



Rosario Jiménez Roque es una estudiante de ingeniería informática que dedica parte de su tiempo a la escritura de género fantástico. Nacida en febrero de 1993 en Sevilla, esta autora vio su esfuerzo recompensado cuando en 2016 Ediciones Oníricas publicó su primera novela, *Cazadores de Tormentas*. Desde entonces ha publicado dos libros más con ellos.

Cuando no tiene la nariz pegada a la pantalla de su portátil con algún entorno de programación, disfruta cuidando de sus canarios, leyendo y, sobre todo, escribiendo. Y es que, lo que para ella empezó como un hobby se ha convertido en su modo de expresarse y hacer llegar su opinión. En su literatura no solo se aprecia la influencia de los libros que han pasado por sus manos, también la de los mangas.

Actualmente está trabajando en las continuaciones de las obras que tiene publicadas con Ediciones Oníricas, ExLibric Y Ediciones Camelot, aunque no promete dejar de escribir historias nuevas mientras tanto.

Puedes contactar con ella a través de sus redes sociales. La encontrarás en Facebook, Twitter, Instagram y Telegram. Solo tienes que buscar “@rosariojimenezroque”, “@rosariojroque” o “Rosario Jiménez Roque” en Google.

